
SS
SERVICIO SECRETO
MARK HALLORAN
LA CIUDAD CONDENADA

MARK HALLORAN

La ciudad condenada

1.ª EDICIÓN
SETBRE. - 1955



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

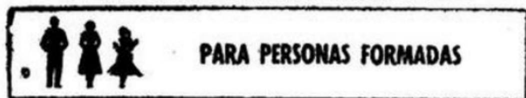
OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
313. — ¡Volad, insectos de plomo!

En Colección BUFALO:
21. — Rojo, color de sangre. 27. — Rastros humeantes. 61. — Ha llegado un hombre.

En Colección SERVICIO SECRETO:
85. — Cita con la muerte. 120. — Morir es muy fácil. 183. — Requiem por Nan. 186. — Llega la muerte. 189. — Los gangsters mueren jóvenes. 191. — Una rubia en París. 206. — Cota 30. 228. — La hora de los traidores. 232. — Opio fresco. 241. — ¡Bienvenida, muerte! 250. — Tabaco inglés. 255. — No se admiten coronas.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PRINTED IN SPAIN

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona


LA CIUDAD CONDENADA
Por MARK HALLORAN

CAPÍTULO PRIMERO

La muchacha era mestiza. El hombre era el único blanco del local. Estaban borrachos los dos.

En la parte del fondo de la sala se jugaba el *fantan*, pero casi no se oía el menor ruido. Había quizá sesenta personas. Sólo hablaban en voz baja, y aún la mayoría permanecía en silencio. Este silencio tenía un no sé qué de maligno; era el silencio viscoso y malsano de los orientales: murmullos, miradas de ojos oblicuos, gestos extraños. No exactamente un silencio, sino un pecado silencioso…

El hombre blanco llevaba un traje de algodón color crema y una camiseta listada de rojo. Sus ropas estaban arrugadas y sucias, y, sin embargo, se notaba que eran ropas de precio. También él, en cierto sentido, era un hombre de precio. Alto, de anchos hombros y movimientos seguros y fáciles, tenía un rostro duro, de soberbio perfil, y una boca cruel y tensa. Una barba de ocho o diez días, rubia y espesa, sombreaba su mandíbula voluntariosa. Pero lo más notable eran sus ojos. En sus ojos se leía una terrible historia de degradación, de fracaso, de miseria espiritual. La cara sin afeitar y las ropas sucias eran apenas signos indirectos de lo que aquellos ojos revelaban. Su color azul-gris, encendido por el alcohol, daba angustia. Eran los ojos de un hombre que había caído muy bajo y que podía caer todavía a la sima más honda de la humanidad.

El hombre bebía ginebra. Tenía una botella delante y vaciaba los vasos como si beber fuera un rito.

En contraste con él, la muchacha no valía un comino: una mestiza recogida en cualquier callejuela del puerto, flaca, emperifollada, perfumada con pachulí. Se había emborrachado hasta la abyección y daba asco verla, allí, acodada en la mesa, boqueando, tratando de sonreír y de mostrarse afectuosa con el

hombre sentado en la silla contigua.

Hacía un calor bochornoso.

Dos chinos jóvenes dedicaban a la pareja gran atención. Habían entrado cuatro o cinco minutos antes, y en cuanto vieron al hombre se quedaron parados, expectantes, rígidos. Ahora habían avanzado pegados a la pared hasta tener la mesa enfrente y uno de ellos sacaba algo del bolsillo trasero de los pantalones.

Lo que sacó era una foto. Ambos la miraron, miraron al hombre y el segundo chino sonrió. Su camarada le señaló la puerta con el pulgar. El asintió, y, sin decir palabra, cruzó el local y se fue.

Durante un cuarto de hora, el primer chino permaneció inmóvil junto a la pared. Miraba al hombre, no hacía nada más. Luego regresó el otro y le habló un momento al oído. Los dos salieron apresuradamente.

El reloj del hombre marcaba las once y veinte: las once y veinte de la noche en un café chino de Macao.

A las doce menos cinco estaba vacía la botella de ginebra. Al advertirlo, el hombre se puso bruscamente en pie. Sacó del bolsillo interior de la chaqueta un rollo de billetes, tiró de uno, lo dejó en la mesa y puso la botella encima. La mestiza contemplaba con la boca abierta los billetes.

—¿Nos vamos? —preguntó en portugués—. ¿Nos vamos ya, Jake?

—Yo sí —dijo el hombre.

—¿A bailar?

—Al mismísimo cuerno.

Apartó rudamente la mesa para abrirse paso, y uno de los vasos cayó al suelo y se hizo añicos. El hombre dio un puntapié a los cristales y echó a andar. Acudió un camarero.

—Ahí está —el hombre señaló el billete colocado bajo la botella —. Cómprate una casa con el cambio.

La muchacha avanzó tambaleándose y se abrazó a su cintura para mantener el equilibrio. Le llegaba poco más arriba del codo y, a su lado, parecía una cosa mezquina y despreciable. Para lo flaca y pequeña que era tenía las caderas demasiado anchas.

Así salieron a la calle.

En la calle lloviznaba: la menuda y caliente llovizna de China meridional. Apenas se veían luces. Era una calle estrecha que, por

uno de sus extremos, terminaba muy cerca de los muelles.

—¡Oh, Jake, Jake! —murmuró la muchacha, apretando con fuerza la cintura del hombre. Su tono era muy dulce, porque pensaba en el rollo de billetes—. ¡Jake!

Él contestó:

—Aprende a decir algo que no sea siempre mi nombre.

Y entonces reaparecieron los dos jóvenes chinos.

Desde las once y veinte habían estado mojándose, pues la marquesina que eligieron como refugio para esperar no los protegía de la llovizna lo suficiente. Mojado y todo, empero, cada uno de ellos empuñaba una pistola provista de silenciador.

El que antes sacara la foto dijo, en inglés:

—No haga tonterías, americano.

—Las haré si me da la gana —repuso el hombre—. ¿Qué puede ocurrirme?

—Morirá.

—A ratos estoy deseándolo. Dispara, no te prives por mí.

La muchacha temblaba. Como si pretendiera tranquilizarla, el hombre apoyó una mano en su hombro.

—Siga andando hasta la esquina —dijo el chino—. No obedezco órdenes.

—¡Siga andando!

El hombre no se movió.

—¿Cómo sabías que soy americano?

—Sé muchas cosas de usted, Jake Arliss.

La muchacha estaba excesivamente asustada, o excesivamente borracha; de lo contrario, no hubiera hecho lo que hizo: se soltó del hombre y, dando traspiés, emprendió la fuga.

El chino enderezó la pistola.

La pistola emitió un *plop* y un diminuto lengüetazo rojo.

La bala le entró a la muchacha por la nuca y la derribó de bruces sobre el puerco barrillo de la calle, muerta en el acto. Hasta en su modo de morir y de quedar tendida en el suelo careció de gracia.

—Dios, qué canalla —gruñó el hombre.

Se precipitó contra el chino que había disparado. Lo hizo tan de repente y con tanta violencia que el chino no alcanzó a disparar otra vez. Quiso eludir el ataque con una especie de mugido

aterrorizado. Nada. El hombre le cazó, y abultaba el doble que él. Le apresó entre sus brazos. El chino intentó un recurso de lucha oriental y, aunque los dos cayeron a tierra, no consiguió liberarse. Había sido su última oportunidad. En tierra, el americano le agarrotó los brazos y el cuello. Apretó sin clemencia.

El chino volvió a mugir. Ahora fue horrible.

Cuando el otro chino acudió en su socorro blandiendo la pistola por el cañón, era ya tarde: había sonado un espantoso crujido de huesos, y el mugido cesó para siempre. Lo único que pudo hacer el segundo chino fue descargarle al americano un culatazo en la cabeza. Enseguida, mientras el americano, pese al golpe, se levantaba, le descargó un segundo culatazo y un tercero.

El americano se hundió.

El chino examinó a su camarada, vio que estaba muerto con el cuello roto y el rostro se le contrajo de terror.

Ocho o nueve personas habían acudido y se las adivinaba en la sombra, presenciando la escena como si se tratara de una representación teatral. En aquel momento se abrió la puerta del café, que dibujaba en la calle un rectángulo de luz, y tres personas más se unieron al grupo.

El chino, indiferente a la presencia de los espectadores, registró las ropas del muerto y se guardó su dinero, sus papeles y su pistola. A continuación, se enderezó e increpó histéricamente a los que le rodeaban. Como conservaba su propia pistola en la mano, la gente se hizo prudentemente atrás y se ocultó en las tinieblas.

El chino, entonces, se dirigió al americano, lo asió por un pie, y no sin esfuerzo, empezó a arrastrarle por la sucia y húmeda calzada. De este modo, dejando los dos cadáveres atrás, llegó a la esquina.

En la calle lateral, que era más ancha y estaba un poco mejor iluminada, se hallaba detenido un «Morris» viejo. El chino tuvo gran trabajo para levantar al americano, y meterle en el coche. Otra docena de curiosos se paró a presenciar la maniobra. Ésta terminó al fin, y el chino se sentó al volante, puso el coche en marcha y se alejó…

Cuando se hubo alejado, uno de los curiosos, pensativo, entró en el café y llamó por teléfono a la policía. Los demás examinaban de muy cerca los cadáveres del chino y la muchacha.

CAPÍTULO II

Se oía música.

Jake abrió cuidadosamente los ojos y miró en torno. Era pleno día. Se sentía maravillosamente bien, como si despertara de un largo y tranquilo sueño.

Era imposible. Había bebido mucho y recordaba perfectamente que le golpearon en la cabeza. Sin embargo, ni en su estómago ni en su mente quedaba rastro del alcohol, y no había ni sombra de dolor en su cráneo. Se palpó éste. Encontró tres bultos y los oprimió, pero sólo se produjo un vago pinchazo.

La música era una canción francesa.

Jake Arliss descubrió que estaba acostado en una cama y que vestía un pijama de seda azul. En la habitación había un armario, una cómoda, una biblioteca, una mesa y dos sillones: mobiliario sobrio y de calidad. De la pared pendía un Picasso, probablemente una reproducción. Una amplia ventana se abría en la pared opuesta.

La canción francesa, que sonaba en una habitación vecina, terminó. Arliss saltó de la cama. Había unas zapatillas en el suelo, pero por ninguna parte se veían sus ropas.

Se asomó a la ventana. Tenía delante un trozo de campiña y una colina junto a la cual asomaba el mar. El paisaje podía corresponder a cualquier parte del mundo, y por un momento se preguntó el americano a qué remoto lugar habría sido transportado durante su sueño; pero inmediatamente le sacó de dudas la vela de un junco dibujada contra el horizonte: continuaba en China.

Abandonó la ventana. El Picasso, para su sorpresa, era auténtico.

Comenzó a sonar otra canción.

Sobre la cómoda había un cartón de cigarrillos americanos y un encendedor de concha y oro. Abrió un paquete y encendió un cigarrillo.

Luego, salió del cuarto.

La música sonaba al lado. No había puerta, sino un elegante arco de piedra desnuda. Arliss pasó bajo él y se encontró en un gran *living* cuya pared era un largo frente de ventanas orientadas al mar.

—Llega a tiempo —dijo una voz suave.

La voz pertenecía a un hombre, pero Arliss no le miró a él, sino a la mujer sentada en el mismo diván a su lado. Sintió en el estómago un raro cosquilleo. La mujer estaba recostada lánguidamente y vestía una curiosa túnica negra de profundo escote, con la falda abierta por un costado.

Era una mujer asombrosa, morena, de ojos exóticos y labios húmedos, de cuerpo moldeado con la gracia definitiva de una ánfora etrusca. Allí donde estuviera tenía que atraer las miradas, como si poseyera algún especial magnetismo. Parado bajo el arco, contemplándola, con el cigarrillo pendiente del ángulo de la boca, Arliss pensó que sí, que poseía aquel magnetismo que sólo unos pocos seres privilegiados poseen: unos pocos seres dotados para vivir y hacer vivir la vida más intensamente a los demás.

El hombre volvió a hablar:

—Venga acá y siéntese.

Arliss trasladó perezosamente los ojos a él. Era un chino obeso, vestido a la europea. Inclinado hacia adelante, mezclaba unas bebidas en una coctelera de plata.

—¿Dónde cuerno estoy? —preguntó el americano.

—En completa seguridad —dijo el chino. Su inglés era culto, casi perfecto—. ¿Le apetece beber alguna cosa?

—¿Esto es Macao?

—Estamos en las afueras, al Sudoeste.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Lao Chen Fu.

—¿Y la moza?

—Es la señorita Medea Rouche.

—¿A quién pertenece esta casa?

—Es mía. Y de usted, claro.

—Qué amabilidad —comentó Arliss—. Supongo que debo considerarme prisionero suyo…

—Supone mal —Lao Chen hizo un ademán—. Puede marcharse cuando guste. ¿Qué bebe, señor Arliss?

Arliss se adelantó y se dejó caer en una butaca. La mujer no le

miraba, pero él sí la miraba a ella. Experimentaba un auténtico placer recorriendo con la vista sus finos rasgos y las armónicas líneas de su figura, demorándose en el escote, en la larga abertura de la falda, en los pies, en las chinelas doradas. A la mujer no parecía importarle.

Arliss dijo:

—Beberé ginebra.

El chino sirvió la ginebra.

—Tome.

—¿Quién me trajo aquí? ¿Uno de los cerdos que me atacaron anoche?

—Fue anteanoche.

—¿Anteanoche? ¿Quiere decir que he dormido dos noches y un día y medio?

—Así es. Le administramos unos sedantes y hemos estado cuidándole mientras dormía. Su estado físico dejaba mucho que desear.

El americano se tocó la cara. También le habían afeitado, y al parecer no hacía de ello arriba de un par de horas.

Lao Chen añadió:

—Mis hombres no le atacaron. Reconozco que el asunto no se llevó cómo debía llevarse, pero en justicia fue usted quien les atacó a ellos.

—Mataron a una infeliz.

—Le hicieron un favor. ¿O acaso le preocupa un muerto más o menos, señor Arliss?

—Según el muerto de que se trate.

—Exacto —asintió el chino suavemente. Dejó la coctelera, se levantó y se dirigió a unos anaqueles llenos de libros y revistas. Volvió con un par de periódicos y los desplegó sobre la mesa ante el americano—. Según el muerto. Si el muerto es el coronel Stanley, le preocupa poco.

Arliss miró los periódicos con el entrecejo fruncido. Eran dos ejemplares consecutivos del «Tokio News», publicado en la capital japonesa por las fuerzas norteamericanas. Una información estaba señalada con lápiz rojo. En el primer número llevaba un título a toda página:

ASESINATO EN EL CUARTEL GENERAL

Y el «lead», en negritas de gran cuerpo, rezaba:

> «Anoche, en su despacho del Cuartel General, fue asesinado el coronel Lincoln Stanley. Su asesino le golpeó la cabeza con un pisapapeles de bronce, causándole la muerte por doble fractura del cráneo, y escapó sin ser detenido. Se busca en relación con el crimen a un oficial del Servicio de Información cuyo nombre no se ha hecho público todavía».

El título del segundó número era:

«GRAVE CASO DE ESPIONAJE»

Y el «lead»:

> «El presunto asesino del coronel Stanley es el agente secreto BX-19, de quién se supone que ha logrado huir del Japón, sin duda con destino a la China roja. BX-19 posee secretos de alta importancia militar, lo que da al caso un aspecto sumamente grave. El Cuartel General se niega a revelar la identidad de este agente, pero al Servicio de Información ha emprendido las pesquisas necesarias para localizar su paradero».

Arliss se echó atrás en el sillón y apuró de un trago la ginebra. En silencio, Lao Chen le cogió el vaso y lo volvió a llenar.

Luego, el chino dijo:

—Usted es BX-19, mi querido señor Arliss. Los redactores del «Tokio-News» estaban completamente equivocados en cuanto a que usted escapara, a lo que ellos llaman la China roja, aunque no en lo que se refiere a las pesquisas del Servicio de Información. Estas pesquisas, empero, no han dado fruto. Las nuestras sí.

El americano no concedió ni negó nada.

—¿A quién se refiere cuando dice «las nuestras»?

—Todo llegará. ¿Por qué mató usted al coronel Stanley?

Arliss se encogió de hombros.

—Estaba borracho. El condenado me echó una bronca y hacía tiempo que las cosas no iban bien entre los dos. Perdí los estribos y le casqué la cabeza con un pisapapeles que tenía sobre el escritorio. Apenas me di cuenta.

—¿Cómo escapó?

—Salí tranquilamente del Cuartel General y aquella misma noche dejé el Japón a bordo de una motora. Tengo amigos.

—¿Y dinero?

—Y dinero.

—¿Dónde ha estado?

—Por ahí.

—Llegó a Macao hace tres días.

—Hace cinco. Los dos primeros los pasé oculto.

—Probablemente. ¿Qué ha hecho desde entonces?

—Beber.

Sonriendo, Lao Chen agitó la coctelera y llenó dos vasos. Dio uno a la mujer, que permanecía inmóvil como una estatua. Después volvió a echar ginebra y soda en el ya vacío vaso de Arliss.

—Es una lástima para el Servicie de Información americano —opinó—. Usted ha sido uno de los tres mejores agentes que en los últimos años han operado en Extremo Oriente, y los otros dos son ingleses: Randolph Greene y el capitán Carruthers, del *Intelligence Service*. Pero a usted le ha estropeado el alcohol. Esas cosas ocurren. Y acaban mal, como ésta ha acabado. ¿Qué piensa hacer en el futuro?

—Beber —dijo Arliss. Contemplaba a la mujer por encima del vaso—. El futuro no me interesa. Estoy harto de todo. Lo estoy hace tiempo.

—¿Y cuándo el Servicio de Información le pesque?

—Seguir bebiendo hasta enfrentarme al pelotón de ejecución.

—¿Le durará el dinero?

—Sé procurármelo.

Lao Chen probó su cóctel y lo celebró con un movimiento de cabeza.

—¿Le gustaría librarse del pelotón y abrir una cuenta bancaria de medio millón de dólares?

—¿Cuánto ha dicho?

—Medio millón.

Arliss dejó de mirar a la mujer y rió ásperamente.

—¿Ésa es su oferta por lo que el «Tokio News» llama «secretos de alta importancia militar»?

—No.

—¿Entonces?

El chino suspiró.

—Es usted un hombre, muy útil, señor Arliss, beba o no beba. Le conocemos bien y hemos seguido sus pasos. No me atrevo a decir que lo del coronel Stanley nos haya sorprendido, porque sabíamos que, de un modo u otro, usted no tardaría en estallar. Nuestros agentes se han lanzado en su busca en cuanto desapareció de Tokio. Anteanoche le localizamos en Macao. Ha sido una suerte que sus antiguos colegas no se nos anticiparan…

—Una suerte de medio millón de pavos, ¿no es así? ¿Quién los ofrece?

Lao Chen dijo lentamente:

—Pablo Luprata.

—Ya —murmuró Arliss.

Hubo un silencio.

—¿Le conoce?

—¡Cómo no! Luprata es rumano y ha prestado grandes servicios a Mao Tse Tung. Durante la guerra civil china estuvo especialmente encargado de corromper a los generales nacionalistas. Cada vez que uno de los militares de Chang Kai Chek vendía todo su equipo bélico al enemigo o se pasaba a él con todos sus hombres, era Luprata quien había gestionado el negocio. También fue Luprata quien inventó el cuento de la guerra bacteriológica en Corea, o por lo menos uno de los que más contribuyó a su invención. En Indochina trabajó de firme. Pasó casi un año viviendo en Saigón bajo las propias narices de los franceses. Allí preparó con todo detalle el desastre del Vietnam…

—Está usted bien informado —sonrió Lao Chen.

—A la fuerza. Sin que nunca se le haya mencionado oficialmente, Luprata ha sido una de las grandes figuras de los

sucesos de Asia desde que la guerra acabó. Sé, incluso, que estuvo presente en la conferencia de Ginebra y lo ha estado ahora en la de Bandung. Su influencia pesa.

—Es cierto.

—¿Y bien?

—Luprata le ofrece ese medio millón de dólares.

—¿Por pasarme a sus filas?

—Por participar en el golpe más grande que se ha dado desde que los japoneses atacaron Pearl Harbour.

Arliss miraba fijamente al chino.

—Un golpe de esa categoría desataría la tercera guerra mundial.

Lao Chen rió desdeñosamente.

—Ustedes, los occidentales, le tienen demasiado miedo a la guerra. Prefieren encajar los hechos consumados: piense en China, piense en Indochina. Hay que ser audaz y confiar en que la tercera guerra mundial no se desata tan fácilmente. Medio millón de dólares, señor Arliss.

Arliss bebió despacio.

—¿Luprata se fía de mí?

—Usted está hundido, ha malogrado su carrera, se ha destrozado los nervios y se ha condenado a sí mismo a muerte. El asesinato del coronel Stanley ha sido, la puntilla, pero usted estaba predestinado hacía ya tiempo, desde el momento en que empezó a beber. ¿Por qué bebe, señor Arliss?

—No lo sé. Es decir, sólo sé que lo necesito.

—Luprata le brinda la oportunidad de convertirse en otro hombre. Yo sí sé por qué bebe: de pronto, en mitad de la vida, se ha encontrado frente al vacío, pisando en falso, y ha descubierto que todo aquello por lo cual luchaba no valía la pena. Muy bien, empiece otra vez. Ahí está el camino.

—¿Y si me niego?

—Puede marcharse. El Servicio de Información americano le espera con el pelotón de ejecución a punto.

Arliss se levantó del sillón y anduvo hacia las ventanas. Pasó más de cinco minutos contemplando el mar, en silencio.

Sin volverse, Arliss manifestó:

—Acepto.

El chino le llenó otra vez el vaso y se lo llevó.

—Estaba seguro de que iba a aceptar. Luprata le espera. Mañana, en avión, partirá a reunirse con él.

—¿Cuál es el golpe que prepara?

—Él se lo dirá.

Arliss miró hacia el diván, hacia la soberbia mujer vestida de negro.

—¿Qué papel juega en esto la moza?

—Luprata la ha enviado en su busca. Ella es quien mañana ha de conducirle a Damao.

—¿Qué es Damao?

—Una isla, Será un viaje largo.

Arliss miró de nuevo a la mujer y se humedeció los labios con la lengua.

—Me alegro —dijo—. Cuanto más largo, mejor.

CAPÍTULO III

El aparato era una avioneta turística de fabricación inglesa, capaz para cuatro personas. La pradera que se extendía detrás de la casa había sido hábilmente preparada como pista de aterrizaje y despegue. En uno de sus extremos se alzaba un cobertizo a modo de hangar y todo indicaba que el pequeño aeropuerto privado era utilizado con bastante frecuencia.

Amanecía. Desde medianoche volvía a llover.

—Feliz viaje, señor Arliss —dijo Lao Chen—. Pronto, cuando suene la hora, volveremos a vernos. Celebro haberle conocido.

Arliss se sentía cargado, a pesar de las drogas sedantes que el chino le había suministrado cuando se acostó. Conservaba de la víspera un recuerdo remoto. Había almorzado con Lao Chen y la mujer, que apenas pronunció una palabra, y ambos se fueron después a la ciudad. No hizo otra cosa que beber y escuchar música toda la tarde. No vio a la mujer a la hora de la cena, y esto le enojó. Lao Chen no dio importancia a su enojo.

El chino era un hombre notable y un personaje influyente en la vida comercial de Macao. Su gran empresa de importación y exportación tenía casa en Lisboa y delegaciones en las principales ciudades europeas. El mismo visitaba Europa una vez al año y residía tres meses entre París y la Costa Azul. Refinado, educado, rico, blando y civilizado por fuera, pero duro y primitivo por dentro como un antiguo mandarín, había visto del mundo lo suficiente para no creer en casi nada. Arliss no se preocupó de averiguar qué extraña relación podía unirle a un aventurero legendario como Luprata.

La mujer estaba ahora allí. Vestía un mono de vuelo y fumaba con las manos en los bolsillos, igual que un hombre. Podía parecer tan turbadora y femenina así como con su túnica negra.

Arliss estrechó la mano del chino.

—Adiós.

Un *coolie* depositaba a bordo de la avioneta una valija de mediano tamaño que probablemente constituía el equipaje de la mujer. Arliss no tenía equipaje. Llevaba puestos su traje de color crema y su camiseta listada, aunque perfectamente limpios y planchados.

La mujer ocupó el asiento del piloto.

—Vamos, en marcha —indicó Lao Chen.

Arliss subió a la avioneta. El *coolie* dio impulso a la hélice y el motor rugió. La mujer lo dejó rugir. Luego manipuló en los mandos. El aparato emprendió una veloz carrera y se elevó a través de la llovizna, hacia el cielo gris del amanecer.

Ni Arliss ni la mujer hablaron durante casi una hora. Luego, ella dijo a media voz:

—Ahí detrás hay una garrafa de ginebra, unas botellas de soda y un vaso. Sírvase.

—No —repuso él. Contemplaba su perfil y la firmeza con que sus morenas manos desnudas empuñaban la rueda de los timones—. ¿De dónde ha salido usted? ¿Quién es? ¿Para qué sirve?

—Me llamo Medea Rouche.

—Cuerno, no pregunto eso. Su nombre ya lo sé.

—¿Qué más quiere?

—¿Es francesa?

—No soy nada. Mis padres eran franceses. Mi abuela era china. Nací en Shanghái el catorce de marzo de mil novecientos treinta.

—¿Qué hace?

—Pilotar este avión.

Arliss masculló un reniego.

—Muy bien, como guste.

Transcurrió un cuarto de hora. La avioneta, que había estado siguiendo hacia el sur la costa china, cambió de rumbo y se internó en el mar.

—Usted suele obtener de las mujeres toda clase de facilidades, ¿no es verdad, señor Arliss? —preguntó Medea.

—¿A qué viene eso?

—Viene a cuento de su actitud hacia mí. Lo siento mucho, pero me irrita los nervios su fatuidad. A mí no me impresionan los héroes caídos.

—No he intentado impresionarla.

—Miente. No, no lo niegue, no tiene importancia. Todo es mentira en el mundo en que usted y yo vivimos: las cosas no valen por lo que son, sino por lo que parecen.

—Eso suena muy bonito. Repítalo.

La muchacha permaneció un momento callada e inmóvil.

—Quiero hacerle una advertencia —dijo después—. La muerte y el amor me tienen sin cuidado, no temo a una ni a otro. Soy de esas personas que sólo comen cuando sienten hambre, ¿se entera? Si desde que me vio está soñando con estrecharme románticamente entre sus brazos, sáquese la idea de la cabeza. Los hombres me repugnan. He pagado muy cara la confianza que algún día deposité en ellos, y nunca insisto en mis propios errores. Ahora bien, en caso de que haya de dar la vida por ayudarle, por contribuir al éxito de su futura misión, la daré. Esto es algo completamente aparte.

Arliss sonrió burlonamente.

—No presuma. Yo no he soñado nada.

—¿Se figura que soy ciega? Pero no se haga ilusiones, se lo digo de una vez por todas. Conserve su sangre fría. Si le gusto, distráigase. Creo que, en adelante, ocasiones no le faltarán.

Arliss seguía sonriendo. Aquella espléndida criatura se mostraba tan dura e insensible como un bloque de mármol. No se había alterado ni un músculo de su rostro. Su despejada frente revelaba una voluntad firme, absoluta, sin concesiones. Sus manos parecían capaces de torturar sin compasión…

Y no obstante, ni sus húmedos labios eran crueles, ni inhumanos sus rasgados ojos. Debajo de su aspereza debía de existir un doloroso complejo de traiciones, desengaños e infortunios. Medea Rouche… tenía veinticinco años nada más.

—No me tome por una palomita blanca ni por una farsante —añadió ella—. Hace más de diez años que estoy sola en el mundo, ¡y qué mundo! He visto más de lo que hubiera querido ver.

—Está bien —murmuró el americano—. Dígame ahora qué lazos la unen a Luprata.

—El dinero que me paga por mis servicios.

—¿Solamente?

—Sí.

—¿Por qué se metió en esto?

—Suponga que tengo un ideal.

—No lo tiene.

—O que amo la aventura… o que quiero vengar algo… o los tres motivos juntos…

—¿Se metió por un hombre?

Medea no respondió.

Durante otra hora permaneció Arliss observándola, mirando cómo la respiración subía y bajaba su pecho. No encontró sus ojos ni una sola vez.

De pronto, preguntó:

—¿Este cacharro lleva piloto automático?

—Sí.

—Conéctelo.

Ella obedeció, soltó los mandos y se volvió a él.

—¿Qué quiere?

Arliss no dijo lo que quería. Se inclinó, la enlazó bruscamente por la cintura y la atrajo hacia sí. Medea no opuso resistencia. Sintiéndose como enloquecido, él encontró bajo los suyos sus labios.

Entonces oyó un *clic* inconfundible: el que produce, al ser retirado el seguro de una pistola.

Se hizo rápidamente atrás. Medea estaba muy tranquila, fría y lejana como un témpano, pero su mano empuñaba una pequeña automática.

—Pruebe de nuevo —dijo entre dientes—. Me gustaría disparar, y le juro que lo liaré.

Arliss escrutó sus pupilas.

—Lo hará, estoy seguro —se recosió perezosamente en su asiento—. Necesitaba convencerme. ¿Dónde ha dicho que guardaba la ginebra?

El viaje prosiguió sin otros Incidentes.

Examinando a intervalos la brújula, Arliss comprobó que avanzaban en dirección sudeste. Según sus cálculos, el punto de destino de la avioneta estaría situado al sur de Formosa y al norte de las Filipinas, probablemente en el archipiélago que se extendía al norte de Luzón.

Pero habrían recorrido poco más de quinientas millas cuando Medea disminuyó perceptiblemente la altura a que volaba el aparato. El americano no vio nada, al principio. Luego, descubrió

un punto en mitad del océano, un punto que creció rápidamente y se convirtió en una isla de forma cónica, ligeramente curvada como una herradura.

La isla estaba cubierta de frondosa vegetación, entre la que destacaban altas y gráciles palmeras. Era un minúsculo islote volcánico. Mientras la avioneta describía un círculo por encima de él, Arliss distinguió unas pocas construcciones muy blancas perdidas en la masa de verde.

Después, gobernado por las expertas manos de la muchacha, el aparato picó. Del lado interior de la herradura apareció un espacio despejado que era un aeropuerto en miniatura, con su torre de señales, sus hangares y dos pistas de considerable longitud.

Medea conectó la radio. No se oyó más que un zumbido intermitente, que procedía del radiofaro de la torre e indicaba que todo iba bien. Al cabo de un momento habían tomado suavemente tierra.

—Damao —advirtió la muchacha.

Abrió la carlinga y saltó sin hacer caso de Arliss. Éste cogió la garrafa de ginebra, echó un chorro en el vaso y le añadió soda. Encendió un cigarrillo.

Un grupo se aproximaba al encuentro de Medea. Desde la carlinga abierta, a punto de descender, el americano estudió a sus componentes. Dos eran chinos. El tercero era un blanco alto, de cabello canoso y porte distinguido. El cuarto también era un blanco, pero de mediana estatura, grueso, de aspecto burgués y bonachón. Aunque no le había visto nunca, Arliss sabía que aquel hombre abrumadoramente vulgar era Pablo Luprata.

Con cuidado para no derramar el contenido de su vaso, bajó a tierra. Luprata se adelantó hacia él.

—Bienvenido —dijo. Hablaba un inglés perfecto—. Nunca pude imaginar que un día estrecharía la mano del famoso
BX-19.
Es realmente un placer exquisito.

Sus ojos le delataban, porque ardía en ellos la llama de una inteligencia feroz, implacable, selvática, algo así como una fuerza superior de la naturaleza. De lo contrario, se le hubiera creído un modesto tendero.

—También lo es para mí —replicó Arliss.

—Aquí tiene al doctor Usher —añadió Luprata, indicando al hombre de cabello canoso—. El cuidará de usted.

—No estoy enfermo, que yo sepa.

Sonriendo, Luprata señaló el vaso de ginebra que Arliss tenía en la mano.

—Se equivoca: lo está. Vamos a someterle a una cura de desintoxicación alcohólica. Yo no tolero incapaces a mi lado.

—¿Incapaces? —repitió el americano—. ¿Ha dicho incapaces?

Luprata sostenía su mirada.

—Malditos incapaces como usted, Arliss. El viejo
BX-19
se ha derrumbado, no nos engañemos. He comprado sus ruinas por medio millón de dólares, pero volveré a reconstruirlo desde este instante. Vamos, el almuerzo espera.

Arliss no se movió.

—Un momento. Usted todavía no ha comprado nada. Aquí está la avioneta que me ha traído. Sé manejarla. Pague mi precio, o ahora mismo me voy.

Luprata asintió, imperturbable. Hizo una seña, a los chinos, y uno de ellos se adelantó y le entregó un maletín. Luprata lo abrió ante Arliss.

Estaba lleno a rebosar de billetes de mil dólares.

—Cuerno —gruñó el americano—, ¿en efectivo?

—Tómelo si es dinero lo que quiere.

—Usted sabe que no es sólo dinero —contestó Arliss.

—Perfectamente —Luprata se encogió de hombros—. Con palabras o sin ellas, usted y yo nos entendemos, amigo. Tendrá todo lo que desea, pero se lo habrá de ganar. Es lo justo.

Arliss cogió el maletín y el grupo echó a andar paralelamente a la playa. Luprata asió a Medea del brazo. La llevó aparte.

—A partir de hoy te tomarás unas vacaciones, querida —anunció—. Te he preparado el *bungalow* de la fuente y tendrás por huésped al señor Arliss. Sé amable con él.

—Cómo, el señor Arliss va a alojarse…

—Sí, en el piso superior. Seréis absolutamente independientes y completamente libres. Pero muéstrate amable, Medea, querida. Arliss se enfrenta con una dura crisis. Ayúdale. En ti confío.

—Es una orden, claro.

—Sí. Una orden. —Luprata sonrió—. Si lo prefieres de ese modo…

El camino que bordeaba la playa conducía del aeropuerto al pequeño poblado de blancas construcciones. Éstas eran seis magníficas villas distribuidas entre las palmeras, en la falda del cono volcánico que formaba la isla. Abrigada de los vientos, la bahía en forma de herradura semejaba un paraíso.

El grupo se disolvió. Arliss deseaba hablar con Luprata, pero éste se alejó en compañía de Medea sin demostrar el menor interés por él.

El doctor Usher le invitó a tomar el aperitivo en su residencia. Era un hombre cortés, solemne, de mirada agudo.

Su residencia la hubiera envidiado cualquier magnate de Hollywood. En la terraza, un *boy* filipino sirvió las bebidas.

—¿Hace mucho tiempo que conoce usted a Pablo Luprata? —preguntó Arliss.

El doctor llenó los vasos.

—Hace años. Desde que me salvó la vida, exactamente… ¿No ha oído usted hablar de mí?

—No recuerdo.

—¿Qué nacionalidad me atribuye?

—¿Es judío?

El doctor Usher hizo una mueca.

—Soy austríaco… soy un viejo austríaco nacionalsocialista… Durante la guerra fui uno de los médicos del campo de Auschwitz. Criminal de guerra cuando todo acabó, ¿comprende? Luprata me libró y me tomó a su servicio. Ahora resido aquí, lejos del mundo. Es delicioso.

—¿A quién pertenece este islote?

—A Luprata. Buen refugio, señor Arliss, se lo garantizo. Ninguna de las rutas comerciales, militares o pesqueras del Mar de la China pasa por estos alrededores. Pablo Luprata disfruta entre nosotros de sus vacaciones, que suelen ser raras y breves. Delicioso, se lo digo yo.

—Sin duda —murmuró el americano.

Alguien subía de la playa a la terraza. Una mujer. Cuando estuvo más cerca, Arliss vio que llevaba puesto un pequeño bañador de dos piezas y que el sol y el agua brillaban esplendorosamente en su

tostada piel. Tenía el cabello color de cobre y una figura de diosa. La vida rebosaba de ella a chorros.

—Mi hija Nora —dijo el doctor Usher—. Estará encantada de conocerle. Cuéntele cosas de las grandes ciudades, del mundo, de la gente… Tiene veintidós años y apenas se ha movido de esta isla. Le gusta que le hablen de lo que hay más allá.

Nora Usher llegó sonriendo. Sus ojos azules estaban llenos de luz. Había en su boca el encanto de una fruta salvaje…

Aquella tarde, después de haberse bañado con Nora en la bahía, Arliss le dijo al doctor Usher que deseaba ver a Luprata.

—¿A Luprata? —exclamó el doctor—. Pero ¿no ha visto usted partir la avioneta? ¿No sabe que Luprata se ha marchado?

—¡Se ha marchado!

—Sí.

—¿Sin hablar conmigo? ¿Sin darme instrucciones?

—¿Para qué había de darle instrucciones? Su única obligación, Arliss, consiste en divertirse y descansar. Yo cuidaré del resto. Dentro de un par de meses se encontrará en plena forma.

—¿Quiere decir que he de pasar aquí un par de meses?

—¿Acaso lo lamenta?

La mirada del americano encontró los azules y luminosos ojos de Nora. Menudas gotas de agua brillaban como perlas en la piel de la joven.

—No, no lo lamento —respondió.

Pero no pensaba en la muchacha ni en nada relacionado con la muchacha. Pensaba en «el golpe más grande que se ha dado desde que los japoneses atacaron Pearl Harbour». Luprata se había marchado sin decirle qué clase de golpe era.

Y aunque se hartó de preguntar al doctor y a todos, nadie en Damao se lo supo decir.

CAPÍTULO IV

Los dos meses pasaron.

De pie entre las rocas que formaban el extremo de la bahía, Medea Rouche contemplaba la inmensidad del mar. El sol se había puesto y el cielo tenía una luz tierna, un poco triste.

Medea no sabía explicarse sus propios sentimientos, pero notaba un gran vacío interior, una especie de desconsuelo silencioso, algo que no había notado nunca. En el sendero de la playa resonaban unos pasos firmes. El hombre que daba aquellos pasos no tardaría en llegar, y cada paso le sonaba a Medea como una llamarada a la puerta del corazón.

No, no estaba enamorada de Jake Arliss: tenía que decírselo a sí misma una y otra vez. En dos meses, apenas se habían hablado. Él no olvidó lo ocurrido a bordo de la avioneta. Además, Nora Usher no le dejaba nunca solo —la radiante Nora Usher, cálida y viva como un animal de la selva—. Eran inseparables, Aparentemente, se comprendían bien.

No estaba enamorada de Jake Arliss.

—¿Se encuentra mal?

Los pasos habían cesado. La voz sonaba junto a su hombro.

Medea se estremeció.

—Oh… señor Arliss… No, estaba solamente distraída.

—Lo que estaba es poniéndose sentimental al contemplar el mar y el cielo —Arliss hablaba burlonamente—. Asombroso.

Ella hizo un esfuerzo por serenarse.

—Esas tonterías me tienen sin cuidado.

Arliss la asió de los brazos, la obligó a volverse y la miró a la cara.

—¿Por qué miente? En cierta ocasión me aseguró que no era una farsante, y es mentira. ¿Por qué obra como si me detestara? ¿Por qué se recubre de una capa de hielo, si debajo es usted fuego puro?

Medea no pudo resistir su mirada.

—¡Déjeme!

Él la soltó.

—Como quiera.

La mujer se retorció las manos nerviosamente y, de pronto, echó a correr entre las rocas y desapareció. Arliss se quedó con los ojos fijos en el lugar que había ocupado. Asomaba a sus labios una vaga sonrisa.

Alguien le llamó entonces desde la playa. Nora estaba allí, con los pies hundidos en la arena, agitando una mano, perfecta como una diosa antigua. Arliss bajó, se mudó de ropa y nadó a su lado en las tibias aguas del mar.

Aquella noche volvió Pablo Luprata.

Desde la terraza de su residencia, Arliss vio encenderse las luces del aeropuerto y poco después escuchó el motor de la avioneta. Ésta aterrizó. Se apeó un hombre. Como el día de su propia llegada, un grupo encabezado por el doctor Usher salió a su encuentro.

Eran más de las once cuando Luprata acudió a visitarle.

—He hablado con el doctor y con Medea —dijo—. Los informes que me han dado de usted son excelentes. Afirman que estos dos meses de aire puro y reposo han obrado el efecto que era de desear. Me alegro, Arliss. Hoy vuelve usted a ser el que era.

Arliss fumaba reclinado en una silla de lona y ni siquiera se había movido al aparecer su interlocutor.

—Nunca se vuelve a ser el que se era —repuso.

Luprata le examinaba atentamente.

—Me basta con que esté dispuesto a trabajar.

—Lo estoy.

—Tengo para usted una misión muy difícil, Arliss.

El americano esperó en silencio.

—Siga —articuló al fin.

—China es un país poderoso —suspiró Luprata. Se hubiera dicho que iba a hablar de meras generalidades—. Los países poderosos se hacen respetar en el mundo, y China no constituye una excepción. A estos países no puede humillárseles impunemente.

—Muy interesante —dijo Arliss, por decir algo. Luprata se inclinó hacia él.

—La colonia de Hong Kong es una humillación para China,

señor Arliss —prosiguió lentamente—. Hong Kong, en manos británicas, bloquea el puerto de Cantón, obstruye la desembocadura del Sikiang y domina todo el Mar Meridional de la China. Un país poderoso no debe tolerar su existencia.

Hubo un silencio.

—¿Quiere decir que Mao Tse Tung pretende arrojar a los ingleses de Hong Kong? —preguntó el americano.

Aquél era el «golpe» a que Lao Chen se había referido en Macao. «Un golpe suicida», pensó Arliss. Mao Tse Tung había expulsado a Chang Kai Chek del continente asiático, recluyéndole en la isla de Formosa; había lanzado contra Corea del Sur sus divisiones de choque; había asesorado y equipado a los guerrilleros indochinos hasta convertirlos en un ejército victorioso; había desafiado a los Estados Unidos derribando sin previa provocación sus aviones, y todo ello le salió bien. Pero ¿le saldría bien un ataque directo al Imperio Británico? ¿No estaría allí, como él había sugerido, el germen de una tercera guerra mundial?

—Continúe —invitó a Luprata.

—El dispositivo inglés de seguridad en Hong Kong —prosiguió el rumano— va a ser saboteado y debilitado sistemáticamente. Todo está a punto. Ahora bien, necesito un hombre que conozca Hong Kong, que conozca ese dispositivo y que, en el caso preciso, pueda pasar por inglés a ojos de los propios ingleses. Usted es ese hombre, Arliss. Reúne todas las condiciones. He decidido trasladarle allí y concederle amplios poderes. Sé que está perfectamente informado, porque sus contactos con las autoridades coloniales, con el ejército y con el *Intelligence Service* han sido muy estrechos, de modo que podrá dirigir como nadie las operaciones. Sólo vislumbro una dificultad.

—¿Y es?

—Un viejo amigo suyo, el capitán Carruthers, acaba de ser puesto al frente de la Policía Militar de Hong Kong. Naturalmente, usted irá perfectamente caracterizado, pero conviene que no se vean.

—Un momento —atajó Arliss, extendiendo las manos—. Con exactitud, ¿qué significará mi misión? ¿Cómo encaja en el plan general?

—El plan general es que la ciudad se levante contra los ingleses.

Una vez en poder de los rebeldes, éstos pedirán ayuda a la República Popular China, Mao Tse Tung enviará fuerzas de socorro y el hecho se habrá consumado. Es decir, Mao pretende no combatir directamente a los británicos. No intervendrá hasta que haya terminado todo.

—O sea que el golpe lo dará la ciudad misma. ¿Es posible en Hong Kong una cosa así?

El rumano rió ásperamente.

—Aguarde a ver los preparativos realizados.

—Entiendo —dijo Arliss, pensativo—. La República China elude la responsabilidad. En apariencia, Hong Kong se rebela centra los ingleses sin apoyo de nadie. Sólo después se une a Mao Tse Tung.

—Exactamente.

—¿Han contado con la proximidad de la escuadra británica y con la presencia en aguas de Formosa de la VII Flota norteamericana?

—Si todo ocurre como está proyectado, no les dará ni tiempo a intervenir. ¿Lo ve ya claro, Arliss? Usted, en la sombra, organizará el sabotaje y la desarticulación de las defensas inglesas. De lo demás no se preocupe.

—Acepto. Si le he seguido hasta aquí es porque afronto todos los riesgos. Me ganaré mi medio millón de dólares.

—Habrá más.

—Eso espero.

Después que Luprata se hubo retirado, el americano permaneció largo tiempo en la terraza, contemplando el mar y las siluetas de las palmeras. Un profundo surco se grababa en su frente. Estaba, sin la menor duda, ante el acontecimiento más importante de su vida. Había pasado una esponja sobre su pretérito, y volvía a empezar, convertido en otro hombre, con amigos nuevos e intereses nuevos; pero ¡de qué terrible modo empezaba!

La anterior conversación había sido tan fría y vulgar como una charla entre dos hombres de negocios. No obstante, de ella podía depender el destino del mundo. Arliss lo sentía así. Lo único que no sentía eran remordimientos de conciencia.

Ya muy tarde, abandonó la terraza y se dirigió a su habitación.

La luz de su habitación estaba encendida.

Arliss abrió la puerta, Enseguida vio a Medea Ronche. Se hallaba

en pie en el centro del cuarto, mirándole, con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo. Vestía un ligero kimono de seda escarlata y oro, fabulosamente bordado. Su rostro tenía una expresión extraña, intensa, turbadora. Entreabría los labios y en sus pupilas brillaba una especie de fiebre.

El americano entró y cerró lentamente la puerta a su espalda.

—¿Me esperaba? —inquirió.

—Quería despedirme de usted.

De pronto, ya no era una mujer lejana, ni fría ni mordaz. Un gran cambio se había operado en ella.

—¿La ha aconsejado Luprata que se muestre amable?

Medea alzó cansadamente los hombros.

—Dígame lo que guste, porque lo merezco todo. Puede estar satisfecho, señor Arliss: ha añadido una nueva conquista a su historial. Soy yo. Le odié desde el momento en que le vi, pero, en el fondo, mi odio no era más que miedo… pues adivinaba… que usted terminaría por destruir la paz espiritual de que gozaba hacía años. Así ha sido. No me avergüenza confesarlo, señor Arliss. Puede burlarse de mí, puede despreciarme, puede humillarme. Ya no importa. Le hablo por última vez. Antes de amanecer salgo de servicio: mis vacaciones han acabado. Y de los lugares adónde voy difícilmente se regresa.

El rostro de Arliss semejaba tallado en granito.

—¿Qué lugares?

—Formosa. Una misión en la retaguardia nacionalista.

—Pues… buena suerte.

Medea avanzó un paso.

—Señor Arliss, nunca hasta hoy había tenido miedo… Por favor, ¡compréndame! Algo ha despertado en mí… algo que me ata a la vida… ¡Ha sido espantoso, señor Arliss! ¡Todo lo que antes me impulsaba, todo lo que me daba fuerza y valor, todo… es como si se hubiera hundido en el vacío! ¡Estoy infinitamente cansada da esto y sin ánimo para continuar! ¡Quiero vivir como las demás mujeres, tener sus mismas preocupaciones intrascendentes, fundar un hogar, cuidar de mis hijos! ¿Por qué no ha de ser así? ¿Quién y qué me lo prohíbe?

—¿Y por qué no pensó en todo eso antes de empezar?

—Usted me preguntó si había empezado por culpa de un

hombre, ¿recuerda, señor Arliss? —La voz de Medea se veló—. La respuesta a esa pregunta es sí. Empecé por culpa de un hombre… que había muerto: mi padre. No me pida que le cuente la historia. Yo era entonces demasiado joven para reflexionar, Ahora quizá sea demasiado vieja.

Tiene veinticinco años.

—Kan sido como veinticinco siglos. Señor Arliss, ¿quiere usted perdonarme y prestarme ayuda?

—¿Qué clase de ayuda?

—Abandonemos este lodazal. Los dos juntos.

Calmosamente, Arliss sacó un cigarrillo y lo encendió. Contemplaba a la mujer a través de sus párpados entornados.

—¿La ha enviado Luprata a ponerme a prueba?

—¿Cómo puede decir eso?

—Salta a la vista.

Medea avanzó hasta situarse exactamente frente al americano. Había lágrimas en sus ojos.

—Es usted un canalla, Jake Arliss, un maldito y depravado canalla, un miserable, un perro traidor. Quizá algún día se dé cuenta del dolor que me ha costado ser sincera con usted… ¡para nada!

Echó a andar hacia la puerta.

—¡Espere! —exclamó Arliss.

La retuvo por un brazo, la atrajo hacia sí. Contempló sus ojos anhelantes y sus labios húmedos. Sentía entre las manos, bajo la seda del kimono, la tibia palpitación de su carne.

—Déjeme marchar —suplicó ella quedamente—. Es inútil.

Pero él no la dejó marchar. Dos meses de deseos contenidos, de pasión frustrada, de desengaños, hervían en su corazón. Lo puso todo ello en un beso. Por un instante perdió la noción de la realidad. Una dicha alucinante se había volcado sobre su alma, inundándola como una cascada de luz.

La voz de Medea le llegó como en un sueño:

—Jake, ¿tú me quieres?

El tardó en responder. La estrechaba contra su pecho, sintiéndola tan suave, tan adorable, tan increíblemente suya, y hubiera querido que aquel instante durase hasta la muerte.

—Eso es lo monstruoso —contestó al fin—: te quiero. Te quería

ya cuando estuviste a punto de pegarme un tiro porque te besaba. Había descubierto instintivamente a la verdadera mujer que hay en ti. De no haberte querido… la pistola te hubiera servido de muy poco…

Ella le acarició el cabello.

—Jake, tenemos derecho a vivir nuestra vida. Huyamos. No podré resistirlo… no podré… Sin ti ya nada me importa, Jake.

—Es imposible.

—¡No puede ser imposible!

—Quizá algún día —murmuró él amargamente, repitiendo sus mismas palabras— te darás cuenta del dolor que va a costarme abandonarte. Pero es demasiado tarda, Medea. Tú y yo perdimos hace mucho tiempo el tren, y aquí nos han atrapado. No nos queda otro recurso que vivir deprisa e intensamente para librarnos de nuestros propios recuerdos. Y morir cuanto antes, es la única solución. Yo soy un paria entra los míos. Si huyo de esto, no encontraré en todo el mundo un lugar donde refugiarme.

—Jake…

Arliss tomó el rostro de la muchacha entre ambas manos.

—No hables más. Sé valiente.

—Jake, ocurra lo que ocurra y estés donde estés, no olvides que yo llevaré siempre tu recuerdo en el alma.

—Y yo el tuyo.

Y ella cerró los ojos mientras la besaba.

CAPÍTULO V

Los planes de sabotaje ejecutáronse al pie de la letra. Desde el principio, Arliss tuvo a su disposición dos valiosos auxiliares: un alemán llamado Klaes y un joven chino llamado Zee Pin. Otro chino, la misma noche de su llegada a Hong Kong, procedió a caracterizarle según las instrucciones de Luprata. Su caracterización se retocaba dos veces al día, y ni siquiera Zee Pin y Klaes, sus dos más íntimos colaboradores, sabían cuál era el verdadero rostro del americano. Su tez había adquirido un tinte amarillento, su cabello era negro y lacio, sus pómulos se pronunciaban en una cara ancha y enjuta. Cuando se miraba al espejo, Arliss se maravillaba de la transformación. Cualquiera le hubiese tomado por un mestizo, y nadie por un hombre blanco. Hasta su nombre permanecía en secreto. Por orden de Luprata había adoptado un seudónimo de una sola palabra: Strong[1].

De acuerdo con las medidas tomadas por Strong, dos toneladas de TNT fueron repartidas y almacenadas en los distintos sectores de la ciudad. Había sido previsto el secuestro de los principales jefes de la policía, del ejército y de la administración inglesa. Se contaba con la colaboración de buena parte del personal civil chino. Era segura, en el momento oportuno, la inutilización de gran número de vehículos militares. Al sonar la hora H, en fin, todas las comunicaciones telefónicas quedarían cortadas.

Sin embargo, Strong no había obrado con entera libertad. No podía determinar cómo, cuándo ni dónde, pero se daba cuenta de que el menor de sus actos estuvo sometido a control. De no hallarse habituado a la suspicacia oriental, el eterno recelo chino, esto le hubiera irritado los nervios. En realidad le importó poco. Era lógico, pese a todo lo ocurrido, que en torno al antaño temible
BX-19
del Servicio de Información norteamericano se levantara una

barrera de precauciones.

Durante aquella fase preparatoria de las operaciones, Pablo Luprata estuvo ausente de Hong Kong, y se esperaba que su regreso señalaría el comienzo de la fase decisiva. Nada de esto, empero, se dijo cuando regresó al fin. La única noticia fue que los jefes de la conjura celebrarían una reunión en el Hotel Universo, situado al extremo del barrio residencial.

La reunión, en el salón reservado del primer piso del hotel, tuvo todo el aire de una conferencia de negocios. Luprata habló tranquila y afablemente. Y no obstante, lo que dijo era de tal trascendencia que los asistentes le escucharon conteniendo la respiración.

—Vengo directamente de Pekín —anunció—. Los informes sobre vuestro trabajo, reunidos y estudiados allí, son satisfactorios, por lo que os doy mi enhorabuena. Pero falta aún lo más delicado. Es necesario conseguir una audiencia personal del Gobernador y acudir a ella con los sentidos bien despiertos. Usted será quien acuda, Strong.

Arliss enarcó las cejas.

—¿Para qué necesito yo una audiencia?

—Un especialista en micro-fotografía le acompañará y obtendrá una serie de instantáneas del despacho y otra de retratos del Gobernador mismo. Al propio tiempo, un magnetófono registrará la voz y las peculiares entonaciones del representante de Su Majestad Británica. Usted, como complemento, analizará su personalidad.

—¿Y si alguien me reconoce? ¿Olvida que la policía del mundo entero debe de haber visto mi foto? ¿Qué me dice del capitán Carruthers?

—A usted no le reconocería ahora ni su madre, Strong, pero, si es preciso, su apariencia se transformará más aún. El proyecto que tengo entre manos vale la pena. Si se realiza, habremos paralizado el sistema inglés de seguridad antes de que se ponga en funcionamiento. Esto significa la victoria segura.

—Creo adivinar lo que se propone —manifestó Arliss a media voz.

Luprata habló mirándole a él:

—Además del estudio de la personalidad del Gobernador, la audiencia tiene por objeto explorar el palacio, investigar sus defensas y localizar las señales de alarma. Después. —Luprata

sonrió como un tendero cuando brinda una rebaja a un buen cliente —, el Gobernador será secuestrado y reemplazado por un doble cuyas órdenes harán que cualquier medida tomada contra la rebelión fracase. La guarnición de los puntos estratégicos será debilitada, las rondas rectificadas o suprimidas, y lo mismo ocurrirá con los centinelas. El V Regimiento de Carros está a punto, de embarcar hacia la metrópoli. Su embarque se activará, para que se efectúe antes de que llegue el relevo…

—¡Eso es una locura! —exclamó Arliss sin poder contenerse—. Admito que se pueda suplantar al Gobernador en sus funciones oficiales, pero ¿y en su vida privada? ¿Ante su familia?

Luprata le dedicó una sonrisa desdeñosa.

—El Gobernador es viudo, no tiene hijos y vive solo, querido Strong. Fue eso precisamente lo que nos sugirió la idea.

—¿Quién le suplantará?

—Alguien de condiciones físicas muy parecidas… alguien maestro en esta clase de hazañas… alguien poseedor de enorme experiencia…

—¿Se refiere usted a mí?

—Sí.

—Pero usted sabe que ese plan tiene apenas una probabilidad de éxito entre mil. Usted sabe que está condenándome a muerte y conduciéndonos al fracaso a todos.

—Una probabilidad entre mil —sonrió Luprata, pensativo—. Bueno, esa probabilidad depende de la habilidad y el talento de usted, Strong. Nadie en el mundo lo conseguiría. Usted sí. Cuando compro algo y lo pago caro, es porque vale su precio, ¿ha comprendido?

—Perfectamente —murmuró Arliss.

Y la increíble audacia de la misión que acababa de confiársele le heló la sangre en las venas.

La supuesta delegación de exportadores chinos obtuvo audiencia del Gobernador para las cuatro y media de la tarde, dos días después. Un pomposo Rolls.

Un poco anticuado, condujo a los tres comerciantes a la cita. Arliss iba a ser el portavoz del trío. Su aspecto oriental había sido acentuado, y usaba un escuálido bigote y unas gafas de concha. Sus dos acompañantes eran chinos auténticos. Uno ocultaba un pequeño

magnetófono en el interior de su portafolios. La insignia que el otro llevaba en la solapa disimulaba el objetivo de una micro-cámara, y tenía otra acoplada a su encendedor. Sus papeles estaban en regla.

Los guardianes del palacio del Gobernador examinaron rutinariamente los pases debidamente firmados y sellados. La delegación hizo unos minutos de antesala. A continuación fue introducida en un vasto y lujoso despacho y se encontró en presencia del representante de Su Majestad.

El Gobernador dio a los comerciantes la bienvenida en inglés. Arliss se la agradeció con exquisita cortesía china. Hubo un cambio de impresiones sobre el tiempo, se dijeron las floridas vulgaridades que exige el comienzo de toda conversación oriental, y acto seguido se pasó a los temas que a la supuesta delegación interesaban.

Hacia las cinco, el Gobernador, encantado del tacto y la discreción de sus visitantes, les invitó a tomar el té en su sala privada. Arliss le ofreció amablemente su pitillera.

—Gracias, fumo solamente habanos…

Cuando regresaron al despacho, un oficial se encontraba allí hablando por teléfono. Se excusó enseguida:

—Perdone, señor. Estaba solo aquí y me he permitido atender la llamada. Es de la Comandancia, para usted.

El Gobernador tomó el teléfono y cubrió el micro con la mano.

—Les presento al capitán Carruthers —dijo a los tres componentes de la delegación—, jefe de la Policía Militar, como probablemente saben.

Arliss apretó disimuladamente los puños. Si Carruthers, que tantas veces había luchado junto a él, le reconocía… si el astuto agente del *Intelligence Service* descubría la farsa… Pero el capitán se limitaba a sonreír distraídamente; y en cuanto el Gobernador hubo terminado su conversación telefónica, despachó en dos palabras el asunto que le había llevado allí, saludó y se marchó.

Caía la tarde cuando la delegación se despidió del representante de Su Majestad, tras un vaso de excelente *whisky* escocés.

En la antesala, una camarera impecable aguardaba junto al guardarropa. Al verla, Arliss contuvo a duras penas un grito de asombro.

¡La camarera se parecía a Medea Rouche como una gota de agua a otra!

—Gracias, señor —murmuró, cuando él tomó de sus manos el sombrero.

Arliss la miró fijamente. La camarera se ruborizó y bajó los ojos.

Al americano le hubiera gustado saber sí, de ser realmente Medea, habría enrojecido…

Aquella noche, en su habitación, Arliss revisó mentalmente el escalonamiento de sucesos de los días pasados. Los acontecimientos se precipitaban y, a juzgar por ellos, el día D no tardaría en llegar.

Pero, después, ¿qué ocurriría?

¿Y Medea? ¿Y la camarera del Gobernador?

Pensativo, el americano, como cada noche, vació sus bolsillos y fue depositando el contenido sobre el escritorio. De pronto, se inmovilizó. Una idea. Tenía una idea.

Cogió rápidamente su sombrero y pasó los dedos por el interior de la badana. Contuvo el aliento al encontrar algo. Lo sacó. Era un fragmento de papel, pon un mensaje escrito a lápiz:

> «AH.2466 —mañana a las seis de la tarde— quema esta nota».

Luego, ¡la camarera era verdaderamente Medea Rouche! ¿Qué extraño milagro había producido?

¿Qué hacía Medea en el palacio del Gobernador? ¿La había colocado allí Luprata, en lugar de enviarla a Formosa? Entonces, ¿por qué no se lo dijo? ¿Por qué no se lo advirtió?

Arliss se sentó al borde de la cama con la cabeza entre las manos. No podía comprenderlo.

Por fin se enderezó, leyó una vez más el mensaje, le prendió fuego, desmenuzó las cenizas y las arrojó por la ventana.

En aquel instante sonó el teléfono.

—Diga.

Era Luprata, que le invitaba a almorzar en el «Crillón» al día siguiente. Su voz traslucía algo como satisfacción.

CAPÍTULO VI

Por la mañana, Arliss despertó con unas tremendas ganas de beber. La necesidad irresistible que el beber constituía para él antes de los dos meses de descanso en Damao ya había desaparecido, pero aquella mañana volvió con intensidad mayor que nunca.

Tomó un baño frío, se sirvió una dosis moderada de ginebra y trató de distraerse, pero ello no mejoró su estado de ánimo. Tenía la garganta seca y la cabeza como rodeada de un aro rígido. Sus molestias, sin embargo, no eran físicas: su causa estaba más lejos, quizá en las regiones inexploradas del subconsciente.

Hacia las once se vistió e hizo pasar al chino que cuidaba de su maquillaje. Hora, y pico después entraba en el «Crillón», donde Pablo Luprata le aguardaba ya.

—La grabación magnetofónica es perfecta —le participó el rumano, cuando se sentaron a almorzar—. Las fotos, un éxito. Usted se comportó admirablemente. Le felicito, Strong. Todo va bien.

—Yo no estoy tan seguro —replicó Arliss.

Habló de la presencia del capitán Carruthers en el despacho del Gobernador y del peligro que ello comportaba. Era imposible saber si el hombre del *Intelligence Service* había o no sospechado algo.

—No, no, no puede haberle reconocido a usted. —Luprata sacudió enérgicamente la cabeza—. Hasta su voz es otra. Usted, naturalmente, no alcanza a juzgar por sí mismo. Tendría que verse y oírse desde el exterior.

Comieron en silencio. Una pregunta, empero, le quemaba los labios a Arliss. Estuvo a punto de hacerla. Luprata se le adelantó y le dio la respuesta por anticipado, y sólo entonces comprendió el americano qué gran error hubiera cometido de no ocurrir las cosas de aquel modo.

Porque Luprata dijo:

—He recibido noticias de Medea. Está en Formosa y, por ahora,

sale del pasó. Es mucho, considerando los riesgos de su misión… Pocas veces un agente secreto los habrá corrido mayores.

Arliss desvió la mirada.

¿Medea en Formosa? ¿En Formosa o en el palacio del Gobernador de Hong Kong? ¿Qué significaba aquello? ¿Estaba Luprata engañándole, o era Medea quien engañaba a Luprata?

—Guardo buen recuerdo de ella —repuso—, a pesar de su orgullo y sus desdenes.

—No se los tome en cuenta, Strong. Medea no ha tenido la vida fácil de tantas otras mujeres. Es una criatura excepcional.

Terminado el almuerzo, Luprata anunció que aquella noche se celebraría una nueva reunión en el salón reservado del «Hotel Universo» para coordinar los últimos detalles de la fase de las operaciones que se iniciaba al día siguiente. Sin más, los dos hombres se separaron.

El tiempo, hasta las seis, se le hizo eterno a Arliss. Deambuló por los abigarrados distritos chinos, tomó café en una terraza asomada a la bahía, y, por fin, se decidió a adoptar algunas precauciones. Asegurándose de que no era seguido —el recelo y la sospecha le rodeaban siempre—, entró en un cine y salió por la puerta lateral. A las seis en punto estaba en la cabina de un teléfono público y marcaba el número que encontró oculto en la badana de su sombrero: AH.2466.

Minutos después se dirigía a un restaurante del pintoresco barrio de Bao Chew. En uno de sus reservados, al abrigo de toda mirada indiscreta, halló a la persona con quién acababa de hablar por teléfono. Era Medea Rouche.

Antes de pronunciar una sola palabra se estrecharon apasionadamente uno contra otro.



"Antes de pronunciar una sola palabra, se estrecharon apasionadamente uno contra otro".

—Querido —susurró la muchacha—. Es una imprudencia, pero no podía esperar… no podía…

—Estamos juntos y eso basta.

—¡Tenía tanto miedo!

—¿No te han seguido?

—Es mi tarde libre. He cambiado tres veces de taxi y atravesado dos cafés. ¿Y tú?

—He usado un cine.

Los dos sonrieron. Arliss añadió:

—¿Cómo pudiste reconocerme?

—No te reconocí, y si no fuera por tus besos… diría que sigues siendo para mí un extraño. Pero suponía de antemano lo que iba a pasar y estaba alerta. No me equivoqué.

—Yo te creía en Formosa.

—Oficialmente continúo allí.

—Pero Luprata…

—Luprata no irá jamás al palacio del Gobernador. Teme al capitán Carruthers.

—¿Le has… traicionado?

—Le he abandonado —rectificó Medea suavemente—. Por ti, Jake. La vieja historia acabó.

—No entiendo… no me explico tú presencia en Hong Kong… en el palacio y precisamente ahora…

—Sentémonos —propuso ella. Ambos se sentaron. En la mesa del reservado había un servicio de té—. En Formosa me hablaron de ti y del golpe que se preparaba en Hong Kong. Sobre todo de ti, Jake. El agente a cuyas órdenes he estado trabajando acababa de llegar de Pekín, donde había coincidido con Pablo Luprata. Por él supe cuáles eran aquí los planes. Supe, especialmente, que Luprata está dispuesto a utilizarte hasta que agotes el último de tus recursos, sin dejarte una sola posibilidad de sobrevivir. No cree en tu colaboración, porque tú eres demasiado independiente, porque tienes demasiado, personalidad para someterte a la disciplina que él exige. Considera que, después de lo de Hong Kong, estarás acabado y tu gran misión se habrá cumplido. Ya no servirás. No servir, para Luprata, significa la muerte. Y tu muerte, no lo olvides, Jake, hace que medio millón de dólares vuelvan a su bolsillo. Es un buen negocio.

—Esperaba algo así —asintió Arliss.

—En cuanto supe todo esto, me las ingenié para abandonar Formosa sin que mi ausencia fuera descubierta. Lo más que puede sospechar Luprata es que me han matado.

—¿Cómo has entrado al servicio del Gobernador?

—Hay en Hong Kong una mujer que me debe la vida de su esposo. Sólo lo sabemos ella y yo. Fui a visitarla. Tiene influencia suficiente, y no podía negarme lo que le pedía. Resultó fácil. Le he jurado no entregarme a ninguna actividad de espionaje y, aunque no te he mencionado, creo que ella adivina aproximadamente la verdad. Estoy aquí para salvarte, Jake. Si has de morir, moriré contigo, pero no sin haber intentado lo imposible. Es ya lo único que me importa.

Arliss la contempló en silencio.

—He de pedirte una sola cosa —dijo—: pase lo que pase, no intervengas. Necesito concentrar todas mis energías. Saber que te tengo cerca me dará valor, pero no puedo distraerme ni un instante para cuidar de ti. Sería la ruina de todo.

—Te lo juro, Jake.

El titubeó. De pronto, introdujo la mano en un bolsillo y sacó algo que parecía una pequeña medalla metálica. La depositó en la palma de la mano de Medea.

—Llévala en tu pecho. Si llega el momento en que ya no puedas hacer nada por salvarme, dásela al capitán Carruthers. Fue algún día mi mejor amigo… y quizá no haya renegado por completo de mí… No rompas el hilo de plata del sello. Júrame que no lo romperás.

—Lo juro —repitió la muchacha. Se inclinó hacia adelante, hasta rozar con los suyos sus labios—. Gracias, Jake, por tu confianza.

Media hora más tarde se separaron. Arliss aguardó otra media hora aún, después que Medea hubo salido, para salir él.

Un camarero chino acudió a sostenerle la puerta.

—Buenas noches, señor —saludó.

—Calurosas —repuso Arliss, aspirando el denso aire de la calle.

El camarero sonrió beatíficamente.

—El verdadero calor sólo existe en el interior de los corazones, señor.

Arliss le lanzó una rápida mirada. Ya en la calle, se volvió para leer el rótulo del restaurante. Rezaba: «La Frambuesa Blanca».

—Qué curioso —murmuró el americano para sí. Aquella noche, en la reunión del «Hotel Universo», estaba presente Lao Chen, el comerciante de Macao. Al verle, Arliss casi se adelantó a saludarle. Recordó a tiempo que su caracterización le había convertido en otra

persona y que el chino no le reconocería, como así fue.

Sin embargo, la presencia de Lao Chen indicaba que los acontecimientos habían alcanzado su punto culminante. «Cuando suene la hora volveremos a vernos», le había dicho meses antes, al despedirse. Y bien la hora había sonado.

—El día D y la hora H se anunciarán en el momento oportuno —dijo Pablo Luprata—. Debo solamente advertiros que están muy próximos y que espero que cada uno cumpla con su deber. Desde mañana —se volvió para hablar exclusivamente a Arliss—, dos especialistas trabajarán con usted para ejercitarle en todo lo que sea preciso conocer a fin de encarnar la persona del Gobernador. Usted, Strong, es nuestro máximo triunfo. Métase en la cabeza la idea de que, si se pierde su baza, nos vamos todos al infierno.

—Nunca me ha atraído el infierno —replicó Arliss.

Se ajustaron los detalles secundarios del plan de campaña que poco a poco iba minando el suelo de Hong Kong bajo los pies de los ingleses, y antes de medianoche se había disuelto el pequeño y en apariencia inofensivo grupo.

Por sus pasos contados, el mundo avanzaba hacia la sangrienta crisis que se gestaba en la sombra.

CAPÍTULO VII

Durante una semana, Jake Arliss aprendió mediante el magnetófono el acento, el léxico y las inflexiones de voz del máximo representante en Hong Kong del Imperio Británico. Copió sus actitudes y sus gestos, se incorporó sus costumbres y sus manías. Una vez y otra eran proyectadas en una pantalla, ante él, las fotos tomadas en el palacio. Un chino que hasta el mes anterior sirvió como criado a Su Excelencia había sido capturado por los hombres de Luprata y, de grado o por fuerza, proporcionaba informes inestimables.

Desde el principio, también, el maquillador procedió a cambiar nuevamente la apariencia del americano. Operó por etapas, con un cuidado increíble, con un mimo asombroso por los detalles. Se valía de tintes insensibles al agua, de parches invisibles que permitían moldear el rostro como si fuera de barro, de piezas que se fijaban en el interior de la boca. Su trabajo era una auténtica maravilla.

La fatiga hizo al cabo presa de Arliss y se le concedieron veinticuatro horas de reposo. Luego se reemprendió la tarea, igualmente áspera, igualmente dura, pero los resultados eran ya claramente perceptibles. Minuto a minuto, Arliss se identificaba con el Gobernador. Difícilmente se podía distinguir a uno de otro. A medida que transcurría la segunda semana, distinguirlos se hizo imposible por completo.

Sin embargo, el cansancio físico no le procuraba a Arliss el reposo espiritual que tanto echaba de menos. Un presentimiento sombrío le atenazaba el alma. Adivinaba en torno un cúmulo de imponderables que obstaculizaban el libre desarrollo de aquel juego suicida y de los cuales no conseguía desprenderse…

Hasta que una noche le comunicó Pablo Luprata que la substitución tendría lugar al día siguiente. La suerte estaba echada.

El Gobernador abandonaba su palacio para asistir a una comida

en la Legación de los Estados Unidos. Al regreso, su coche atravesaría un paraje poco frecuentado. La emboscada se prepararía allí.

Arliss esperaría, a punto, en el pórtico de un próximo almacén. Cuatro hombres armados se apoderarían de Su Excelencia y de los dos guardias que habitualmente formaban su escolta, mientras que una ambulancia se habría estacionado estratégicamente para llevárselos sin pérdida de tiempo del lugar de la escena. Todo estaba previsto. Nada malo podía ocurrir. El propio Luprata se hallaría presente, junio a Arliss, para prevenir la menor contingencia.

—Dentro de una hora —añadió el rumano, consultando su reloj —, se dará a los preparativos el último toque. Me acompañará usted a nuestro puesto de mando —la cara de tendero de Luprata se iluminó con una maligna sonrisa—. Lo que verá, Strong, le dejará boquiabierto. Le dile en cierta ocasión que aguardara a ver los preparativos realizados aquí, ¿recuerda? ¿No fue porque usted dudaba de que Hong Kong se sacudiera el yugo inglés por sí misma?

—Ya no dudo.

Luprata rió.

—¡Oh, ya no duda! ¡Conoce cuatro minucias sobre sabotaje y obstrucción a las fuerzas británicas, y ya no duda! Pues eso no es nada, Strong. Esta noche va a obtener la medida exacta de lo que a la ciudad le espera. ¿Tiene aquí algo de beber?

—Ginebra.

—Echemos un trago.

En silencio y en paz, los dos hombres vaciaron sendos vasos, como dos buenos amigos que no necesitaban hablar porque les basta con su mutua compañía. Transcurrida media hora, Luprata dijo:

—Vámonos —contempló sonriendo a Arliss, quien en todo momento se movía y actuaba ya automáticamente como el Gobernador—. Le advierto que tendré que vendarle los ojos. Es una orden general y espero que usted se preste a ello sin buscarle tres pies al gato.

Arliss se encogió de hombros.

—A estas alturas poco importa.

Momentos después se habían instalado a bordo de un potente

«Jaguar» y se encaminaban al lugar de la cita. Junto al conductor, un chino de unos cuarenta años permanecía inmóvil, envarado, mirando al frente. Luprata, con Arliss en el asiento trasero, sacó del bolsillo interior de su chaqueta un pañuelo de seda blanca, lo plegó y se lo anudó al americano en la cabeza. Le bajó una punta hasta la base de la nariz.

Rodaron una veintena de minutos por la ciudad. Puesto que no podía ver el americano hizo uso de su oído, extraordinariamente agudo y adiestrado. No le era extraño ninguno de los rumores que percibía. El movimiento de los transeúntes, las paradas, los silbidos de los guardias de la circulación, las encrucijadas peligrosas, las distintas clases de pavimento de las calles que recorrían, todo se registraba exactamente en su memoria.

El vehículo se detuvo al fin en algún punto de un barrio que debía de ser sumamente populoso, pues la vida no se había interrumpido pese a la noche. Por el contrario, se hubiera dicho que ni en pleno día podía ser tan intensa.

Unos borrachos cantaban a coro una canción procaz. Un vendedor ambulante voceaba en chino su mercancía. Flotaba en el aire un olor de especias, de guisos, de grasa, de pescado. Lejanas, sonaban músicas orientales y occidentales, en confusión, y su sonido crecía de vez en cuando, sin duda cuando se abría la puerta de algún local.

Arliss comprendió claramente que se encontraba en el corazón de Hang Tao Be, el distrito portuario, el frenético y abigarrado sector del tráfico y los bares más escabrosos del mundo, lo cual no dejó de causarle sorpresa. Luprata le había hablado de un «puesto de mando». Lo lógico parecía que el puesto de mando estuviera en alguna parte solitaria y segura, no en el centro de aquella colmena humana.

—Cuidado, hay tres escalones.

El americano, conducido del brazo por Luprata, se había apeado del coche y atravesaba rápidamente la acera para introducirse en un fresco corredor. Dos puertas. Luego una pieza, un vestíbulo, que olía a desinfectante.

En la cabina de un ascensor que les bajaba a su destino, Luprata retiró el pañuelo que cubría los ojos de Arliss.

Habían bajado cuatro plantas cuando el ascensor se detuvo.

Arliss, que hasta aquel momento había estado restregándose los párpados, se fijó entonces en el ascensorista. Era un chino alto y robusto, de veinte años de edad o cosa así. Rígido, marcial como un cadete. Llevaba un uniforme negro, con una estrella roja en cada solapa. Al cinto, enfundada, una pistola.

—¿Qué significa esto? —inquirió el americano.

—Significa —Luprata le invitó a seguir caminando— que se encuentra usted en el Cuartel General de las fuerzas liberadoras de Hong Kong. ¿Le sorprende?

Arliss lo examinaba todo con interés. Se hallaban en lo que semejaba el interior de un vasto edificio, pero que no era sino una sucesión de pisos subterráneos. La luz procedía de tubos fluorescentes. Se veían numerosas puertas, y ante cada una de ellas montaba guardia un chino uniformado de negro, inmóvil como una estatua.

A medida que avanzaban por un corredor se cruzaron con diversos funcionarios que llevaban valijas, carpetas o papeles. Todos ellos vestían de negro, iban en mangas de camisa —negra también— y ostentaban brazales de distintos colores.

En una dependencia aislada por una mampara de vidrio trabajaban numerosas mecanógrafas: camisa negra y falda negra. De la pared pendía un gran retrato de Mao Tse Tung.

—He de reconocer que, en efecto, me sorprende —dijo Arliss—. ¿Todo esto es obra suya, Luprata?

—Todo esto y mucho más. Obra mía y de mis colaboradores. ¿Qué esperaba usted? China se juega en la toma de Hong Kong su destino, y si estalla una guerra, una guerra general, una guerra atómica, lo que se juega es el destino del mundo. No podemos hacer las cosas a medias, Arliss.

—Es cierto —murmuró el americano. Estaba pensando en el trabajo que le había correspondido realizar desde que llegó a Hong Kong hasta hacía un par de semanas: almacenamiento de TNT, preparación de sabotajes… Comparándolo con lo que ahora veía, se daba cuenta de que no tuvo importancia ninguna. Debió de ser, a lo sumo, una prueba a que le sometió Luprata para asegurarse de su fidelidad—. Le felicito —añadió—. Usted ha cumplido trascendentales misiones en China, en Indochina y en Corea, pero creo que la presente las supera todas. Si los Estados Unidos tuvieran

a su servicio hombres como usted, la situación actual del mundo sería muy distinta. No los tienen.

—Por fortuna.

—Sí —asintió Arliss. Y repitió maquinalmente—: Por fortuna.

Luprata le introdujo en un gran despacho, donde seis hombres y una mujer trabajaban en sendas mesas. Extensos archivos cubrían las paredes.

Uno de los hombres se adelantó a recibirles. Tendría quizá cincuenta años y vestía exactamente igual que los demás, sin ningún distintivo que lo diferenciara.

—Le presento al general Yang, jefe de nuestro Estado Mayor.

Arliss estrechó la mano de Yang. Éste le miraba con asombro.

—Es increíble —comentó en chino—. Juraría que estoy ante el Gobernador en persona. ¿Cómo ha conseguido esto, Luprata?

En el mismo idioma, el rumano respondió:

—El agente Strong es un hombre excepcional. Dele a él la enhorabuena.

Avanzó a través del despacho, y Yang y el americano le siguieron. Una puerta les condujo a otro despacho mucho más pequeño, decorado lujosamente. Enseguida notó Arliss que aquel despacho era el del propio Luprata. Abriendo una alacena, éste sacó tres vasos y una botella de coñac francés. Llenó los vasos.

—Bebamos por el éxito de mañana —dijo—. Coñac: una concesión a la estúpida Europa. Cierto tipo de concesiones le traen a uno suerte.

Bebieron.

—Puede sentirse orgulloso, Strong —añadió Luprata bruscamente—. Usted y yo somos los dos únicos hombres blancos que han penetrado en este recinto. Usted ha sido elegido para efectuar la tarea clave de nuestra operación. De usted depende el futuro de millones de personas.

»Antes de dar el paso decisivo, quiero prevenirle de que no se congratule de la confianza que nos merece. Hablemos claro: usted ha sido traidor una vez, motivos aparte, y puede volver a serlo ciento. Pero es también el único hombre inteligente, experimentado y con condiciones físicas para la labor que empieza mañana, de modo que, cuando se puso a mi alcance, le eché mano y no le solté. No le pido lealtad a ninguna clase de ideas. Trabaja por dinero.

Perfectamente: lo mismo hago yo.

»Quiero igualmente mostrarle los engranajes de la maquinaria cuyo montaje nos ha costado cinco años de esfuerzos, para que, mientras el peligro le aceche en los próximos días, tenga una idea clara de qué es lo que le respalda. En este subterráneo se encuentra en embrión la estructura de lo que dentro de unos días será la ciudad china, auténticamente china, de Hong Kong. Nuestros funcionarios militares y civiles han sido elegidos individualmente. Cada uno hace más de lo que es su deber, y arriesga la vida con entusiasmo. Parece, en ocasiones, que alguno titubea… Nunca pasa de titubear, Strong. Tenemos medios sobrados para cortar en seco cualquier clase de vacilaciones.

Luprata se interrumpió para llenar de nuevo los vasos.

—Bebamos —repitió.

Bebieron.

—Aquí —añadió un momento después— la noche y el día no se diferencian. Los equipos son idénticos. Los que han dormido ya relevan a los que no han dormido aún. Nadie sale de este recinto si no se le ha encomendado una misión especial. Ninguno de los cinco mil habitantes del distrito sospecha la existencia de esta fortaleza bajo su suelo. Tedas nuestras necesidades están aseguradas por una cadena de empresas chinas de alimentación, confección e instalaciones industriales, en las que nuestros representantes ocupan el cargo de directores. De tales empresas, y podría citarle muchas en el mismo Hong Kong y en diversas ciudades de Oriente, y hasta de Europa, somos nosotros los únicos propietarios.

»En fin, poseemos un magnífico equipo de radar y una central electro-telefónica que es quizá la más moderna del mundo. En nuestros laboratorios, cincuenta especialistas cuidan de que ningún fallo se produzca en el mecanismo de la organización.

»Todo esto, Strong —Luprata alzó su vaso de coñac a la altura de la frente y sonrió como un vendedor de relojes cuando remata su discurso publicitario—, es obra mía. La obra más grande, usted lo ha sugerido antes, de mi larga y azarosa carrera. Por ella bebo.

Apuró su vaso.

«Estoy loco —pensó Arliss—, completamente loco. Sueño. Deliro. Esto es imposible. Dentro de un momento despertaré de esta pesadilla».

Pero no despertó.

—Tenga la bondad de acompañarnos, general —le dijo Luprata a Yang—. Vamos a mostrarle a Su Excelencia el Gobernador de Hong Kong lo que se oculta bajo los cimientos de su próspera y pacífica ciudad.

Arliss caminó entre el rumano y el chino a lo largo de un vasto corredor, ante cada una de cuyas puertas montaba guardia un joven uniformado. Al fondo, empujaron una reja y Yang accionó un mecanismo. Inmediatamente se encontraron en una inmensa cocina donde gran número de personas trabajaban en completo silencio.

—Éstas son las dependencias de los oficiales —anunció Luprata.

Seguían dos refectorios, un vestuario y unos salones.

—Nuestras salas de trabajo.

Dos piezas tapizadas de libros y mapas murales. En el ángulo de una de ellas, tres muchachos fornidos escuchaban atentamente las explicaciones que un chino de aspecto autoritario estaba dándoles sobre la caza de carros de asalto.

—Aquí, los laboratorios.

Ocupaban casi todo un piso. Médicos, biólogos, químicos, físicos e ingenieros llegados de la República Popular China atendían los engranajes humanos y mecánicos de aquel gigantesco aparato de destrucción.

—¿Todo esto es necesario? —No pudo menos que preguntar Arliss.

—Lo es si aspiramos a la victoria —replicó Luprata—. Corea e Indochina nos han servido de experiencia, y los métodos de lucha que ahora vamos a emplear causarán asombro. No olvide que tenemos delante al Imperio Británico y que le atacamos directamente en uno de los más preciados joyeles de su Corona. Todo esto es necesario, Strong. Y mucho más.

Había mucho más. La siguiente dependencia estaba destinada a hospital. Sus salas de curas, de operaciones y de radiología esperaban a las víctimas de la sublevación.

En otro lugar, numerosos empleados archivaban planos y ordenaban fichas, clasificaban el correo secreto o taquigrafiaban las órdenes de los oficiales. El telégrafo y el teléfono funcionaban intensamente. Una vida enorme, monstruosa, palpitaba en aquella fortaleza clandestina.

Finalmente, el piso superior estaba repleto de armamento y municiones. Cien carros de combate, prestos a entrar en acción, aguardaban en una prodigiosa rampa la orden de lanzarse a la batalla. En una inmensa sala, con las alas plegadas como pájaros en reposo, una triple hilera de «Migs» se hallaba a punto para el transporte al primer aeródromo conquistado.

Aquello fue ya demasiado para Arliss.

—¡No es posible! —exclamó—. Ustedes no pueden haber excavado este subterráneo y acumulado tanto material ante las propias narices de los ingleses. Sé cómo las gasta el *Intelligence Service*. O usted me ha hipnotizado para que vea lo que no es, o… Bien, no comprendo una palabra.

Luprata sonreía.

—Se lo advertí, Strong. Cinco años nos ha costado. Mientras se luchaba en Corea e Indochina, aquí trabajábamos por la liberación de Hong Kong. Usted conoce a los chinos, conoce su paciencia, su maravillosa habilidad, su astucia… Si encuentran a un hombre capaz de dirigirlos, hacen milagros. Yo he sido ese hombre. El subterráneo se excavó metro a metro, y la tierra fue desalojándose bajo la capa de una empresa constructora, la «ACSB», a la cual el propio Gobernador felicitó por su labor de edificación y saneamiento en uno de los barrios más corrompidos de la ciudad…

Arliss había oído hablar de la «ACSB» y de su labor cívica. El barrio, como supuso, era Hang. Tao Be. Pero nunca sospechó, ni él ni nadie lo que la «ACSB» en realidad ocultaba.

—El material —prosiguió el rumano— ha llegado por piezas, consignado a empresas que controlamos nosotros. Hong Kong es uno de los primeros puertos comerciales del mundo. Ésta ha sido la parte más fácil y cómoda de nuestra labor.

—¿Quiere decir que este fabuloso contrabando ha pasado impunemente ante las autoridades inglesas?

Luprata se encogió de hombros.

—Pasarlo era cuestión de vida o muerte. Si uno quiere, Strong, y si posee la suficiente fuerza, las cuestiones de vida o muerte se resuelven siempre del lado de la vida.

—Me rindo a la evidencia —asintió el americano.

El rumano hizo un signo.

—Le queda todavía algo por ver.

Un ascensor les llevó a lo más profundo del sótano. El general Yang maniobró un dispositivo de seguridad y un corredor absolutamente blanco los acogió. Había celdas a un lado y otro. Sobre cada una, un número y una calavera con dos tibias cruzadas.

—Cámaras de gas —anunció Luprata suavemente—. Y ahí… los hornos crematorios.

En una pequeña sala, cierto número de pastillas grises señaladas con caracteres chinos se alineaban sobre un anaquel.

—El último capítulo de la historia de los traidores, mi querido Strong.

Arliss apretó los dientes. Estaba pensando en que si Luprata le había revelado secretos de tanta trascendencia, su vida, ciertamente, no valía un centavo. Ante aquello era vana cualquier promesa de velar por su seguridad. Al contrario. Una vez cumplida su misión se convertiría en un estorbo, incluso en un peligro. Luprata había dicho claramente que sólo confiaba en él por necesidad imperiosa. Luego… en el último instante… un asesino chino le encajaría bien encajadas, por la espalda, unas cuantas balas de su revólver. Esto constituiría su pago.

—De modo que ya lo ha visto —dijo amablemente el rumano—. Ahora a por nuestros preparativos. Los especialistas, Strong, están aguardándole.

CAPÍTULO VIII

Los agentes de la Sección Especial se habían reunido en un departamento situado fuera del círculo habitual de actividades del Estado Mayor. Los peluqueros, sastres y maquinadores se afanaban en torno a tres hombres que soportaban sus manipulaciones con ejemplar resignación. De ellos, quien acaparaba más atenciones era Arliss.

El americano se había convertido en un doble del Gobernador asombrosamente perfecto. Un retrato del funcionario británico, ampliado a tamaño natural, servía de modelo para los últimos toques. El uniforme era una réplica exacta del que, según el protocolo, vestiría Su Excelencia para asistir a la comida de la Legación de los Estados Unidos. Una lista de hábitos, gestos y expresiones se encontraba entre las manos de Arliss, y éste, mientras los sastres ajustaban los pliegues de su guerrera, repasaba por vez postrera las particularidades más difíciles de su papel.

En la otra mitad del departamento, los expertos vestían a dos robustos mocetones rubios. Arliss, al verlos, no había disimulado su sorpresa.

—¿Ingleses? —preguntó.

—Alemanes —le explicó Luprata—. He cribado todas mis disponibilidades de hombres hasta dar con ellos. Sustituirán a los dos guardaespaldas del Gobernador, y me ha costado mis sudores encontrar los tipos apropiados, infundirles el parecido necesario y entrenarlos para su misión. Pero eran imprescindibles, so pena de correr riesgos inútiles.

Al americano no le extrañó no haber sido prevenido de aquella parte del plan. Comprendía perfectamente a qué se refería Luprata cuando hablaba de «riesgos inútiles». Los riesgos no significaban que los dos guardias legítimos descubrieran el engaño, sino que aludían a una posible debilidad o a una traición por parte de él.

Aquellos dos hombres se constituirían en sus vigilantes implacables. Y acaso uno de ellos, o ambos, tuviera ya orden de aplicarle, en su día, la pistola a la nuca…

Las fotografías de los dos soldados británicos se hallaban también a la vista y los maquilladores retocaban artísticamente los rasgos de su obra. Un aparato magnetofónico dejaba oír fragmentos de conversación, frases, expresiones recogidas por agentes especiales en un bar que los guardias habían frecuentado durante las últimas semanas. Los alemanes, que hablaban el inglés con propiedad asombrosa, las repetían en alta voz.

Luprata le contó a Arliss que el Gobernador no había cambiado de guardaespaldas en tres meses y que los dos soldados, agentes de la MP, merecían su confianza absoluta. El americano sabía ya, a través del excriado chino del palacio que estuvo facilitándole informes, que ambos gozaban de gran independencia y que se relacionaban poco con el resto del personal. El hecho de que se alojaran junto a las habitaciones de Su Excelencia los distanciaba de las tropas ordinarias. Su régimen de vida y su horario dependían exclusivamente de la voluntad de aquél, por lo que Arliss podía en adelante disponer de ellos como más conviniera al éxito de su misión.

Terminados los preparativos, en una sala a propósito se efectuó un ensayo del secuestro. Arliss y los dos alemanes se produjeron como actores excelentes. Resultó perfecto, y Luprata aplaudió irónicamente aquel espectáculo de selección. Acto seguido, los tres hombres fueron invitados a descansar hasta el momento oportuno.

Se despojaron de sus ropas, se tendieron en sendas camas de campaña y un enfermero les administró un soporífero de efectos calculados para un plazo determinado. Esto permitiría a cada uno recobrar las fuerzas, evitar la espera enervante… y también librarse de los peligros de la depresión moral.

Arliss se sumió inmediatamente en un sueño extraño. Se vio a sí mismo convertido en el auténtico Gobernador de Hong Kong, en su despacho, protegido por sus guardias de Corps y discutiendo con el capitán Carruthers, a quién deseaba fusilar. Por la ventana se veía el patio del palacio, y en el patio estaba Medea Rouche, llorosa y con las manos atadas a la espalda. Un tribunal militar acababa de condenarla a la horca. Tras ella se alzaba el patíbulo, en tanto que

un cordón de policía contenía a una multitud de chinos vociferantes. Enorme, la cuerda de cáñamo se balanceaba por encima de la mujer. Un soldado de la MP le pasaba entonces el lazo en torno al cuello. El Gobernador gritaba órdenes que nadie parecía oír. Y luego, de pronto, ya no era Medea, sino Pablo Luprata, quien se columpiaba a tres metros del suelo con la lengua fuera…

Arliss hubiera querido despertarse, correr a impedirlo. Todo inútil. El soporífero le tenía inmovilizado en su lecho.

Bruscamente, por fin, un timbre rompió a sonar por todo el subterráneo. Se encendieron unas lámparas verdes y rojas y una agitación insólita sucedió al silencio. La hora H había llegado.

En aquel preciso instante salieron de su sueño los tres «ingleses». Se encontraron perfectamente frescos, llenos de energía, prestos a actuar. Fueron afeitados y vestidos, y a continuación efectuaron una sólida comida.

Media hora más tarde estaban ya en su puesto: una encrucijada solitaria, en un viejo distrito, por dónde el coche del Gobernador tenía que pasar en su camino de regreso al palacio. La ambulancia que los había conducido se hallaba estacionada en la boca de una callejuela. En las ruinas de un almacén abandonado se desarrollaba una silenciosa actividad: seis chinos, que usaban el uniforme de la policía colonial británica, emplazaban dos ametralladoras en previsión de cualquier contingencia no calculada. En un rincón del pórtico, Jake Arliss y sus dos compañeros esperaban la señal de Luprata, apostado con un chino vestido de paisano en el que iba a ser lugar de la escena.

Los minutos transcurrieron aparentemente al ritmo de horas. Los hombres se sobresaltaban al menor ruido. Un grupo de soldados pasó cantando una melodía escocesa: no vieron nada. Uno de ellos se detuvo cerca de la ambulancia para satisfacer una necesidad perentoria. Ni remotamente sospechó que a pocos metros de él dos cañones de ametralladora apuntaban a su espalda. Los dedos se crispaban en el frío acero de los gatillos…

Una vieja pasó cojeando. Se paró un instante a la altura del almacén. Titubeó. Por fin, continuó su marcha insegura.

Al cabo, el motor de un poderoso vehículo se dejó oír. Sus faros iluminaron la encrucijada. El chofer quitó gas, desembragó y cambió de directa a tercera.

¡Era el coche del Gobernador!

La ambulancia arrancó, se puso a maniobrar y, como por casualidad, se encontró entre el callejón y el coche, cuando apareció éste, interceptándole totalmente el paso. El vehículo se detuvo y su conductor se apeó lanzando juramentos, seguido por el segundo guardia. Los dos increparon al chofer de la ambulancia. Como ésta seguía maniobrando torpemente, se acercaron a él…

Un momento después rodaban por tierra, abatidos de sendos golpes de cachiporra. El Gobernador se dio perfecta cuenta de que ocurría una anomalía, pero no tuvo tiempo de reaccionar. Antes incluso de que se decidiera a saltar del coche o a empuñar el volante para huir, estaba cloroformizado. Dos hombres le trasladaron a la ambulancia. Los objetos que contenían sus bolsillos pasaron a los de su doble, y lo mismo sucedió respecto a los guardias de su escolta. Todo esto había durado un minuto. En treinta segundos más fueron retiradas las ametralladoras y la ambulancia partió hacia el subterráneo de Hang Tao Be. El coche oficial lo hizo en dirección al palacio del Gobierno.

Instalado en el asiento trasero, todavía caliente por el cuerpo de su predecesor, Arliss hojeaba la agenda de Su Excelencia. Figuraban en ella las citas y comunicaciones telefónicas. Magnífico. Ninguna sorpresa llegaría por allí.

Pero llegarían, indudablemente, por muchos otros conductos. Como el Gobernador no usaba armas, Arliss se veía obligado a no llevarlas tampoco. Esto era desagradable. Más desagradable si se observaba que, en sus fundas, al cinto, los revólveres de los guardias estaban preparados; y Arliss lo había observado, por supuesto. Sin embargo, tenía otras preocupaciones de mayor importancia y mayor urgencia. Caso de ocurrir un «accidente», sería al final, cuando ya Luprata fuera dueño de Hong Kong. Hasta entonces podía respirar tranquilo.

El potente automóvil penetró sin obstáculo en el patio de honor del palacio del Gobierno. Los centinelas presentaron armas. El Gobernador, Seguido de su escolta, subió a sus habitaciones. La farsa suicida había empezado.

Los dos guardias auténticos eran conocidos por los nombres de Herbert y Slim. Su consigna había sido no abandonar nunca a Su Excelencia, y probablemente la cumplieron, aunque no con el celo

que desde el primer instante demostraron sus dobles. Arliss, aquella noche, no pudo dar un paso sin encontrar a uno u otro en su camino. Herbert, al cabo, se retiró, pero Slim repasaba estólidamente unas revistas ilustradas cuando el capitán Carruthers acudió a rendir su informe diario y a solicitar instrucciones para el día siguiente.

La entrevista entre el exagente americano y el hombre de la *Intelligence Service* hubiera podido desencadenar una catástrofe. En cambio, no debió diferenciarse mucho de las que habían tenido lugar entre el Gobernador y el jefe de la Policía Militar durante las semanas anteriores. Carruthers enarcó las cejas al oír que el embarque hacia la metrópoli del V Regimiento de Carros iba a efectuarse inmediatamente, pero no hizo comentarios. Tomó nota en silencio de los refuerzos que serían retirados y de las patrullas y puestos doblados y de los desdoblados. Su Excelencia dijo que el sistema de seguridad de Hong Kong era anticuado y se resentía de la rutina colonial. Añadió que muchas de las medidas entonces en práctica resultaban inútiles y no conseguían más que herir la susceptibilidad de los habitantes chinos.

Carruthers se atrevió a preguntar:

—¿Le han sugerido ideas nuevas en la Legación de los Estados Unidos, señor?

—No sea usted impertinente —replicó secamente Arliss—. Los norteamericanos entienden tanto de política colonial como usted y yo del cultivo de la remolacha temprana. Llevo algún tiempo pulsando el estado de opinión de la ciudad, capitán, eso es todo, y temo que la vida comercial se resienta de determinadas medidas erróneas. Vele usted porque se cumplan mis órdenes. Aquí tiene —tendió un folio mecanografiado— la síntesis del plan de simplificación. Puede retirarse.

Cuando Carruthers se hubo retirado, Slim emitió un admirativo silbido dedicado a Arliss.

—*Very well, sir*!

Pero el Gobernador no le respondió ni con una mirada. Estaba hasta las narices de su pegajosa presencia. Suspiraba por un poco de paz y tranquilidad.

Más tarde, de acuerdo con la costumbre de su antecesor cuando trabajaba por la noche, pidió que le sirvieran una taza de té en su

despacho.

Tuvo una relativa sorpresa.

La camarera que le sirvió el té era Medea Rouche. No le reconoció, claro está, porque reconocerlo era imposible. Hubiera sido preciso que supiera de antemano el momento exacto de la substitución, y nadie en el palacio podía estar informado de ello.

Arliss, empero, tuvo la intuición de que debía prevenirla de su presencia. Así, aprovechándose de la distracción de Slim, enfrascado en la lectura de un «London News», escribió en un fragmento de papel:

> «Al Gobernador le gustaría almorzar mañana ostras de Damao».

La muchacha lo leyó perfectamente, pero la expresión de su rostro no se alteró. Cuando se retiró, Arliss desmenuzaba el papel entre sus dedos.

Medea volvió algún tiempo después a recoger el servicio. Su Excelencia se había retirado a su habitación y, sólo en el despacho, Slim fumaba perezosamente un cigarrillo.

—Un verdadero bombón —dijo en voz alta.

La joven fingió no oírle. Preguntó:

—¿Dónde quiere Su Excelencia que le sirvan mañana el desayuno? ¿Aquí, en su habitación, en el *living*? ¿Me hace usted el favor de averiguarlo?

Slim gruñó, pero se puso en pie y se dirigió a la habitación del Gobernador. Una vez sola, Medea actuó rápidamente. Bajo los papeles que había en el escritorio colocó dos cartas de la baraja. No tenían nada de particular: eran un as de corazón y un diez de pique.

—En el *living* —anunció Slim a su regreso—. Pero usted no va a marcharse ya, ¿verdad, paloma? ¿Qué prisa hay?

Medea le examinó y enseguida descubrió el engaño. No estaba ante el verdadero Slim. Éste no charlaba nunca con los domésticos: era un perfecto caballero. En cuanto a aquel impostor, poseía evidentemente un barniz británico, pero todo en él delataba al hombre de alma salvaje e instintos primitivos que llevaba dentro.

La muchacha reflexionó rápidamente.

—Me llamo Marie —dijo en tono conciliador, dando el falso

nombre con que había entrado en el palacio.

—Y yo Slim. ¿Habíamos hablado antes?

—No, que yo sepa. Se mostraba tan adusto… y Su Excelencia tan exigente con la etiqueta…

—Su Excelencia está ahora en la cama. Echemos un trago juntos, ¿quiere?

—No puedo entretenerme, me esperan en la cantina. ¿Por qué no baja y lo tomamos allí?

—Es que… Herbert todavía no ha regresado.

Medea hizo un mohín de coquetería.

—¡Cuánto lo siento!

—De acuerdo —dijo Slim, rascándose la cabeza—. Me escabulliré en cuanto el Gobernador se haya dormido. Comprenda que… yo no debería abandonar este despacho… que mi obligación es velar…

—No pasará nada. Le espero en la cantina dentro de una hora. ¡Hasta pronto, Slim!

La muchacha envió gentilmente un beso con la punta de los dedos y, sonriendo, salió.

El falso guardia se sintió un poco dueño del mundo. La vida en el palacio empezaba a hacerse interesante.

Sí, sí, era preciso rodearse de prudencia. No hubiera debido convenir aquella cita. Pero despreciar semejante ocasión resultaba imperdonable…

Slim se dirigió cautelosamente a la habitación de Su Excelencia. El Gobernador había soltado el libro que leía y empezaba a dormirse.

Dentro de una hora…

CAPÍTULO IX

Ante su mesa de trabajo, el capitán Carruthers ampliaba e interpretaba las órdenes del Gobernador. Seguía puntualmente el plan de simplificación trazado por Su Excelencia, pero lo hacía tan a su modo que el autor del plan a duras penas hubiera reconocido éste.

Los refuerzos serían retirados de los puntos críticos del plano estratégico de la ciudad, aunque concentrados en las inmediaciones.

Se ampliaría el número de permisos a las tropas y agentes de policía, aunque los permisionarios permanecerían ocultos en la población a la espera de nuevas instrucciones.

Los puestos desguarnecidos se verían secretamente aumentados por fuerzas perfectamente armadas y entrenadas, aunque en traje civil.

El V Regimiento de Carros se acantonaría en los muelles, aunque no para embarcar, sino con su dotación y material al completo y prestos a todo.

Cualquier individuo sospechoso de contacto con la República Popular China, en fin —y esto ya no figuraba en el plan, sino que lo añadía Carruthers de su cosecha—, sería sometido a estrecha vigilancia.

Una vaga sonrisa flotaba en el rostro del hombre del *Intelligence Service* cuando se levantó, apartó un antiguo grabado chino que parecía fijo a la pared, descubrió la puerta de una caja fuerte y la abrió. Sacó un manojo de fichas y volvió a sentarse con ellas…

—¡Arriba las manos!

Carruthers se sobresaltó.

No había visto ni oído entrar al guardaespaldas del Gobernador que ahora estaba delante de él, revólver en mano.

—¿Ha perdido usted la cabeza, Herbert? —inquirió ásperamente —. ¡Soy el capitán Carruthers!

Herbert rió.

—En efecto, lo es. Pero ¡cállese!

El falso inglés se aproximó decidido al escritorio y, a través de éste, golpeó a Carruthers en mitad del cráneo con el cañón de su arma. El oficial se derrumbó, arrastrando consigo gran número de documentos. Herbert recogió las fichas, fue a la caja y se hizo con todo lo que había en su interior. Parecía sumamente feliz.

—Esto le gustará al general —gruñó.

Se sorprendía de la facilidad con que había cumplido aquella parte de sus órdenes. Lo que fueran las fichas y lo que contuviera la caja le interesaba poco, personalmente, pero había recibido instrucciones concretas de espiar a Carruthers y aprovechar cualquier ocasión de apropiarse su archivo secreto. Esto estaba hecho ya. Ahora, ¿cómo librarse del hombre del *Intelligence Service*?

Herbert titubeó sólo un segundo. Luego, cargó a Carruthers sobre su espalda, atravesó sigilosamente el corredor y descendió por la escalera de servicio. En el patio se hallaba estacionado todavía el coche del Gobernador. Metió al oficial dentro, ocultándolo entre el asiento delantero y el trasero, se sentó al volante y tiró del *demarré*. Los centinelas le conocían y sabían que estaba a las órdenes directas de Su Excelencia. No iban a oponer el menor obstáculo a su marcha.

Pero, en aquellos momentos, Medea Rouche, que casaba ante el despacho del capitán y vio la puerta abierta, echó una mirada curiosa al interior y comprendió inmediatamente que allí acababa de desarrollarse un drama. La muchacha cerró la puerta, se guardó la llave y tomó el ascensor. Apenas asomó al patio, el coche del Gobernador arrancó delante de ella. Medea saltó al estribo.

—¡Oh, Herbert, sea usted amable! ¡Tengo una cita con Slim en la cantina! ¡Lléveme!

El presunto Herbert la miró y reconoció a la camarera del palacio. Se encontraba demasiado cerca de éste y de los centinelas para intentar eliminarla. Por otra parte, ella nada tenía que ver en el asunto.

El falso inglés sonrió.

—Suba. No, atrás no… Aquí, a mi lado. De modo que Slim la ha citado en la cantina, ¿eh? ¡Valiente pájaro! Acabo de dejarle y no me ha dicho una palabra.

—Tendrá miedo de usted —sugirió suavemente Medea—. Parece

celoso y… bueno, es usted un gran tipo…

Las palabras le hicieron cosquillas a Herbert. Al fin y al cabo, él podía divertirse también. Si no fuera por el cuerpo que llevaba en la trasera del coche… ¿Cómo desembarazarse de aquel engorro?

—Herbert —añadió súbitamente la muchacha—, ¿qué es lo que le preocupa? ¿Por qué pone esa cara?

—No debería decirlo, pero estoy en misión. En misión especial.

Medea se inclinó y olfateó disimuladamente su aliento. Olía pavorosamente a *whisky*: Herbert debía de haber vaciado por lo menos media botella.

El hombre interpretó mal su gesto y, de pronto, la ciñó por la cintura y la besó. Medea sintió náuseas, pero aguantó el beso.

—Va usted muy deprisa —murmuró después.

—¿Multa por exceso de velocidad?

Medea rió insinuantemente.

—No he hablado de multas… todavía. ¿Qué ha querido decir con eso de que está en misión? ¡Menudo absurdo!

Herbert arrugó el entrecejo.

—Se trata… de un encargo de Su Excelencia. Ahí… ahí detrás… llevo a un sujeto… Un cochino espía. Tengo que entregarlo en secreto a… en fin, yo sé a quién…

La muchacha contuvo la respiración.

—¿Muerto?

—Está sin sentido. Claro que mejor sería… Un muerto siempre es un muerto, ¿verdad?

—Sí.

Hubo un silencio incómodo.

—Se me ocurre una idea —añadió luego la joven. Su voz sonaba serena, y un poco como acariciante—. La puerta del sótano de la cantina no está nunca cerrada. Llévelo allí y liquídelo. En el sótano quedará bien guardado por algún tiempo. ¿O le corre prisa entregarlo?

—No, puedo esperar —Herbert miró a Medea a los ojos—. No le faltan arrestos, ¿eh, dulzura? «Llévelo allí y liquídelo…». ¡Qué demonio!

—Detesto los espías —replicó ella entre dientes.

Herbert asintió:

—Muy bien.

Sacó el coche del patio ante la mirada indiferente del centinela. Siguió las indicaciones de Medea para rodear la cantina y detenerse frente a una puertecilla lateral, en una calleja en sombras.

Entre los dos transportaron a Carruthers y lo deslizaron por el tragaluz de la bodega. Después descendieron los húmedos peldaños.

Casi estaban abajo cuando la muchacha fingió perder el equilibrio, se asió a Herbert, le tomó a contrapié y le arrastró en su caída. Rodaron junto a Carruthers, que se movía ya débilmente. Medea, más ágil, fue la primera en levantarse. Miró desesperadamente en torno. Vio un tonel y, sobre el tonel, un hacha. La cogió. Herbert estaba enderezándose. Se la descargó de plano en la cabeza, haciendo uso de todas sus energías, y el falso inglés se desplomó como un buey fulminado por el matarife. Había noventa probabilidades sobre cien de que el golpe le hubiera partido el cráneo, pero la muchacha no se preocupó por ello. Al volver a la realidad, Carruthers la encontró en cuclillas ante él. Lo consideró la mejor prueba posible de que la vida era hermosa.

—¿Dónde estoy? —preguntó—. ¿Qué ha pasado?

Medea se lo explicó en pocas palabras.

—Es usted inverosímil —comentó el capitán, asombrado—. ¡La camarera del Gobernador! ¿Quién la ha adiestrado en estos menesteres? ¿Por qué y cómo ha hecho lo que ha hecho?

—No me pregunte más. He obrado del modo que me parecía más conveniente para… para todos. Es mejor que trate de recobraras y recoja los documentos que Herbert ha robado de su caja. Estarán probablemente en sus bolsillos.

Carruthers, con paso inseguro, se aproximó al aludido y lo examinó.

—Hum —gruñó—, buen tortazo. Hágame usted el favor de salir de aquí y llamar por teléfono al teniente Bishop. Dígale que venga muy discretamente y que traiga una ambulancia también discreta. En cuanto a usted… tendrá la amabilidad de olvidarse de este incidente, ¿comprendido?

—Sí.

—Volveremos a vernos, señorita, y no olvidaré que le debo la piel. Haga ahora lo que le pido, se lo ruego.

Medea le tendió la llave de su despacho.

—Cerré la puerta y nadie ha podido entrar. Este hombre… usted

ha visto que es uno de los guardias de Su Excelencia, ¿verdad?

—Olvídese igualmente de quién es.

La muchacha titubeó y concluyó, encogiéndose de hombros:

—Como guste, usted sabrá lo que hace. Pero quería decirle que tengo una cita en la cantina con su compañero Slim. ¿Debo acudir?

—Sí, acuda y Comuníquele que Herbert estará ausente unos días. Añada que es una orden expresa del Gobernador.

Medea comenzó a subir la escalera y se detuvo en la mitad.

—Capitán Carruthers.

—¿Qué?

—En el futuro, preocúpese usted un poco de su salud. Y acaso no estuviera de más que se preocupara también de la de Su Excelencia.

Carruthers se la quedó mirando fijamente.

—Gracias por el consejo.

Arriba, en el bar de la cantina, Slim esperaba instalado en un taburete y ante una generosa ración de *whisky*.

—Oh, querido —suspiró la muchacha, sentándose a su lado—, pida otro para mí. Necesito algo que me sacuda.

Slim pidió otro doble *whisky*, se volvió a contemplarla y la asió tiernamente del brazo. Sus ojos estaban ya encendidos por el alcohol.

Ella le rechazó con suavidad.

—Despacio, amigo. Usted olvida que es inglés y que un inglés se comporta siempre como un caballero.

El rió groseramente.

—¡Pues es verdad! —Aguardó a que le sirvieran a la muchacha vaso y levantó el suyo—. A tu salud, bomboncito. Hay veces en que tengo muy mala memoria.

Bebieron.

—Oh, olvidaba decirle que, cuando salía, he encontrado a Herbert —anunció Medea—. Me ha pedido que le comunicara que estará fuera algún tiempo, creo que dos o tres días, enviado a no sé dónde por el Gobernador.

Slim sonrió con el baso en la boca.

—Perfecto. Eso me deja el campo libre.

—Pero tendrá que hacer doble trabajo.

—Es trabajo fácil. Habrá ocasión para todo. —Slim apuró su doble *whisky*—. Para todo, bomboncito, ¿te enteras?

CAPÍTULO X

Completamente despierto, el Gobernador permaneció inmóvil en la cama hasta oír que Slim abandonaba el despacho. Entonces se levantó.

Una inspección superficial del escritorio le descubrió las dos cartas dejadas por la camarera.

—As de corazón y diez de pique —murmuró.

Significaban una cita de amor peligrosa a la una y diez.

Eran las doce y veinte cuando el capitán Carruthers penetró en el despacho. Los dos hombres se quedaron un momento frente a frente, mirándose a los ojos.

—¿Qué desea usted, capitán?

Carruthers empezó a sonreír.

—Tranquilícese, Excelencia. Su fiel Slim está convirtiendo en secano la cantina, acompañado de Marie, la camarera francesa, y sospecho que Slim volverá completamente K.O. En cuanto al segundo guardia de Su Excelencia, el no menos fiel Herbert, descansa apaciblemente en una cámara frigorífica del Hospital Militar. Durante un rato podemos hablar sin estorbos.

—¿Hablar de qué?

El capitán preguntó lentamente:

—¿Cómo va eso,
BX-19?

Un profundo suspiro escapó del pecho de Arliss. Volviéndose, sacó de un cajón del escritorio una caja de habanos, eligió uno y lo encendió. Luego se dirigió al mueble-bar, tomó una botella de *whisky*, llenó dos vasos y echó soda. Dio uno de los vasos a Carruthers.

—No va del todo bien —respondió entonces—. Nunca había jugado con la muerte como juego ahora.

Los dos hombres se sentaron en sendas butacas.

—Ni yo —dijo Carruthers.

—¿Por qué tú?

El capitán relató calmosamente lo ocurrido aquella noche. Arliss le escuchó con los nervios en tensión, pensando menos en lo que había pasado que en lo que hubiera podido y podría pasar. El siniestro pasillo de las cámaras de gas y los hornos crematorios del subterráneo de Hang Tao Be no se apartaban de su memoria ni tampoco las expresivas palabras que Luprata pronunciara al mostrárselos: «El último capítulo de la historia de los traidores, mi querido Strong».

Bebió un trago.

—Carruthers —dijo—, estamos sentados sobre un barril de pólvora. Tengo la impresión de vivir cada uno de los minutos de un condenado a muerte. Si hubieras visto lo que he visto yo…

Carruthers le contemplaba con apasionado interés.

—Estoy en la luna, o casi en la luna. —Metió la mano en un bolsillo de su guerrera y sacó una hoja de papel amarillo. La tendió a Arliss—. Esto es lo único que sé de ti.

En la hoja de papel estaba pegado un telegrama cifrado y sellado. Debajo podía leerse:

> «Velen seguridad
> BX-19.
> Misión especial campo enemigo. K dirige gran operación conjunto. Muy peligrosa. Prestarse a todas las conspiraciones.
> Plenos poderes a
> BX-19.
> Secreto absoluto. No intervenir sin orden expresa».

—«K dirige gran operación conjunta» —repitió Arliss para sí.

«K» era un hombre que estaba oficialmente muerto, un hombre a quién oficialmente él había matado en Tokio cuando aquella pavorosa aventura empezó: ¡el coronel Lincoln Stanley, jefe del Segundo Sector del Servicio de Información Militar de los Estados Unidos!

—Ese mensaje ha caído esta noche en manos de Herbert —manifestó Carruthers—. Comprenderás que ha estado a punto de echarse a perder todo, Nos ha salvado una sola persona… la

persona de quien menos se hubiera podido esperar que nos salvara…

—Marie, la chica francesa.

—Sí.

Arliss chupó en silencio su cigarro.

—Deja que te cuente, Carruthers —dijo después. Saboreaba el humo como si fuera el último placer de que iba, a gozar en la vida —. La historia empezó nace un año, cuando nuestros agentes señalaron que Pablo Luprata había vuelto a entrar en acción y desarrollaba una actividad extraordinaria en Pekín. Reunimos informes, atamos cabos y pensamos si no estaría incubándose otra tragedia parecida a las de Indochina y Corea, en las que Luprata tuvo tan importante participación. Ahora, sin embargo, no iban a encontrarnos desprevenidos.

»El coronel Stanley tomó la iniciativa y preparó un plan gigantesco para el cual contaba con vuestra cooperación, la del *Intelligence Service*. Le tendió a Luprata una trampa, y en la trampa me puso como cebo a mí. Luprata mordió el cebo: me encontró en Macao, hundido y alcoholizado, fugitivo, convertido en un traidor, en el asesino del propio Stanley… Dios sabe de qué modo estaba realmente alcoholizado, Carruthers, y cuánto he soportado y cuánto me ha costado rehacerme. Pero lo peor ha sido luchar tan terriblemente solo, porque en todo este tiempo no he tenido con el Servicio de información el menor contacto. Tú me proporcionas el primer respiro. Lo necesitaba, ¡y cómo!

»He descubierto que el golpe que Luprata pretende dar es infinitamente más grave de lo que nadie hubiera imaginado, y el secreto era demasiado grande para mi responsabilidad. Esta ciudad está condenada si no ocurre un milagro. Escúchame…

Arliss continuó hablando. Relató cuánto había presenciado desde su llegada a Hong Kong, con el máximo detalle. El hombre del *Intelligence Service* no le interrumpió ni una sola vez.

Luego hubo un silencio.

—Santo Dios —murmuró Carruthers.

—¿Te das cuenta?

—Santo Dios, es fabuloso. Me doy cuenta, sobre todo, del inmenso fracaso que eso representa para el *Intelligence Service*. Nos han burlado como a niños. De no ser por vosotros… por ti

concretamente… Arliss, ¿qué vamos a hacer?

—Dejar que la fruta madure por sí sola.

—¿Podremos recogerla a tiempo?

—Es la única posibilidad de recogerla entera. La historia de Luprata ha de acabar aquí, y acabar mal, ¿comprendes? Lo mismo a vosotros, los ingleses, que a nosotros, los americanos, un acto de fuerza en Oriente nos es imprescindible si queremos mantener el equilibrio del mundo. No perdamos la fe.

Los dos hombres se enfrascaron en comentarios sobre las cosas que más intensamente habían atraído la atención de Carruthers: el subterráneo de Hang Tao Be y la audaz sustitución del Gobernador por Arliss.

—Esa muchacha francesa —inquirió el capitán, después—, ¿de qué lado sirve? ¿Del nuestro? ¿Sabía esta noche que el sujeto que vació mi caja no era Herbert, sino su doble? ¿Cómo lo sabía? ¿Por qué intervino?

—Probablemente sospechó la verdad. Confío en que esté con nosotros.

Carruthers dirigió al americano una mirada escrutadora.

—Ella conoce tu verdadera identidad.

—¿Por qué dices eso?

—Lo deduje de cómo me pidió que velara por tu salud. A no ser… a no ser que se haya enamorado del Gobernador verdadero… Cabe en lo posible.

—Me conoce —confesó Arliss—. Pero no es una muchacha charlatana, y sólo en raras ocasiones dice lo que piensa. En caso de apuro, utilízala: esta noche te ha dado prueba de lo que vale.

—¿Quién es?

Arliss se encogió de hombros.

—Aquí se llama Marie.

—De acuerdo —rezongó el inglés—. De lo que pase por su culpa tú serás responsable. Yo me lavo las manos.

BX-19 lanzó una mirada al reloj.

—Debes marcharte, Carruthers. Marcharte y hacerme un favor.

—¿Cuál?

—Compóntelas para que Slim pase en estado letárgico el resto de la noche. Espero una visita importante a la una y diez.

—¿La camarera francesa?

El americano sonrió.

—A ti no se te puede ocultar nada, amigo.

Cuando se separaron, el apretón de manos que se dieron los dos hombres no fue meramente cordial: se transmitieron uno a otro una corriente de emoción tan fuerte que por un momento parecieron inmovilizarse sus corazones. De nuevo estaban codo a codo ante la muerte. No era la primera vez, pero quizá fuera la última.

Daba la una en un reloj del palacio.

Diez minutos más tarde, Medea se deslizaba en el despacho del Gobernador. Los cerrojos de seguridad se cerraron a su espalda. Los contactos del sistema de alarma quedaron establecidos detrás de ella.

Delante estaba Jake Arliss.

Permanecieron un instante contemplándose, sin hablar. Sin hablar aún se encontraron sus labios.

—No hay tiempo que perder —susurró el americano, estrechándola contra su pecho—. Tenemos que franquearnos de una vez por todas…

CAPÍTULO XI

Slim despertó.

Esto, que habitualmente constituía para él un fenómeno sin trascendencia, representó aquel día un proceso doloroso e interminable. Los vapores alcohólicos de la víspera, más una píldora que había ingerido sin saberlo y que procedía de la farmacopea personal del capitán Carruthers, le habían dejado la cabeza sensible como si tuviera el cerebro a flor de piel.

Slim no recordaba exactamente lo que había pasado, pero prefirió no pedirle explicaciones al ordenanza de servicio que barría la habitación y se fue a la cantina a tomarse un par de aspirinas y una taza de café cargado.

Algún tiempo después, ya un poco más aliviado, saludaba en su despacho al Gobernador y se sentaba a hojear las inevitables revistas ilustradas.

A las cuatro de la tarde, Su Excelencia recibió la visita de una representación de ciudadanos que deseaba exponerle su punto de vista sobre un problema de alumbrado público. El residente de aquella representación no era otro que el general Yang. Tres acólitos chinos de aspecto indefinible le acompañaban.

—Estamos a salvo de oídos indiscretos —les dijo Arliss—. Pueden hablar con absoluta confianza.

—Querido amigo —sonrió Yang—, acabamos de saber que una parte de las medidas del proceso de debilitación a que sometemos las defensas inglesas está en curso de acelerada realización. Le traigo, pues, la felicitación de Luprata. Hemos recibido, por añadidura, un informe confidencial del soldado Slim, quien admira su manera de comportarse y desenvolverse. Dentro de unos días, muy pocos, pensamos poder pasar ya a la acción. Oportunamente le comunicaremos la hora H.

Arliss agradeció con una inclinación de cabeza los elogios.

—¿Qué ha sido del Gobernador y sus guardias?

—Se encuentran seguros bajo nuestra custodia. Cuando despertaron, en una celda del Cuartel General, había que ver la cara que pusieron. Admirable, querido amigo: un delicioso espectáculo… Esta mañana, el jefe les ha hecho visitar el Estado Mayor y recorrer las dependencias. Le juro que los ojos se les saltaban de asombro. Por ahora no tienen nada que temer. Es decir, mientras la vida de nuestros agentes sea respetada. En caso contrario, los tres personajes servirán de rehenes.

—Luprata lo prevé todo —indicó el americano.

—Todo.

Arliss sirvió *whisky* y levantó su vaso para brindar:

—Bebamos por Pablo Luprata, señores, y por el buen éxito de su misión, que es la nuestra.

Yang pareció impresionado.

—Y por China —agregó.

—Y por China, naturalmente.

Bebieron en silencio.

Luego, bruscamente, el general dijo:

—El capitán Carruthers debe desaparecer.

Arliss apuró serenamente su vaso.

—¿Cómo?

—Éstas son las órdenes más urgentes. Carruthers constituye un obstáculo peligrosísimo que es preciso eliminar a toda prisa si aspiramos a alcanzar el éxito. Lo demás será relativamente fácil.

»Tenemos ya un plan. Mañana por la noche, Carruthers, solo, asistirá al concierto de la “Sala Beethoven”. Suele ir a los conciertos, de paisano, de modo que nadie sospecha la presencia del jefe de la Policía Militar en el individuo de maneras vulgares que aparenta ser. Bajo cualquier pretexto, usted, mañana, decidirá acompañarle, también con carácter privado. Le llevará en su coche. Como lo conducirá Slim; será posible cloroformizarle cuando menos lo espere. Ustedes mismos le trasladarán directamente al Cuartel General. Tome usted la precaución de servirse de un coche modesto, no del oficial, que es demasiado lujoso y conocido para esta clase de paseos. Vístase de paisano, claro está, y haga que Slim lleve una chaqueta de mecánico sobre el uniforme. Si hubiera alguna dificultad, comuníquela a través de Slim. Si la hubiera de nuestra,

parte, mañana por la tarde le haríamos otra, visita.

—Perfectamente.

Los cuatro chinos terminaron sus bebidas, saludaron ceremoniosamente, el Gobernador movió la clavija que había mantenido abierto el teléfono interior mientras duró la conversación.

En su despacho, Carruthers lo había escuchado todo y pensaba en cómo anular el plan enemigo.

Por su parte, tampoco Slim se hallaba libre de preocupaciones: tenía una cita a las siete con Marie para cenar juntos en el «Crillón». Existía una probabilidad entre mil de que el Gobernador abandonara el palacio, pero ¿y si el caso se daba?

¡Al cuerno! ¡Tanto peor para Su Excelencia! Su vida privada no era cuenta de nadie, y la conquista que había hecho bien valía la pena de arriesgarse a todo. Si no decía nada, el Gobernador le creería ocupado en cualquier lugar del palacio.

Pero
BX-19
sabía ya desde aquella mañana cuáles eran los proyectos de Slim y había convenido, para el intervalo de su ausencia, una entrevista con Carruthers en su despacho. Ambos la aprovecharían para preparar el secuestro del capitán con el mayor cuidado posible. Ningún peligro inútil debía afrontarse. Por el contrario, había que sacar de la extraña situación el máximo número de ventajas, enseñanzas y experiencias.

El Gobernador llamó a la cantina y pidió que le enviaran un servicio de té. Momentos después, divisando a Marie con la bandeja, Slim se precipitó a sostenerle la puerta.

—Slim —dijo el Gobernador—, vaya usted al despacho del capitán Carruthers y adviértale que tenga les partes preparados para la firma.

—Bien, señor.

Arliss se inclinó hacia la muchacha y murmuró rápidamente:

—¿Recuerdas «La Frambuesa Blanca», el restaurante de Bao Chew donde nos citamos? ¿Recuerdas que había un camarero chino?

—Sí… más o menos…

—Avísale que esté aquí a las diez. Debe entrar por la escalera de

servicio. Tú habrás de entretener a Slim hasta medianoche.

Medea no dio muestras de sorpresa ante el extraño encargo. Al ver por el rabillo del ojo que regresaba Slim, dijo:

—Entendido, Excelencia. Tendrá el té para esa hora.

—Y procure que sea té de verdad —rezongó el Gobernador—, no la pócima que suelen servirme por la noche. Transmita esta observación a la cantina, quizá se decidan a atenderla.

—Bien, señor.

La muchacha se cruzó con Slim en la puerta.

—No hay cuidado —le susurró—: esta noche va a trabajar. Ha pedido que le sirvan un té en su despacho.

—Estupendo. Hasta luego, bomboncito.

—¡Cierre la puerta, Slim! —ordenó el Gobernador.

Slim cerró.

—A sus órdenes.

El cerebro de Arliss trabajaba ya a toda presión, segregando miles de ideas y pensamientos confusos. La hora crítica se aproximaba. Había que utilizar todo lo utilizable, jugar todas las piezas, aprovechar todos los elementos. Un proyecto, un vago proyecto comenzaba a tomar forma en su mente…

Arliss se abandonó en un sillón y bebió una taza de té a pequeños sorbos.

Tomó dos aspirinas con el té, estiró las piernas y cerró los ojos. Necesitaba a toda costa relajar la agobiante tensión de sus nervios.

Así transcurrió el resto de la tarde.

Slim aprovechó la calma para bañarse, afeitar su rostro británico y vestirse el más vistoso de los trajes de su antecesor, el verdadero soldado Slim Keats, de la Policía Militar. Después se marchó.

Cuando él se marchó, Su Excelencia el Gobernador, alias Strong, alias Jake Arliss, alias BX-19, estaba pensando en aquella tremenda farsa que empezó con el fingido asesinato del coronel Stanley y que nadie sabía cómo iba a terminar. Pensaba que acaso era mejor que nadie lo supiese. Sólo Dios.

A las diez, hallándose en compañía del capitán Carruthers, un chino regordete y de aspecto pacífico fue introducido por un ordenanza a su presencia.

—Señor, este hombre desea hablarle. Dice que es usted quien le ha llamado. He creído que a esta hora…

—Está bien. Retírese.

El ordenanza desapareció.

—Calurosa noche —dijo Arliss.

El chino le miró sonriendo. Repuso:

—El verdadero calor sólo existe en el interior de los corazones, señor.

—¿Cómo se llama usted?

—Johnny Sen.

Arliss se volvió a Carruthers.

—Capitán —dijo—, le presento a Johnny Sen, del Servicio de Información Militar de los Estados Unidos.

Los tres hombres se estrecharon las manos.

CAPÍTULO XII

Lo mismo un bando que otro se aplicaban a preparar minuciosamente el secuestro del capitán Carruthers. Era una coincidencia de fuerzas opuestas en un solo punto, y había que ver cuál vencería a cuál.

Por lo que al propio capitán respecta, sus preparativos eran simples. Se había colocado entre la ropa interior y la piel una docena de placas de explosivo plástico. Sus bolsillos no contenían absolutamente nada comprometedor, salvo unas diminutas cápsulas de anilina verde. En su cartera había algunos papeles sin importancia y dos mensajes completamente falsos. Llevaba encima, además, diez gramos de fulminante en un tubo y otros diez envueltos en celofana, muy cerca de las cargas de plástico.

El coche a utilizar era un vulgar «Austin» negro. Johnny Sen, el agente empleado en «La Frambuesa Blanca», debía localizarlo a su paso por Bao Chew y seguirlo al barrio de Hang Tao Be. A este efecto conduciría la camioneta del restaurante, en cuyo interior viajarían ocultos dos hombres del servicio especial inglés.

A estos hombres correspondía la misión de vigilar el lugar a que Carruthers fuera transportado, observando las idas y venidas sin dejarse ver. Johnny Sen cuidaría de las transmisiones telefónicas, a través, de un intermediario comunicado por línea directa con el palacio del Gobierno. La pequeña central estaba disimulada en el calentador del agua del cuarto de baño de Marie, la camarera francesa.

Las anteriores instrucciones eran válidas para el caso de que el Gobernador no fuera introducido a la fuerza, con Carruthers, en el edificio a que se condujera a éste. Si a Su Excelencia se le obligaba a entrar también, ella sólo podía significar que los planes, hasta entonces secretos, habían sido descubiertos por el enemigo. En estas circunstancias había que actuar a la desesperada: intervenir

metralleta en mano, dar la alarma general y atacar directamente y por la fuerza las instalaciones clandestinas.

La necesidad exigía hacerlo así, pero no era una solución. No cabía la menor duda de que las principales figuras de la sublevación escaparían por los subterráneos y solamente se apresaría a los funcionarios de ínfima categoría, suponiendo que se apresara a alguien. Habría entonces que empezar de nuevo, la represión habría fracasado, y quizá unos años después el mal se reproduciría con mucha más violencia, cuando ya fuese demasiado tarde para atajarlo.

De todos modos, considerados el número de vidas y los altos intereses puestos en juego, era preciso confiar en el talento de Carruthers y procurar salvarle solamente en el momento final. Por supuesto, ninguna operación de espionaje había entrañado tantos peligros desde que la guerra terminó. Jamás se manejó tal cantidad de imponderables. Nunca la suerte de tantos dependió de tan pocos.

Porque otro de los fundamentos de éxito de la empresa consistía en que un mínimo de personas sabía de verdad lo que se había proyectado. La más ligera filtración hubiera desencadenado una catástrofe.

De esta forma, pues, cuando la hora sonó, Slim, revestido de mecánico y sin nada en la cabeza, condujo el «Austin» negro a través de la multitud que perpetuamente se arremolinaba en las abigarradas calles de Hong Kong. A partir de su paso por el distrito de Bao Chew, el Gobernador, que vestía de paisano, advirtió en el retrovisor la silueta bamboleante de un pequeño camión, viejo y sucio, dedicado al transporte de comestibles. Johnny Sen lo guiaba, disimulado tras de un parabrisas cubierto de polvo.

En su rincón, dentro del «Austin», el capitán Carruthers, asido de una mano a la correa de apoyo, fumaba con la otra un cigarrillo. El traje de gabardina gris —los conciertos de la «Sala Beethoven» no requerían etiqueta— vulgarizaba su hercúlea figura. Vestido así, se le hubiera tomado por un funcionario o un comerciante inglés cualquiera que, como tantos otros, se encaminara a presenciar un espectáculo nocturno. Debía de haber docenas y docenas de coches casi iguales al suyo circulando a aquella hora por la ciudad.

Cada uno de los agentes grababa en su memoria el itinerario seguido. Jake Arliss, a quién Luprata había vendado los ojos cuando

le llevó al Cuartel General, se maravillaba de que no se hubiera tomado en tal sentido ninguna precaución. ¿Sería que el rumano se habría al fin rendido a la evidencia y depositado en el falso Gobernador toda su confianza? ¿O sería que consideraba ya cumplida su misión y se proponía eliminarle al mismo tiempo que al capitán Carruthers?

¿Quién se aventuraba a dar una respuesta?

En tanto, el «Austin» había llegado a Hang Tao Be y, forzado por la gran cantidad de gente que llenaba las estrechas y tortuosas calles, avanzaba a velocidad reducida. Arliss se preguntaba cuándo ocurriría lo que tenía que ocurrir. Estaban ya empezando a desviarse del camino más corto para dirigirse a la «Sala Beethoven»…

Justamente entonces, doblando una esquina, el coche alcanzó una zona menos frecuentada y se detuvo bruscamente ante un café chino que un gran rótulo en caracteres de este idioma proclamaba «cerrado por defunción». Dos muchachas salieron riendo de la oscuridad.

Riendo todavía, abrieron la portezuela y entraron en el «Austin». Dentro, una de ellas sacó una pistola de entre los pliegues de su kimono y se lo incrustó en el estómago de Carruthers.

El baile había empezado.

Carruthers hizo ademán de llevarse la diestra al sobaco, pero la segunda muchacha, con la habilidad de un prestidigitador, le arrancó el revólver de la funda axilar.

—A tierra —ordenó en inglés—. Usted, Excelencia, tendrá la amabilidad de proseguir inmediatamente su camino, ¿no es así?

—Hum —gruñó Arliss—. Slim, ya lo oye.

El Austin reemprendió la marcha y se alejó.

Unos metros más atrás, la camioneta del restaurante también se había detenido. Sin que nadie lo advirtiera, los dos hombres ocultos en su caja hablan saltado y ahora, confundidos con los transeúntes, iniciaban su vigilancia.

Carruthers, con una joven china a cada lado, trasponía la puertecilla del café «cerrado por defunción».

—Suavemente —dijo la más bonita de las muchachas—. Suavemente, sin aspavientos, o le trufaré el cuerpo con plomo.

—Habla usted un inglés delicioso —comentó, sonriendo, el

capitán.



—Habla usted un inglés delicioso —comentó sonriendo el capitán.

—¡A callar la boca! No bromeará cuando le conviertan en comprimido.

—¿Es eso lo que me espera?

—Al final. Habrá su buen jaleo antes.

Del fondo del café nacía un pasillo. Al extremo de éste, tras un recodo, se veía, iluminada por una bombillita amarillenta, una puerta de aspecto muy poco interesante. Pero la puerta era la boca de un ascensor. En él, Carruthers y las dos chinas descendieron al subsuelo.

El capitán recordaba sin esfuerzo lo que BX-19 le había explicado del lugar y, al contar los pisos que bajaban, comprendió que era llevado a la sección de cámaras de gas y hornos crematorios. La perspectiva no le produjo el menor contento. Hizo una mueca.

Cuando la puerta de una celda se cerró tras él con siniestro ruido, se apresuró a mirar en torno. Respiró aliviado. La topografía de su residencia no evocaba la de una cámara de gas. Era simplemente un calabozo de cuatro metros de lado y tres de altura. Carecía de aberturas, salvo un enrejillado de aireación que debía de ascender hasta el tejado de la fortaleza. Y no era posible intentar la huida, porque, dadas las pequeñas dimensiones del recinto, atacar la puerta blindada con los explosivos plásticos significaba morir sin remedio en la explosión. Esto, claro está, no iba a resolver ningún problema.

Adosada a una de las paredes había una cama metálica. Filosóficamente, Carruthers se acostó en ella y se puso a fumar.

Una hora después acudió en su busca un joven chino uniformado de negro. Casi no habló. Le condujo a una especie de locutorio donde esperaban otro chino de edad madura, que no era sino el general Yang, y las dos muchachas que le habían capturado, ahora vestidas con falda negra y blusa negra.

—Desnúdenle —ordenó, fríamente, el general.

Era humillante, por supuesto, pero la operación se limitó a dejar a Carruthers en ropa interior, bajo la cual, pegada a la piel, llevaba sus armas ocultas.

El contenido de sus bolsillos fue alineado sobre una mesa tapizada de caucho. El joven chino tendía a Yang cuanto le parecía digno de interés. Lo registraba todo minuciosamente. Así fue como en un doble forro «secreto» encontró dos despachos cifrados, con el sello del War Office de Londres.

—¿Qué es esto? —preguntó el general. Carruthers no contestó.

—¿Qué es?

Silencio.

A una seña de Yang, el joven chino dio un paso atrás y le lanzó a Carruthers un salvaje puntapié al vientre. El capitán no despegó los labios.

Una de las muchachas desprendió de su blusa una larga aguja de cabeza negra y se la hincó profundamente en la espalda. Carruthers se estremeció, pero no dejó oír el menor lamento, dispuesto a demostrar que hacía honor a la flema británica.

—Está bien —dijo el general—. Llévenle a la Celda Cero.

Carruthers pensó un instante qué sería lo que le aguardaba en la Celda Cero. Enseguida pudo adivinarlo: la celda era un cubículo super-higiénico, siniestro, frío, con las paredes recubiertas de metal blanco, una silla fija al pavimento y un armario de cristal lleno de instrumentos cromados que semejaban de cirugía y no lo eran. Sólo con verlos comprendió el capitán que representaban la última palabra técnica en instrumentos de tortura orientales.

Sin embargo, a pesar de aquel terrible panorama, del dolor que sentía en la espalda y del golpe que le había contusionado el vientre, Carruthers se hallaba Íntimamente satisfecho. Su auténtico secreto permanecía intacto y, en cambio, sus verdugos caían más y más en la trampa de los dos falsos mensajes. Naturalmente, para redondear el efecto, se vería obligado a soportar un trato no precisamente de favor. No le importaba. Esto los confiaría, y luego quedaría resuelto todo.

Las dos muchachas y el chino protegían sus uniformes con un delantal de caucho. El segundo amarró a Carruthers a la silla. Apoyado en la metálica pared y con un largo cigarrillo en la mano, el general Yang sonreía displicentemente.

La sesión empezó.

La más bonita de las jóvenes empuñó una graciosa varilla flexible y le descargó al capitán diez golpes en los desnudos dedos de los pies. Brotó la sangre. La otra muchacha acudió con un frasco de ácido y derramó éste, delicadamente, sobre las heridas. Los movimientos de las dos jóvenes chinas tenían el encanto de un *ballet* exótico.

Carruthers apretó desesperadamente los dientes.

—Terminen de desnudarle —sugirió a media voz el general.

El chino fue a obedecer, pero Carruthers, enrojeciendo violentamente, se volvió a Yang y dijo:

—Encontrará la clave disimulada dentro de uno de los cigarrillos de mi pitillera.

Yang rompió a reír.

—Debí pensar en ello antes —señaló con la cabeza a las muchachas—. El pudor de los ingleses resulta a veces de mucha utilidad. Traiga esa pitillera, Wong…

Momentos después, vestido y devuelto a su celda de origen, Carruthers se palpaba los pies llagados. Hacía muecas de dolor, pero, en el fondo, lo que experimentaba era una intensa alegría.

Antes de media hora, el general Yang visitaba a Pablo Luprata en su despacho. Pese a su estolidez oriental, no lograba disimular un inconfundible aire de triunfo.

—Escuche esto —dijo, blandiendo una hoja de papel—: «War Office a Jefe Policía Militar Hong Kong. Confirmamos
BX-19
al servicio República Popular China. Alerta general. Eliminarle toda costa dondequiera aparezca». Y este otro, Luprata: «War Office a Jefe Policía Militar Hong Kong. Aprobado plan simplificación defensas zona. No riesgos visibles. Adelante. Acelere embarco V Regimiento. Aténgase órdenes Gobernador».

Luprata unió y desunió sus cuidadas manos.

—¿Dónde lo ha conseguido?

—El inglés llevaba los despachos originales muy bien escondidos entre sus ropas. He tenido que trabajarle en la Celda Cero para que nos diera la clave, pero aquí está la traducción.

El rumano cogió la hoja de papel y la leyó para sí. Asintió lentamente. Una helada sonrisa apareció en su boca.

—BX-19 es un agente de primera calidad, hay que reconocerlo. Lástima que no sea posible conservarle cuando termine todo. Forzosamente tendrá que desaparecer.

—¿Es realmente necesario que desaparezca?

—Lo siento, pero es necesario. Nuestro interés no admite debilidades ni excepciones. Exige Sacrificio… incluso el sacrificio de nuestros deseos personales…
BX-19
es testarudo, independiente, rebelde y demasiado inclinado a

embrutecerse cuando no se halla entregado a la acción. Además, es americano. Entre todos los pueblos del mundo, para nuestro trabajo, el norteamericano resulta el menos digno de confianza. Repito que lo siento, Yang, pero
BX-19
desaparecerá. Y hay todavía otra razón…

—¿Cuál?

—Su orgullo. Algún día ese hombre no podrá resistir la tentación de contar lo que aquí ha hecho, de envanecerse públicamente de su hazaña, de escribir, quizá, un libro de memorias… No, general. Nuestra gesta es de tal alcance que no debe divulgarse nunca, ¡nunca!

Yang encendió uno de sus largos cigarrillos.

—¿Ha pensado ya cómo deshacerse de él?

—Sí.

—¿Y bien?

—Herbert y Slim tienen las oportunas instrucciones respecto al fin de Su Excelencia el Gobernador de Hong Kong.

Yang arrojó dos chorros de humo por la nariz.

—¿Y el otro Gobernador, el auténtico?

—Oh —Luprata agitó vagamente la mano—, de eso ya hemos hablado otras veces. Cuando la Gran Bretaña haya sido expulsada de esta porción de tierra china, estar en posesión de algunos rehenes importantes va a procurarnos un gran beneficio. Serán momentos críticos, difíciles… Sospecho que habremos de aprender a negociar.

—Sí —murmuró el general.

Y continuó fumando en silencio, como si soñara.

CAPÍTULO XIII

Los dos agentes chinos del servicio especial encargados de vigilar la entrada del café «cerrado por defunción» no perdían el tiempo. No habían pegado ojo en toda la noche, pero ya un plan audacísimo maduraba poco a poco en sus conciencias. Como consecuencia de ello, por la mañana, Johnny Sen fue encargado de transmitir un mensaje telefónico a través del enlace conectado directamente al palacio del Gobierno.

Marie, la doncella francesa, recibió el encargo y se lo comunicó al Gobernador con ayuda de una caja de habanos. Retiró la respuesta con el servicio de té.

Decía:

«Plan aprobado. Buena suerte. Recibirán relevo».

A mediodía, Johnny Sen llevó a Hang Tao Be, entre los sacos de arroz y las hortalizas que componían la carga de su camión, a los agentes que iban a relevar a los dos hombres. Las consignas fueron intercambiadas disimuladamente y el camión volvió a partir.

Ya por entonces, y durante el resto de la tarde, el proyecto esbozado tomaba forma y pasaba a convertirse en realidad. Los dos vigilantes habían observado en tres o cuatro ocasiones que determinados individuos, en apariencia proveedores y operarios, acudían al café objeto de su vigilancia. Unos electricistas vestidos de azul, especialmente, debían de instalar algunos aparatos, pues de vez en cuando descargaban conexiones, fusibles y rollos de cable, que introducían en el local. Volvían a salir enseguida, y al parecer se limitaban a dejar el material allí. Sólo dos de ellos entraron por la mañana para no salir más en el resto del día. Una camioneta, la misma que efectuaba los suministros, con el nombre de una

empresa china inscrito en la lona, los había transportado.

Al caer la noche, la camioneta reapareció. Dos chinos vestidos de azul saltaron de la caja y llevaron al café unos rollos de cable. En aquel momento, doce horas después de su desaparición, salían los dos electricistas que entraron por la mañana. Miraron a los recién llegados, semejaron sorprendidos y por fin les saludaron con un ademán. Sin más, subieron a la camioneta. Ésta se alejó tranquilamente.

Los dos agentes que vigilaban por los alrededores cambiaron una mirada de inteligencia. La primera parte del golpe había resultado y ellos asistían a sus efectos. En algún lugar del trayecto desde los almacenes de la empresa china de electricidad al café, la camioneta había sido víctima de un ataque. Durante todo el día estuvieron estudiándose las posibilidades, y los pormenores de la acción fueron preparados detalladamente. Ahora, los operarios que salieron del almacén no eran los que acababan de entrar por el portillo: aquéllos se encontraban a buen recaudo en manos de la Policía Militar. Después de habérseles obligado, en el intervalo de unos minutos, a confesar la contraseña que utilizaban, el trabajo que realizaban y las características del lugar donde éste se realizó, fueron sustituidos por dos especialistas del Comando II, la temible fuerza de choque que el *Intelligence Service* había organizado en Oriente al final de la guerra. Eran estos hombres quienes en aquel momento se hallaban en el interior del café. Mientras tanto, la camioneta regresaba a su punto de origen. El chofer que al producirse el ataque ocupara el puesto del conductor auténtico sabía, en virtud de las delicadas pesquisas realizadas, que no tenía más que llevarla al almacén y dejarla allí, porque éste estaría ya cerrado. Todo se había calculado perfectamente. Por la mañana, sin duda, al faltar al trabajo los hombres que actualmente se encontraban en manos de la Policía Militar, el golpe sería descubierto; pero esto daba toda la noche como margen para concluir la operación.

Tal era, pues, la situación entonces. Herbert yacía en la cámara frigorífica del Hospital Militar. Slim no abandonaba la custodia de Su Excelencia el Gobernador sino para echar algún que otro trago en compañía de Marie. Dos agentes chinos vigilaban el café «cerrado por defunción», confundidos entre la muchedumbre. Dos hombres del Comando II, también chinos, habían sustituido a los

electricistas en el interior de dicho café. Johnny Sen aseguraba el enlace.

Por doquier, las medias de seguridad «debilitadas» habían sido en realidad reforzadas y las tropas se hallaban prestas a intervenir a la primera orden.

En Tokio, un hombre que figura oficialmente como muerto esperaba con ansiedad el resultado de sus audaces planes. ¿Cuánto tiempo iba a durar la espera?

Muy poco, lo mismo para bien que para mal. Las posibilidades de éxito se basaban en que el capitán Carruthers tuviera o no ocasión de entrar en contacto con el verdadero Gobernador y los verdaderos Slim y Herbert. A los dos chinos del Comando II correspondía la misión de secundarle secretamente de la manera más eficaz, que era una manera literalmente suicida. El breve y ludo interrogatorio de los electricistas había revelado que éstos se ocupaban de instalar sistemas de alarma en el subterráneo. Con el corazón oprimido por la angustia, pero firmes en el cumplimiento de su deber, los dos comandos se dirigían a relevarles en su peligroso puesto. Durante las horas siguientes, el más ligero error podía serles fatal. Ambos lo sabían de sobra.

En su celda, a todo esto, el capitán Carruthers reflexionaba. Cuando una muchacha uniformada de negro fue a llevarle la cena, le pidió que transmitiera al general Yang su deseo de hablarle. Dijo que era urgente. Dijo que su entrevista tendría una importancia decisiva para el futuro de la ciudad de Hong Kong.

La joven se mantenía a cierta distancia del prisionero. Con la mano derecha apretaba la culata de la pistola sujeta a su muñeca por una correílla. Era una muchacha pequeña y de ojos fríos, pero, como muchas chinas, de rasgos casi infantiles.

Carruthers oía en el corredor el martilleo sordo de las botas del guardián que medía con sus pasos el cemento.

De aquel profundo infierno donde se encontraba era imposible intentar una salida. Completamente imposible. Ni siquiera volando con sus ocultas cargas de plástico cuánto tenía en derredor.

Había que dejar que el tiempo transcurriera…

—No me fío de usted —dijo la muchacha. Hablaba en chino, que era el idioma que Carruthers había empleado—. Por de pronto, es usted inglés, y en todo inglés está encarnada la perfidia.

Carruthers la contemplaba burlonamente.

—Es curioso —comentó—. La opinión que tengo yo de los chinos apenas se diferencia de la que tiene usted de los ingleses. ¿Por qué será?

—La respuesta salta a la vista.

—Ya lo la veo.

—Es la perfidia quien le dicta esa opinión. Cualquiera sabe, excepto acaso un inglés, que el pueblo chino es el más viejo, el más sabio y el más noble del mundo…

—¿Y la perfidia no es una forma de sabiduría?

—¡No! —exclamó la muchacha apasionadamente, pero de pronto se dio cuenta de la burlona mirada del capitán y su rostro se cubrió de rubor. Agregó en otro tono—: ¿Qué quiere usted decirle al general?

—Comuníquele que deseo hablarte, es lo único que le pido.

—Si yo fuera Fu Chi… si yo fuera ella… le pegaría un tiro por su insolencia —a la joven le temblaban los labios—. Pero no soy Fu Chi, no soy perversa, no soy cruel… Tiene usted esta suerte.

—¿Quién es Fu Chi? ¿Una de las deliciosas criaturas que me secuestraron?

—Sí.

—¿La más bonita, quizá? ¿La que tan bien se ha desenvuelto en la Celda Cero?

—Sí.

Carruthers descubrió con sorpresa que la muchacha estaba a punto de llorar.

—Una exquisita muestra de la nobleza china —dijo sarcásticamente—. Pero no, mi pequeña rebelde, no se debe juzgar a los pueblos en general por lo que en su seno constituyen excepciones. Hay chinos crueles y chinos pérfidos, e ingleses pérfidos e ingleses crueles, lo cual no significa que lo sean todos. También hay chinos bondadosos y sabios, e ingleses sabios y bondadosos. Todos los seres humanos fuimos moldeados de un mismo barro por Dios.

La joven, mirando al suelo, preguntó en tono automático:

—¿Qué quiere usted decirle al general? Carruthers ignoró la pregunta.

—¿Cómo se llama usted?

—Li Tang.

Significaba «Luz de la mañana».

—Es un bello nombre.

La muchacha se estremeció y retrocedió hacia la puerta. Dijo:

—No hay razón para que mi nombre le interese. Informaré al general Yang de sus deseos.

Antes de franquear el umbral se detuvo y miró al capitán fijamente. De pronto metió la mano en el bolsillo de su blusa, sacó algo muy pequeño que parecía una bolita de papel y lo arrojó sobre la cama. Inmediatamente llamó al guardián para que la abriera.

En cuanto la muchacha hubo salido y la puerta se halló de nuevo cerrada, Carruthers recogió lo que aquélla había arrojado. Era, efectivamente, una bola de papel.

No se oía otro rumor que el de los pasos del guardián y el lejano runruneo de los renovadores de aire. Carruthers desplegó papel. Contenía un mensaje escrito en chino:

> «No se haga ilusiones, pues está condenado a muerte. Ésta es la celda de los sacrificados. Yo creo en Dios. Si es usted cristiano, como supongo, dibuje una cruz en el muro. Sabré comprender. Cómase este papel. Tengo piedad de usted porque se parece a un hombre a quién he amado mucho. Sin embargo, detesto a los ingleses».

El capitán sonrió, maravillado de la ingenuidad, de la sencillez de aquella extraña criatura. En cierto modo, pensó, «Luz de la mañana» hacía honor a su nombre.

Luego engulló la bolita de papel.

—Sólo el Señor conoce el corazón de los humanos —murmuró.

Con el tacón de uno de sus zapatos raspó el cemento de la pared trazando una tosca cruz, que apenas resultó visible.

—¿Quién sabe? —dijo para sí—. ¿Quién sabe…?

CAPÍTULO XIV

Según los informes de los electricistas capturados en la camioneta, se había ordenado que las instalaciones de alarma del piso inferior de la fortaleza fueran rectificadas de acuerdo con un nuevo plan técnico que, en caso necesario, convertiría cada departamento en un reducto de resistencia muy difícil de someter. Esta labor se había efectuado ya en casi todo el subterráneo. Cualquier puerta forzada o abierta no por sus medios naturales hacía sonar un timbre en los puestos de guardia y demás lugares estratégicos, al tiempo que lámparas de colores diferentes se encendían en cuadros establecidos a propósito. El color de la lámpara indicaba la zona en que se había producido el hecho.

Los dos chinos del Comando II, con los nervios de punta, penetraron en el café, recorrieron el pasillo del fondo, doblaron el recodo y tomaron el disimulado ascensor.

El ascensorista les dedicó una mirada indiferente.

—¿Todavía no acabó la cosa abajo?

—Falta poco.

Un piso, otro, otro más.

El ascensor se detuvo y los dos hombres se orientaron como mejor supieron hacia el lugar de su trabajo. Lo localizaron pronto, por los cables y herramientas que habían dejado sus antecesores. Estaba en las inmediaciones del tablero de mandos y conexiones eléctricas de aquel piso solitario y siniestro, adonde no llegaba la actividad del Cuartel General, las naves de adiestramiento, los refectorios o las oficinas.

La tarea empezó bajo la vigilancia rutinaria de dos corpulentos chinos uniformados. Los dos expertos se hicieron rápidamente cargo de lo que entre sus manos depositaba el azar…

Más tarde pasó junto a ellos una muchacha que transportaba una bandeja y, pendiente de la muñeca, una pistola.

Uno de los hombres miró interrogativamente a los vigilantes.

—La cena de un prisionero —explicó en un murmullo el más próximo.

El hombre asintió sin decir nada. Con sus pinzas iba desnudando la extremidad de un hilo metálico.

La muchacha volvió a pasar en dirección contraria.

Transcurridos como diez minutos sonó un campanilleo. El vigilante más alejado descolgó de la pared un aparato telefónico.

—Sí —dijo—. Muy bien. Enseguida, general —colgó el aparato y se volvió a su camarada—. El general Yang ordena que se le lleve al inglés.

—¿Cuál?

—El de aquí, el último.

Los dos vigilantes se dirigieron al fondo del pasillo. Al pasar junto a los falsos electricistas, el que antes les había hablado hizo una vaga seña, como indicándoles que les sustituyeran momentáneamente en la vigilancia. Los electricistas asintieron. Por tenerla más cerca, se fijaron mejor en la cara del chino, sobre todo en sus ojos. Eran unos ojos de expresión muy especial.

—Drogas —susurró uno de los agentes cuando ya los vigilantes no podían oírle.

El otro movió afirmativamente la cabeza.

—*Chandu*[2]. Habrá que observar a qué hora le corresponde fumarse su pipa. Quizá nos sirva de algo.

Inclinados sobre sus cables, ambos percibieron el rumor de una cerradura al abrirse y el eco de unas órdenes guturales, allá en lo profundo del corredor. Instantes después, el capitán Carruthers, flanqueado por los dos chinos, pasaba junto a ellos en dirección a los ascensores.

Sin decirse una palabra, los agentes comprendieron que se les presentaba una extraordinaria oportunidad. Joe Mong, el más viejo de los dos, se lanzó a la carrera hacia el fondo del pasillo. Su corazón saltó de gozo al ver abierta la puerta de la celda que Carruthers había ocupado. Rápidamente se introdujo en ella y deslizó una pistola bajo el jergón de la cama. A continuación, sin pérdida de tiempo, inspeccionó la cerradura y sacó su molde con ayuda de un trozo de masilla que luego guardó en un estuche de celofana.

Cuando regresó a su puesto, Tony Wei, su compañero, no estaba. Llegó al cabo de unos minutos.

—En el otro pasillo están los demás —anunció, reintegrándose a su trabajo—: el Gobernador, Herbert y Slim. Las puertas son fuertes y las cerraduras difíciles. Las he estudiado. Tengo el molde.

—¿No había guardias?

—Por ahora no. El que había estaba lejos, más allá del recodo.

Trabajaron en silencio, hasta que Joe dijo:

—¿Te has fijado en el cuadro de mandos?

—Sí, y sé lo que piensas…

—Una vez localizadas las instalaciones, sería muy fácil establecer un puente capaz de bloquear con un solo contacto los circuitos de luz y teléfono del sector. Vamos a intentarlo, Tony.

Tony Wei sonrió serenamente.

—¿Por qué no?

Media hora más tarde habían comprobado el emplazamiento de las instalaciones que les interesaban y trazado un esquema de su labor. Entonces, regresaron los dos vigilantes con Carruthers. El capitán tenía el rostro ensangrentado y se aplicaba un pañuelo a la boca.

—¿Qué ha ocurrido? —murmuró Joe al paso de los tres hombres.

El chino a cuyos ojos asomaba el fulgor del opio, respondió:

—Un asqueroso… este inglés es un maldito asqueroso… Ha agredido al general. Le pagarán bien por ello: dentro de unas horas se habrá convertido en pastilla.

—¿En qué?

—En pastilla. ¿No has visto las muestras?

—No.

—Aguarda un minuto y te las enseñaré.

Encerrado otra vez Carruthers, el vigilante hizo a los electricistas signo de que le siguieran. Así visitaron Joe y Tony las pavorosas cámaras de gas, los hornos crematorios y el departamento donde las lúgubres pastillas funerarias se alineaban en los anaqueles.

—Hay Otros tres ingleses ahí al lado —explicó el vigilante, mientras volvían—, pero no corren de nuestra cuenta. Son algo así como huéspedes: trato especial. Nosotros cuidamos de los privilegiados… de los que acaban convirtiéndose en un comprimido

gris…

—Je —hizo Tony.

Prosiguió el trabajo.

Avanzaba la noche, las conexiones quedaron listas. Los dos electricistas y los dos vigilantes habían fraternizado ya, y cuando uno de éstos se retiró, por ser la hora de las prácticas de un cursillo especial de sabotaje que al parecer efectuaba, Joe Mong se tomó un descanso en el pequeño cuerpo de guardia, tendiéndose en la litera que allí había. Tony hizo que el otro vigilante firmara su salvoconducto y, seguro de sí mismo, con tanto aplomo como si toda su vida hubiera transcurrido en el subterráneo, se encaminó a los ascensores, tomó el mismo en que habían descendido, subió a la superficie y salió a la calle.

Fuera, su aplomo se esfumó. Tuvo que apoyarse en la pared y respirar profundamente. La espantosa tensión de nervios y el recuerdo de las cámaras de gas y de los hornos le abrumaba.

Allí parecía absolutamente imposible que todo aquello existiera a escasos metros, y, sin embargo, era la pura verdad.

A poco, Tony se ponía en contacto con Johnny Sen, y un mensaje urgente era transmitido al palacio del Gobierno. Como Slim dormía una tremenda borrachera, fue el Gobernador en persona quien lo recibió.

—Bien —dijo—. Instalen ese puente y efectúen la conexión. Procuren bloquear todas las salidas de la fortaleza: destrocen su sistema eléctrico, hagan lo que juzguen oportuno para lograrlo. ¿Es posible enviarles refuerzos?

Tony dijo que no, que a lo sumo cabría detener la camioneta de la empresa de electricidad por la mañana, suponiendo que en la empresa no se hubiera descubierto el cambiazo de la víspera, y sustituir a sus ocupantes; pero entonces probablemente Sería demasiado tarde para intentar nada.

—Es un trabajo inmenso para dos hombres solos —comentó ásperamente el Gobernador—. En fin, de ustedes depende. Vuelva al subterráneo con suficientes explosivos, Wei, y en el momento oportuno haga saltar los depósitos de municiones que tenga a su alcance. No se ocupe del capitán Carruthers hasta el final, pero, si las cosas vienen mal dadas, libere a los prisioneros y destruya lo que pueda. Dios le guarde.

—Gracias —replicó Wei.

Dedicó un breve lapso de tiempo a obtener de los talleres especiales del Comando II la llaves correspondientes a los moldes que él y Joe habían tomado, e inmediatamente regresó al subterráneo por la entrada del café. En su regreso no hubo novedad.

Encontró a Joe solo en el pasillo. De los vigilantes no se veía ni rastro.

—La hora de su pipa de *chandu* sonó —explicó el electricista, señalando hacia el cuerpo de guardia—. Ahí duerme. Me he tomado la libertad de arrancar la bala a todos los cartuchos de su pistola. Quién sabe si esto nos salvará la vida cuando se ponga a usar su detonadora… que la usará, por supuesto.

Tony comunicó a su camarada las últimas instrucciones. El tiempo volaba, había que luchar contra él. Las primeras horas de la mañana significaban para ambos la muerte. Y, sin duda, la significaban también para Carruthers, y para los miles, quizá los millones de hombres que perecerían en el tremendo conflicto que como consecuencia de todo ello no podía menos que estallar.

Los dos agentes del Comando II trabajaron como forzados extendiendo el campo de acción de la parálisis total que pretendían causar a la fortaleza. Joe se arriesgó a visitar los pisos superiores. Y al volver al inferior se encontró con que la situación había sufrido un importante cambio.

Había muchos más centinelas. Uno, de sopetón, le detuvo y le pidió un salvoconducto. Joe se lo mostró. No le pareció suficiente. Registró su bolsa de herramientas, vio éstas, vio los cables, aislantes y demás accesorios, y, por fin, le ordenó que continuara.

Abajo, tres chinos gigantescos, inmóviles, obstruían el pasillo que conducía a las celdas. Sus rostros pétreos reflejaban la más perfecta disciplina. Uno se adelantó, también para que Joe le mostrara su salva conducto. Efectuó la inspección sin pronunciar una sola palabra.

—Algo pasa… algo gordo se prepara —murmuró Tony cuando su compañero se le reunió—. Un oficial ha venido a recordarme que las instalaciones de alarma han de estar dispuestas y en perfecto funcionamiento al amanecer. Yo no sabía esto, ni sé cuándo amanece aquí, pero le he asegurado que estarán. He dicho que nos dedicamos ya solamente a las imprescindibles revisiones.

Joe reflexionó un instante. Luego informó:

—No he podido establecer más que unas conexiones elementales, pero espero que bastarán, por lo menos, para perturbar las plantas eléctricas de los otros pisos, De lo contrario… Tony Wei, mucho temo que en Hong Kong esté a punto de sonar la hora H…

—Yo también —gruñó Tony.

CAPÍTULO XV

En su celda, Carruthers maldecía su mala suerte. Su desesperado intento había fallado. Según sus cálculos, tenía una probabilidad entre cien de escapar si conseguía que le sacaran de la celda, lo cual significaba mucho, pues, dentro de la celda, las probabilidades no eran ni de una entre un millón.

Y le sacaron. Pero todo se había venido abajo en el momento en que se precipitó ferozmente contra Yang y quiso arrebatarle la pistola. Cuando adquirió conciencia de la realidad estaba tendido en el suelo y con los dos vigilantes sentados en su estómago, Un salvaje golpe en la boca, que le partió dos dientes, le quedaría como recuerdo de la escena.

Ahora, además, ya conocía su destino.

—Al amanecer —había dicho el general.

Al amanecer se abrirían para él las puertas definitivas de una cámara de gas. Carruthers, tendido en su camastro, se dispuso a esperar filosóficamente…

Y entonces encontró la pistola.

No quiso dar crédito a sus ojos: ¡alguien, durante su ausencia, había colocado aquella arma bajo el jergón! Pero ¿quién? ¿La ingenua y pasiva «Luz de la mañana»? ¿Se habría atrevido a tanto?

Carruthers cogió la pistola y besó la culata. Procediera de quien procediese, era uno de los mejores obsequios que le habían hecho en su vida. Lo agradecía de verdad.

Luego reapareció la propia «Luz de la mañana». Llevaba una bandeja con un servicio de té.

—Es el fin —dijo. Su rostro estaba más sereno que antes—. Siempre envían té a quienes han de morir dentro de unas horas. U otra bebida, o algo de comer, si lo prefieren. Por la mañana la ejecutarán, inglés. ¿Desea usted algo?

En silencio, Carruthers señaló la cruz que había trazado en la

pared. Instantáneamente, los ojos de Li Tang se llenaron de lágrimas.

—¿Quiere… un sacerdote?

—Sí.

—Lo siento. Eso es completamente imposible.

El capitán trataba de escudriñar sus pensamientos.

—Dígame la verdad, pequeña: ¿usted ha vuelto a esta celda mientras yo me entrevistaba con el general?

«Luz de la mañana» pareció sinceramente sorprendida.

—No.

—Salvo brindarme su apoyo moral, ¿no ha hecho nada por ayudarme?

—Nada. Ojalá pudiera.

Carruthers concluyó, sin lugar a dudas, que no era ella quien había ocultado la pistola. Entonces, ¿quién? ¿Quién?

De pronto lo comprendió. Había visto a dos electricistas trabajando en el extremo del corredor, ¡dos electricistas que se quedaron solos y con la puerta de la celda abierta cuando los vigilantes se lo llevaron a él de allí!

Le embargó una profunda emoción. No le abandonaban. BX-19 había conseguido lo imposible: introducir dos agentes propios en la fortaleza enemiga. Esto indicaba que la última palabra no se había dicho aún.

—¿No bebe su té? —preguntó Li Tang.

Carruthers lo bebió.

—¿Podrá traerme otra taza? —preguntó. Estaba reflexionando rápidamente—. Hágalo… cuando falte aproximadamente una hora. Creo que lo necesitaré.

—Descuide —la muchacha china inclinó la cabeza—. Adiós, inglés. Dios tenga piedad de su alma.

Salió.

Sólo el azar gobernaba las horas que iban a transcurrir, Pocas, muy pocas horas…

Durante ellas, tropezando con centinelas recelosos e inquisitivos por todas partes, los dos hombres del Comando II cumplieron como les fue posible su misión. Efectuaron conexiones inverosímiles bajo las mismas narices de sus vigilantes, instalaron cargas plásticas en la proximidad de los depósitos de munición, prepararon el sistema

de alarma y bloqueo de puertas de modo que el corte de un solo hilo pudiera inutilizarlo… Mientras, el tiempo volaba, ¡volaba!

Eran casi las seis de la mañana en aquel mundo sin días ni noches, cuando Joe y Tony se reunieron junto al cuadro de mandos del piso inferior. Ambos estaban enervados, rendidos por la fatiga y la tensión.

En aquel momento llegaba «Luz de la mañana» con un servicio de té. Los tres centinelas la detuvieron.

—Prohibido el paso. Orden del general.

Ella los miró asustada.

—Pero mi misión es…

—Ya no hay misiones. Tocias las consignas han sido cambiadas. A ver tu salvoconducto.

—Aquí está.

El centinela lo examinó.

—Lo siento, pero ya no sirve. Las órdenes nuevas llevan el visto bueno del coronel Wing Chang.

—Pero…

—Repito que lo siento —el rostro del centinela permanecía impasible. Sus dos acólitos parecían ignorar la conversación—. El Estado Mayor ha tomado medidas especiales para asegurar el éxito de las operaciones. No es culpa mía. Ve a que le den el visto bueno a tu salvoconducto.

—No puedo. Las oficinas están cerradas y los jefes se han reunido en conferencia… Por favor, ¡déjame ver al prisionero! ¡Sólo le llevo una taza de té!

—Prohibido. Ese hombre será ejecutado antes de una hora.

Apenas el centinela hubo pronunciado esta frase, algo ocurrió. Se extinguieron las luces.

La muchacha lanzó un ahogado grito y los guardianes rompieron a jurar, pero, al momento, la voz suave y tranquilizadora de Joe Mong sonó en las tinieblas:

—No es nada, probablemente un fusible. En un minuto lo arreglo. Déjenme pasar.

—¡Vamos! ¡Date prisa! —apremió Tony.

Hubo un intervalo de silencio.

A continuación se oyó un ruido sordo, seguido de una especie de gruñido apagado. Uno de los centinelas intentó encender su linterna

de bolsillo cuando otro de sus compañeros gimió.

No pudo encenderla. Hubo un confuso rumor de lucha. Unos golpes. Silencio otra vez.

Bruscamente, volvió a hacerse la luz.

—Cállese y no se mueva —dijo Tony a la muchacha—. Si no suelta la pistola la convertiré en un colador…

«Luz de la mañana» conservó en sus manos la bandeja del té, pero se desprendió del arma, que llevaba ceñida a la muñeca. Miró en torno con ojos asombrados. El espectáculo era digno de verse.

Los tres vigilantes, se hallaban reducidos a la impotencia, derribados y desprovistos de su armamento. Por contraste, los dos electricistas ya no tenían el aire humilde y oscuro de dos vulgares operarios. Uno de ellos, agachado junto a los centinelas, terminaba de atarles diestramente manos y pies con trozos de hilo de cobre y empezaba a amordazarlos introduciéndoles en la boca sus propios casquetes negros. El otro, que era quien había hablado, estaba al extremo del pasillo, atento a que no acudiera nadie desde los ascensores y dominando la escena con una pistola ametralladora de la que se había apoderado en el rápido y contundente ataque.

La muchacha murmuró:

—Espías ingleses…

Se quedó quieta mientras Joe maniobraba con los tres vigilantes, los metía en sendas celdas y los ataba a la correspondiente cama. Las puertas de las celdas fueron cerradas con llave. Y abierta la de una: el capitán Carruthers salió y respiró a pleno pulmón un aire que ya no parecía oler a cámara de gas.

Él y Joe, sin hablar, se estrecharon las manos.

—¿Qué hacemos de la chica?

Carruthers miró fijamente a «Luz de la mañana».

—Guardarla en mi celda. No creo que nos dé trabajo, pero tampoco podemos dejarla marchar. Sería demasiado peligroso.

Ella dijo:

—Ya nada me importa.

Entró en la celda y se puso a contemplar la cruz trazada por el capitán en la pared. La puerta se cerró a su espalda.

—A las siete saltarán los depósitos de municiones y la fortaleza quedará paralizada —anunció Joe entonces—. Antes, tenemos que libertar a los demás e ingeniárnoslas para salir de aquí. No será

fácil, capitán. Hemos de darnos prisa.

Carruthers asintió. En tanto que Tony seguía en su puesto de guardia, él y el agente chino se dirigieron al otro corredor e inspeccionaron cuidadosamente la maciza puerta tras la cual esperaban encontrar al Gobernador y sus dos hombres. Unos hilos apenas visibles les revelaron la existencia de un sistema de alerta especial. Se apresuraron a inutilizarlo, y estaban haciéndolo cuando un ligero silbido de Tony les advirtió de que un peligro se aproximaba.

Carruthers se introdujo inmediatamente en una celda vacía. Joe disimuló manipulando con sus alicates y cables.

Dos hombres uniformados de negro y armados de metralleta llegaron del ascensor. Se pararon al no ver a los vigilantes en su puesto. Parecían recelar algo, como si presintieran que se les preparaba una encerrona. Realmente, un extraño efluvio psíquico flotaba en el aire.

—¡Eh, Ta Di! —llamó uno de los hombres—. ¡Ta Di!

No obtuvo respuesta. Los dos miraban con prevención en derredor. Era evidente que la actitud y la actividad de los electricistas se les antojaba anormal.

Los recién llegados se aproximaron a Tony.

—¿Dónde están los centinelas?

Tony se pasó la lengua por los labios.

—Creo que se han ido del lado de las cámaras de gas.

—Qué raro. Está prohibido.

Los dos hombres titubeaban. Por fin, cambiaron una mirada entre sí.

—Muy raro —repitió el que había hablado.

Sus ojos denotaban que los operarios se le habían hecho decididamente sospechosos. Dio con un movimiento de cabeza una orden a su camarada. Al momento, ambos comenzaron a retroceder.

Joe corrió a reunirse con Tony en cuanto desaparecieron.

—Difundirán la alarma —susurró—. Rápido, ¡hay que detenerles! ¡Para el ascensor cuando yo te lo indique!

Fue en pos de los dos hombres, mientras Tony se dirigía al cuadro de mandos eléctricos. Aquéllos entraron en el ascensor. Éste empezó a subir.

Tony silbó.

Joe accionó una palanca y el ascensor quedó inmovilizado a media altura. Otra palanca y los ventiladores emitieron un rugido como el de un huracán, un estrépito que ahogaba cualquier otro rumor.

Los dos hombres pronunciaron una maldición y volvieron hacia Tony el cañón de sus metralletas. Pero Tony actuó antes. Extendió el brazo y se arrojó de bruces al suelo. Una granada de bolsillo estalló en el ascensor, cazando de lleno a sus dos enemigos y al ascensorista.

Al disiparse el humo, Tony avanzó a rastras. Buen trabajo. Los tres hombres agonizaban, destrozados por la explosión.

Ahora no había ya tiempo que perder, pues, pese a las precauciones tomadas, el estallido habría sido oído y muy pronto acudirían refuerzos. Los moribundos fueron ocultados en la celda en que se escondiera Carruthers. Se les cubrió con una sábana. Mientras, el capitán despojó de su uniforme a uno de los prisioneros anteriores y se lo puso él. Febrilmente, con un poco de grasa que le proporcionó Joe se oscureció los cabellos y el rostro. No tenía ni remotamente aspecto oriental, pero esperaba, gracias a sus adiestradas aptitudes de imitación, pasar inadvertido si no se le miraba con mucho detenimiento.

Nadie interrumpió estas tareas. Luego. Carruthers entreabrió la puerta de la celda de «Luz de la mañana».

—¿Ha oído el estrépito? —preguntó.

—Están ustedes locos —repuso ella—. Dentro de diez minutos todas las secciones de seguridad estarán aquí y les harán arrepentirse de su audacia… Atienda, ¿por qué no confía en mí?

—¿Por qué habría de confiar?

—Porque soy su única esperanza. Puedo ayudarle. Suélteme y lo haré.

—No lo creo.

—Le digo la verdad. He reflexionado y… y no me pregunte los motivos… Quiero evitar un daño mayor. He reflexionado mucho.

Carruthers contempló a la muchacha, pensativo.

—¿Qué me pedirá a cambio?

—Nada. En todo caso, hablaremos de ello cuando usted haya salido con vida de aquí. Es mi palabra a cambio de la suya.

El capitán respiró profundamente.

—De acuerdo.

Estaca pensando en cómo rodaban las cosas, de qué modo tan particular. Depositar su confianza en aquella desconcertante joven china podía llevarle de cabeza al fracaso, pero también podía conducirle al éxito y, en su situación, ninguna ayuda era de desdeñar. Algo había en «Luz de la mañana» que le decía que no iba a traicionarle.

El paso siguiente sería liberar al Gobernador.

—No es necesario inutilizar la alarma —indicó Li Tang, cuando le oyó dar instrucciones a Joe y Tony—. No suena si la cerradura se abre al revés, que es su único secreto.

Carruthers y los dos chinos abrieron la celda según sus indicaciones, con las llaves arrebatadas a los vigilantes. Y la sorpresa les dejó helados en el umbral.

En la celda había tres hombres, pero no eran el Gobernador, ni Herbert, ni Slim. Eran tres orientales que les miraban con rostro de palo.

Hubo unos segundos de suspensión.

De pronto, uno de los prisioneros se puso en pie y exclamó:

—¡Capitán Carruthers! ¿Es posible? Dios mío, ¿es posible?

Carruthers creyó entonces reconocerle.

—¿No es usted… no trabajaba usted en la Legación de los Estados Unidos?

—En efecto, señor. ¿Recuerda el caso del contrabando de armas?

El capitán se golpeó la frente con la mano. Aquel hombre era un agente auxiliar norteamericano que en cierta ocasión le había facilitado valiosos informes.

—¿Qué hace usted aquí?

—Realizaba unas pesquisas con mis dos colaboradores —señaló a los chinos que le acompañaban—, y fuimos capturados por sorpresa. Nuestro trabajo nada tenía que ver con lo que ocurre en este subterráneo. Ha sido completamente estúpido: hemos caído en esta ratonera por casualidad. Y me maravilla verle, señor.

—Esta ratonera saltará dentro de unos minutos —dijo Carruthers entre dientes—. ¿Dónde están los ingleses que ocupaban esta celda?

—Han sido trasladados a otro piso… He oído decir que cerca de los depósitos de municiones, a un departamento especial.

El capitán captó una mirada de Joe. Éste dijo:

—A las siete volarán los depósitos. Ya no podemos deshacer lo que hemos hecho, es demasiado tarde.

Carruthers se estremeció.

—Vámonos. Ustedes —hizo un signo a los tres chinos—, vístanse los uniformes de los vigilantes capturados, los tres que tengan mejor aspecto. Joe, guíelos a dónde están. Usted —se volvió a la muchacha— suba en el ascensor que no ha quedado averiado e investigue qué es lo que pasa, por qué no ha atraído a nadie la explosión. Baje en cuanto pueda.

Las órdenes fueron cumplidas.

A los pocos minutos, un silbido de Tony anunció que uno de los ascensores bajaba. Los cañones de todas las armas apuntaron a la caja, los hombres contuvieron el aliento…

Era sólo «Luz de la mañana», que volvía.

—Tienen ustedes una suerte increíble —explicó—. Una patrulla estaba a punto de salir hacia aquí. Me he reído de ellos. Les he dicho que los electricistas habían derribado un panel para facilitar su trabajo, y se han sentido en ridículo. El ruido apenas se ha oído, y no creo que haya pasado del piso inmediato a éste, pues el sistema de aislamiento acústico es muy bueno y muy eficaz.

Carruthers soltó un suspiro de alivio.

—¿Cuánto tiempo nos queda?

Joe consultó su reloj.

—Foco más de media hora.

—Dios sea con nosotros —murmuró el capitán.

CAPÍTULO XVI

Su Excelencia el Gobernador de Hong Kong había pasado la noche en blanco. Estaba inquieto. Había recibido un mensaje de Luprata en el que este le ordenaba prepararse para entorpecer cualquier actividad de la Policía Colonial y las tropas británicas a partir de las seis y media de la mañana, y comprendía perfectamente que esto significaba que la hora H estaba a punto de sonar. Quizá a las mismas seis y media, quizá a las siete, la espantosa rebelión habría estallado.

Por otra parte, no había vuelto a ver en mucho tiempo a Medea Rouche ni a Slim. Esto no era normal. La habitación de la camarera francesa se hallaba ahora cerrada con llave. Era de desear que nada malo hubiera ocurrido.

El Gobernador, consultó su reloj. Dentro de diez minutos tenía que recibir el informe de Johnny Sen.

Tomando una llave maestra, su Excelencia abandonó el despacho, se dirigió al piso superior, se aseguró de que no había nadie por los alrededores y entró en la habitación de Medea. Reinaba un silencio absoluto, salvo por el tic-tac lejano de un péndulo que medía el tiempo implacable. El Gobernador cerró la puerta tras de sí, pasó al cuarto de baño y descubrió la centralilla oculta en el calentador de agua. Esperó. Minutos después sonaba un ligero zumbido.

El Gobernador descolgó uno de los dos aparatos de la centralilla y anunció:

—BX-19 al habla.

Una voz aguardentosa dijo entonces detrás de él:

—Quieto un momento —algo duro se apoyó entre sus paletillas—. Quieto y callado, amigo.

—Es usted Slim, ¿no? ¿Qué quiere?

—Deme el otro aparato y no mueva un pelo, o le dejaré seco aquí mismo.

El Gobernador obedeció. El mensaje de Johnny Sen llegó a través del hilo con toda fidelidad.

—Sí… muy bien… entendido.

La comunicación fue cortada. Slim sonreía sarcásticamente.

—Cuando se pone usted a ser un cerdo, Arliss, lo es como nadie. Si yo no hubiera descubierto este teléfono, ¡menuda se armaba! ¡Y qué festival organizaremos ahora entre nuestros amigos del Cuartel General! ¡Cochino traidor, esto ha terminado!

—Le suponía durmiendo su borrachera —dijo el americano cansadamente.

—Las borracheras vienen y se van.

—Muy bien, Slim. Adelante. ¿Qué pretende?

—Anticiparme un poco a las instrucciones previstas y eliminarle de un tiro en la nuca.

—Supongo que será inútil que le ofrezca…

—Es inútil —la voz de Slim sonaba fría e impersonal como la de un funcionario en servicio—. Enderécese, Arliss. Así. De espaldas. Apoye las manos en la pared. Perfectamente. Agradezco mucho su docilidad… esto lo hará todo más fácil.

El agente de Luprata se inclinó hacia la bañera y abrió completamente los grifos, de modo que el agua brotase con un rumor como de catarata. Luego ajustó un silenciador a la boca de su revólver.

Arliss pensó vagamente que era horrible morir así.

—Adiós. BX-19. Feliz viaje.

Sonó el tiro.

Sin embargo, algo más sonó en coincidencia con él. Primero fue una especie de rumor de pasos precipitados, después un grito de mujer y por último una interjección del propio Slim.

Arliss descubrió que no le había alcanzado la bala.

Se volvió rápidamente. Slim sacudía su brazo armado, apresado salvajemente por una mujer. La mujer era Medea Rouche.

Como impulsado por una catapulta, el americano se precipitó sobre su falso guardaespaldas. Slim se sintió dominado. Abandonó la pistola entre los dedos de Arliss, hizo un esfuerzo desesperado y se desasió.

—¡Alto!

Slim huía a través del dormitorio. Arliss, en forzada posición, disparó. Creyó haberle dado, pero no estaba seguro. Slim había seguido corriendo. Cuando salió al pasillo en pos de él había desparecido ya.

Se lanzó en busca de una ventana abierta al patio.

—¡Detengan a Slim! —gritó a los centinelas—. ¡Tratará de escapar de un momento a otro! ¡Den la alarma!

Un silbato se puso a sonar.

Arliss regresó al cuarto de baño y lo que vio hizo que sus piernas temblaran. Medea yacía junto a la bañera. En torno a ella se formaba un charco de sangre.

La muchacha había recibido en su cuerpo la bala que hubiera puesto fin a su vida.

—¡Medea!

La joven le miró y sonrió débilmente.

—Jake…

Él se arrodilló y la tomó en sus brazos.

—Medea, ¿dónde estabas?

—Slim… me tenía encerrada… He escapado a tiempo…

Arliss desgarró febrilmente sus ropas hasta encontrar en su pecho la herida. Era una herida peligrosa. Peligrosísima. Probablemente mortal.

Pero no, no, ¡no! ¡Medea no podía morir ahora que todo estaba a punto de acabarse, cuando para ambos empezaban la vida y la libertad! ¡Imposible!

La estrechó contra su corazón, sintiendo cómo temblaba.

—Querido… Bésame…

La besó. No, ¡no podía morir!

Dominando la emoción que le tenía casi inmovilizado, Arliss se levantó sosteniendo en vilo a la muchacha y fue a depositarla sobre su lecho. En la mesilla de noche había un teléfono. Lo descolgó.

—Pida una ambulancia —ordenó ásperamente a la telefonista—. Llame a un cirujano. Habitación de Marie, la camarera. Es un caso de vida o muerte.

Cuando concluía de hablar oyó disparos en el patio, se separó del lecho para asomarse a una ventana. Un coche partía en aquel momento a toda velocidad, pese a los tiros que contra él dirigían los

centinelas. Embocó el portal y lo traspuso.

¡Slim escapaba! ¡Slim avisaría al Cuartel General rebelde y una tempestad de horror se desencadenaría sobre la ciudad!

Pero no. Al coche, o quizá a su conductor, les ocurrió de pronto algo raro. El vehículo describió una curva innecesaria, mientras tronaban los fusiles de los centinelas; se encabritó sobre dos ruedas y volcó, chocando al mismo tiempo contra una pared. Hubo un indescriptible estallido y una llamarada gigantesca. Arliss vio salir volando una trágica figura envuelta en llamas. Era Slim. Era lo que quedaba de Slim: un cadáver que ardía como una rama seca de pino…

Arliss ya no se apartó del lado de Medea, cuidándola, lavando su herida, pugnando por cortar la hemorragia, hasta que la ambulancia y el médico llegaron.

Pero entonces, el palacio andaba en revuelo y se había dado orden de alerta a todas las fuerzas de la población.

El americano dijo solamente al médico:

—Sálvela.

El cirujano no se mostró muy convencido.

—Haré lo posible. Después de la cura de urgencia habrá que trasladarla al Hospital Militar. Antes de media hora la operaré, eso es todo.

Arliss rozó con sus labios la frente de la muchacha y se separó cabizbajo de ella.

Recobró su capacidad de acción inmediatamente. Habían sonado ya las seis y media. No había tiempo que perder.

Saltó al volante del más potente de los coches del parque móvil del palacio y se dirigió a Hang Tao Be. Sentía que había llegado la hora decisiva, que su presencia era necesaria, absolutamente necesaria allí. Pronto vio que hacia el populoso distrito convergían las fuerzas destinadas a preservar el orden público. Eran casi las siete. Las imágenes de lo que en su visita a la fortaleza subterránea había presenciado se grababan en su mente como una dolorosa obsesión.

Su primera medida fue correr al encuentro de Johnny Sen.

—¡Alarma general! —ordenó.

Todo estaba preparado. Johnny Sen transmitió la orden por los enlaces previstos. En un minuto, el sonido de las sirenas advertía a

los puestos y patrullas británicas. La circulación quedó interrumpida. Los aviones militares despegaron. Él V Regimiento de Carros partió rugiendo hacia Hang Tao Be, mientras las tropas rodeaban y aislaban el distrito.

Arliss se dirigió al café «cerrado por defunción». Un comando desplegaba ante su puerta y era hostilizado por algunos tiradores ocultos en el interior. La batalla empezaba.

—¡Vuelen esa puerta!

Los soldados veían en él al Gobernador y le obedecían ciegamente. En una arriesgada incursión, una carga de TNT fue colocada en el punto a propósito. Media docena de granadas cruzaron los aires. La detonación, inmensa, pulverizó completamente la fachada del café y abrió un boquete semejante a un túnel.

Arliss, pistola en mano, fue el primero en arrojarse a través de la acre nube de humo. Se oía, en las profundidades, un tac-tac de ametralladoras. Derribados por la explosión, se veían en el suelo algunos cuerpos como repugnantes paquetes negros e informes.

Tras el recodo del pasillo, Arliss forzó la puerta del ascensor y descubrió que éste comenzaba entonces a descender. Funcionaba mal y la apertura de la puerta no lo había detenido. El americano saltó a su techo, con riesgo de que los desnudos cables lo electrocutaran. En torno a él, como un castillo de fuegos artificiales, brotaban centenares de chispas azules.

Arliss miró al interior de la caja del ascensor por la rejilla del respiradero que tenía en el techo. Su rostro se contrajo. Dentro del ascensor había cuatro hombres. Tres eran chinos vestidos de negro. El cuarto era Pablo Luprata.

El americano sonrió y amartilló su pistola.

CAPÍTULO XVII

El capitán Carruthers pasó revista a su pequeña fuerza: tres chinos vestidos con el uniforme negro de los vigilantes, «Luz de la mañana», Joe Mong y Tony Wei. Dijo:

—Ustedes —por los tres chinos—, subirán inmediatamente al Cuartel General. Ya saben cuál es su misión: la más compleja y decisiva de todas. La chica les acompañará y guiará. Si fracasan, ella cuidará sin falta de avisarnos. Usted, Joe, subirá también y actuará de enlace. Tony montará guardia Junto al cuadro de mandos. Muy contra mi voluntad, yo me quedaré con él aquí, pues si alguien descubre en mí a un hombre blanco, cosa que forzosamente tiene que ocurrir si me exhibo, se hundirá todo. Mantendremos inmovilizado este ascenso hasta que Joe nos avise de que la operación ha terminado, y entonces subiremos igualmente, Joe, no olvides la señal: dos llamadas cortas y dos largas.

—No la olvidaré.

Carruthers estrechó la mano a todos.

—Buena suerte.

Un momento después, el capitán y Tony estaban solos en el tétrico piso inferior del subterráneo. Grandes cosas iban a suceder en el mundo que se extendía por encima de sus cabezas.

En el piso correspondiente al Cuartel General, en efecto, los tres chinos uniformados aguardaban a que «Luz de la mañana» les consiguiera una entrevista con el general Yang. Mientras, accionando sus alicates, Joe vigilaba el vestíbulo.

La muchacha china apareció en el quicio de una puerta.

—Hagan el favor —dijo, serenamente.

Los tres hombres penetraron en la antesala del despacho principal. Allí, el general Yang, en compañía de un chino obeso, que era su ayudante, el Mayor Feu Hu, acababa de examinar un gran plano de Hong Kong fijo en la pared. Unas líneas rojas y azules

señalaban los puntos en que se concentrarían los efectivos rebeldes y los correspondientes ejes de sus atenciones. Faltaban unos minutos para la hora H.

—¿Qué desean? —preguntó hoscamente Yang.

—Nos disponemos a ejecutar al inglés, general, pero dice y repite que quiere hablarle.

—Es inútil. He accedido una vez y basta. Cumplan la sentencia.

El chino que hablaba en nombre de sus compañeros titubeó:

—Ese inglés sabe muchas cosas que quizá nos facilitarán las operaciones…

Era imprescindible apartar a Yang y su ayudante de la posición que ocupaban junto al escritorio, y el agente chino no lo ignoraba. Había señales de alarma por doquier. Con sólo apoyarse de cierta forma en alguno de los muebles se podía hacerlas sonar.

—¿Y bien? ¿Qué cosas sabe?

—Ha dicho algo muy interesante sobre los blindados, por ejemplo. Que se concentrarían aquí —el agente aplicó el dedo a un punto del gran mapa— y caerían sin remedio sobre nosotros.

Ambos a la vez, el general y el mayor se aproximaron.

—¿Dónde ha dicho?

La pregunta obtuvo una extraña respuesta. Los tres hombres rodearon a los militares y sacaron sus pistolas.

—Sígannos sin una palabra. Al menor gesto, al menor grito, los llenaremos de plomo. La mayor parte de la guardia está a nuestro lado.

El plan improvisado por Carruthers comenzaba a dar fruto.

—¿Se han vuelto locos? ¿Qué es esto? ¿Una sublevación?

—Obedecemos a nuestro único jefe, el general Pablo Luprata.

—¡El *general* Pablo Luprata! —exclamó Yang, atónito—. ¿Qué significa eso? ¿Desde cuándo Luprata es general?

Se ha sabido que pretende usted usurpar su puesto ante el Gobierno de la República Popular y no estamos dispuestos a consentirlo. Nosotros sabemos quién es aquí el verdadero jefe. Su ambición le ha perdido, general. Sin Luprata, ni lo que se ha hecho ni lo que se hará sería posible.

—Jamás he pensado lo contrario —declaró el general.

—Perfectamente. Basta de charla. Vámonos.

Salieron con las armas disimuladas. Formaban un grupo muy

frecuente: Yang, su ayudante y tres hombres que les daban escolta.

«Luz de la mañana», cumplida su misión, fue a reunirse con Joe.

—Todo va bien… por el momento.

Los relojes parecían galopar hacia las siete.

El grupo tomó uno de los ascensores principales. En la cabina, el general y el mayor no despegaban los labios. El odio y el deseo de venganza anidaban en sus corazones, pero estaban demasiado sin concierto todavía para tomar una decisión. Dos de los agentes permanecían a su espalda, a la expectativa de cualquier eventualidad. Sin embargo, ni fugarse ni pedir socorro parecían ser las intenciones de los militares. Con fatalismo oriental, esperaban que su turno o su ocasión llegaran.

Tras el ascensor, un pasillo. Luego, las puertas blindadas del arsenal, donde nadie era admitido desde que se dieron las últimas consignas. Los centinelas reconocieron a sus jefes y saludaron.

Reinaba allí una silenciosa animación. Una fila de carros aguardaba la orden de lanzarse al combate, y sus oficiales fumaban tranquilamente en las abiertas torrecillas. Detrás de una ambulancia se afanaban dos enfermeros armados: dentro de ella, en lugar de camillas, había una ametralladora pesada, y por las puertas de los botiquines asomaban cintas de cartuchos. Era un contraste significativo.

Más allá de los vehículos, ante el polvorín, existía un enorme transformador eléctrico. Los tres agentes chinos lo miraron con horror. Otra de las cosas que sabían era que sus compañeros del Comando II habían disimulado en él una carga plástica capaz de volar un puente de ciento cincuenta metros de longitud. Aquella carga estallaría a las siete. Faltaba tan poco…

—¿A dónde me llevan? —preguntó, roncamente, el general Yang.

—En busca del Gobernador. Luprata quiere hablarles.

—¿De qué? ¿Qué tengo yo que ver con el Gobernador?

—Ya lo oirá.

No hubo dificultad ninguna. Su Excelencia había sido trasladado a un departamento sin aspecto de prisión. Apareció con aire absolutamente imperturbable. Había estado leyendo un ejemplar atrasado del «Times» y fumando una buena pipa de tabaco inglés. En la pieza vecina, los auténticos Herbert y Slim jugaban a las

cartas.

El grupo, aumentado ahora en tres personas, recorrió el camino inverso hasta la sala de ascensores. Allí se encontraba Joe. Sus ojos se iluminaron al ver hasta qué punto el golpe de mano había tenido éxito. Inmediatamente pulsó el botón de llamada del ascensor del sótano: dos toques cortos, dos largos. Era el fin. Si el capitán Carruthers acertaba a subir hasta allí sin ser identificado, caería el telón. Iban a dar las siete. A las siete, la fortaleza habría dejado de existir.

—¿A dónde vamos ahora? —inquirió el general.

—¿Todavía no lo comprende?

—No.

En aquel instante preciso, cuando ya el ascensor de Carruthers subía, cuando estaban a dos pasos del éxito y de la libertad, el agente chino cometió una imprudencia. Se sentía demasiado seguro, había resultado todo demasiado bien. Y dijo:

—Vamos a la calle, general. Sería cruel dejarle aquí. Dentro de unos minutos, eso quedará como Hiroshima después de la bomba atómica…

Yang comprendió inmediatamente.

—Traidores, ¡son traidores! ¡Espías enemigos!

—¡Cállese!

El general no calló. Rompió a gritar:

—¡Traidores! ¡Socorro!

El agente le disparó su pistola, y la palabra «socorro» fue la última que pronunció.

Pero era tarde. Los vigilantes que pululaban por el vestíbulo estaban advertidos y se aprestaban a reaccionar. El mayor Fe Hu echó a correr. El agente disparó de nuevo. Le perforó limpiamente la cabeza de un balazo, pero también su muerte llegó tarde. La alarma estaba dada.

Entonces ocurrieron dos cosas casi simultáneas. Una fue que, arriba, al nivel de la calle, donde el subterráneo tenía, por el café, una de sus entradas, las armas comenzaron a ladrar. La segunda cosa fue que apareció el ascensor del sótano y de él salieron Carruthers, «Luz de la mañana» y Tony Wei.

El capitán se hizo al momento cargo de la situación. Los guardias de negro uniforme apretaban sus metralletas para

acribillar al grupo. El general y el Mayor morían en medio del vestíbulo.

—¡A tierra! —gritó—. ¡Busquen un refugio! ¡No se alejen de los ascensores, que son nuestra vía de escape!

El grupo se dispersó locamente mientras él hablaba, al tiempo que las metralletas iniciaban su canción. Buscar un refugio sin alejarse de los ascensores no era fácil. Alguien no lo consiguió: el agente chino, todavía pistola en mano, cayó fulminado por las balas. Slim, el verdadero, resultó herido. Los demás se cobijaron detrás de un escritorio, junto a un archivo metálico.

Eran las siete menos cinco minutos.

Timbres invisibles rompieron a sonar, y luces rojas a encenderse. Carruthers comprendió que la partida estaba perdida. A las siete, la alarma no hubiera podido darse. A las siete menos cinco, sí. Y ellos no escaparían. En menos de cinco minutos era imposible reducir a los centinelas que los hostilizaban y conseguir un respiro para subir en el ascensor hasta el café. Por añadidura, los disparos que se oían en éste indicaban que allí había también fuerzas dispuestas a cortarles el paso.

De lado a lado del vestíbulo se entabló un tiroteo salvaje.

Eran las siete menos cuatro minutos.

En esto, arriba sonó una terrible explosión y los disparos cesaron como por encanto. Carruthers enderezó la cabeza. ¿Sería posible? ¿Atacarían las fuerzas británicas el café? ¿Lo harían con tiempo para salvarles? ¿Podrían en menos de cuatro minutos llegar hasta allí y dejar el camino expedito?

¡El ascensor del café estaba ya bajando!

CAPÍTULO XVIII

Cuando el ascensor pasó del pozo de cemento a la jaula correspondiente al piso, Jake Arliss presenció la extraordinaria escena que tenía el vestíbulo por marco. Y lo primero que se le ocurrió fue que sus compañeros, con la llegada de Pablo Luprata y sus tres acólitos, quedaban entre dos fuegos y expuestos a la aniquilación.

El ascensor se detuvo y, a una seña de Luprata, los tres chinos amartillaron sus metralletas.

Entonces, sin titubear, Arliss disparó a través del respiradero del techo de la cabina. Una, dos, tres veces. Le metió a cada hombre una bala en el cráneo. Tan rápido y eficaz había sido que Luprata no tuvo tiempo ni de moverse. Sus tres secuaces, que morían pataleando en el reducido ámbito del ascensor, le empujaron de acá para allá antes de que comprendiera lo qué ocurría.

—Le tengo encañonado, Luprata —dijo Arliss—. Dé orden inmediatamente de que cese el fuego, ¡vivo!

Su voz había sonado fría, casi cortés.

—¡BX-19! —exclamó, roncamente, el rumano—. ¿Qué pretende? ¿Congraciarse con los suyos? ¡Es demasiado tarde, cochino traidor! ¡El asesinato del coronel Stanley no se lo perdonarán nunca!

—El coronel Stanley sigue tan vivo como usted y como yo. Desde el comienzo estoy trabajando para el Servicio de Información de los Estados Unidos. Todo fue una trampa… y usted cayó en ella. Vamos, ¡ordene que cese el fuego o le reviento la cabeza de un balazo!

Luprata no se amilanó. Había visto morir en una fracción de segundo a los tres hombres de su escolta, pero bajaba del café, por dónde ya las fuerzas británicas irrumpían en la fortaleza, y comprendía que sólo un acto de desesperada decisión podía atajar a dichas fuerzas el camino y permitir la fuga a los rebeldes. La

revolución, lo quisiera o no, había fracasado.

En consecuencia, pese a la amenaza que se cernía sobre él, no dio la orden que le exigía Arliss. Por el contrario, extendió el brazo para pulsar el botón del ascensor y hacer que éste prosiguiera su descenso.

No llegó a apretarlo: una bala del americano le destrozó la mano derecha.

—¿Quiere ordenar que cese el fuego, Luprata?

El rumano no se doblegó ni siquiera. Salió corriendo de la cabina, gesticulando como un tendero excitado.

—¡Matadlos! —chilló—. ¡Duro con ellos! ¡Que no escape uno!

—Muy bien —musitó Arliss.

Esperó que aquel hombre de aspecto vulgar que era el agente secreto más peligroso de Oriente le volviera la cara, y entonces le pegó Un tiro en el corazón. No había querido dispararle por la espalda. Hubiera sido tristemente cómodo, tristemente gris, como solían serlo las muertes de los agentes secretos más peligrosos del mundo. Luprata merecía algo especial. Fue lástima que no, lo tuviera más especial todavía.

Eran las siete menos tres minutos.

Un segundo después de la muerte de Luprata entró en acción el capitán Carruthers. Había estado desprendiendo de su piel las cargas plásticas que llevaba adheridas y aplicándoles el fulminante, y ahora se encontraba en disposición de utilizarlas. Lo hizo. Las arrojó al lado contrario del vestíbulo, una tras otra, una junto a otra.

La primera explosión se produjo en el momento en que Arliss saltaba del teche del ascensor. La segunda, la tercera, todas enseguida. El piso tembló. Hubo humo, gritos y una confusión espantos.

—¡Deprisa, al ascensor! ¡El Gobernador, la muchacha y los heridos primero! ¡Deprisa! ¡Deprisa!

Arliss y Carruthers se encontraron frente a frente mientras el ascensor efectuaba su primer viaje al café.

—Buenos días —saludó, sonriendo, el capitán—. ¿Qué tal se encuentra hoy Su Excelencia? ¿No cree que ha madrugado demasiado? El despertador no va a sonar hasta las siete.

El americano le mostró su reloj. Faltaban para las siete un

minuto y medio.

La resistencia había cesado.

Un minuto y cuarto.

El ascensor volvió a bajar y todos se introdujeron en él, apretados como sardinas en lata. Funcionaba defectuosamente. Lento. Parecía que nunca iba a llegar a lo alto.

Un minuto.

El ascensor llegó al café. El pasillo estaba lleno de soldados, que interrogaban a los que subieron en el primer viaje.

—¡Fuera de aquí! —rugió Carruthers—. Soy el capitán Carruthers, ¿no me conocen? ¡Fuera! ¡Esto está minado y volará ahora mismo! ¡De la alarma!

Hubo un instante de desconcierto. Luego, un oficial que identificó a Carruthers en aquella siniestra penumbra hizo sonar su silbato. Los soldados huyeron a la carrera.

Arliss se encontró en la calle sin saber cómo. Vio a Carruthers rodeando con su brazo los hombros de una muchacha china. Vio al Gobernador, que le miraba con los ojos desorbitados por la sorpresa. Vio que no pocas personas, en torno suyo, habían reparado en la presencia de dos Gobernadores… Sintió unas ganas locas, absurdas, de reír.

Rió cuando la explosión se producía. Empezó como un trueno, se convirtió en un terremoto. La gente se arrojó instintivamente al suelo. Un formidable chorro se alzó del apretado grupo de construcciones chinas de las que formaba parte el café. «Cerrado por defunción», pensó Arliss. Ahora quedaría cerrado para siempre y por varios centenares de defunciones. Grotesco.

El seguía riendo, pero Hong Kong, la ciudad condenada, se había salvado. Su salvación evitaba al mundo «el golpe más grande que se había dado desde que los japoneses atacaron Pearl Harbour». También esto era grotesco, a su modo.

Más tarde, en el ir y venir de tropas, entre los carros de asalto, ante los zapadores que se aprestaban a explotar lo que pudo quedar de la fortaleza, Arliss se halló de nuevo junto a Carruthers, que le asía del brazo.

—Los hemos aplastado —decía nervosamente el inglés—. Con sus cámaras de gas, sus hornos, sus instrumentos de tortura, sus armas y municiones, su asombrosa organización, ¡los hemos

aplastado, Arliss! ¡Tenemos que informar inmediatamente a Stanley!

—Sí.

—¿Te das cuenta de lo que esto significa para ti? ¡Es el mayor trabajo de tu carrera! ¡Jamás un agente ha cumplido misión como la tuya!

—Ni como la tuya, Carruthers —replicó Arliss, maquinalmente.

—¡Vamos a telegrafiar a Stanley ahora mismo! Sonó la sirena lúgubre de una ambulancia.

—Sí —asintió Arliss.

Pero no fue a telegrafiar a Stanley ni a nadie. Le tenía Stanley sin cuidado. Le tenía sin cuidado todo cuanto había ocurrido, todo cuanto ocurría con excepción de una cosa.

Carruthers le perdió entre el gentío y le buscó en vano. Fueron muchos los que lo buscaron en vano.

No obstante, le hubieran encontrado en el Hospital Militar. Delante de él, un cirujano se quitaba sus guantes de goma.

—¿Qué ha pasado, doctor?

El médico contestó:

—Usted me pidió que la salvara.

—¿Y bien?

—Lo he hecho.

Arliss se humedeció los labios con la lengua.

—Gracias. No tengo palabras… ¿Puedo verla? ¿Dónde está?

El médico hizo seña a una enfermera.

—Acompáñele.

Y Jake Arliss, en pos de la enfermera, echó a andar hacia una nueva vida…

FIN

CUALQUIER MOMENTO ES BUENO...

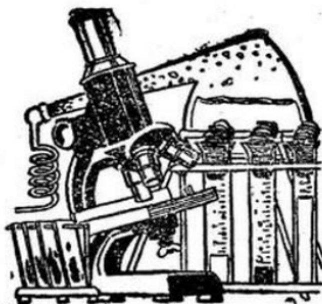


...PARA LEER

El DDT

LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA
DE TODOS LOS TIEMPOS

SOLO CUESTA 2 PTS.



¿Sabía usted amigo lector, que la inteligencia o el humor, la irritabilidad o la emoción, el peso o la estatura, etc., dependen del funcionamiento de las GLANDULAS INTERNAS?

He aquí un libro cuyo utilísimo contenido puede ser decisivo para su salud:

¿COMO ACTUAN SUS GLANDULAS INTERNAS?

A través de sus páginas, conocerá usted la influencia de las glándulas sobre las distintas funciones orgánicas y, además, hallará los siguientes artículos: Cómo prevenir la angina de pecho. — Para combatir el nerviosismo. — ¿Sufre usted de los pies? — La natación y la gimnasia. ¡Y otros muchos, de apasionante interés!

¿COMO ACTUAN SUS GLANDULAS INTERNAS?

Tal es el título de este interesantísimo volumen, que no puede faltar en su biblioteca y que la moderna

ENCICLOPEDIA DE LA SALUD

ha publicado ya en su número 4

Precio: 15 ptas.

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS
DE NO HALLARLO EN SU LOCALIDAD, SOLICITELO A:

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2 BARCELONA

LLUVIA DE ESTRELLAS





N.º 125 Actriz italiana, cuya extraordinaria belleza le abrió el difícil camino del éxito. Fué en el fantástico film "La Reina de Saba", donde consiguió un merecido triunfo.

Foto cedida por Rosa-Films

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)
Precio en España: 5 ptas .Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: $3'50

NOTAS

[1] Fuerte. < <

[2] Opio. < <